Las habitaciones vacías

RAMÓN LLUÍS BANDE



www.megustaleer.com

Índice

RAMÓN LLUÍS BANDE

Las habitaciones vacías



Verdad o consecuencia

I

Quizá tuviera dos o tres años. O uno. Es el primer recuerdo claro que tengo. Lo más seguro es que sepa lo que alguien me contó. O quizá no. Era por la noche. El pasillo de la casa era muy largo. Desde mis ojos era tal la sensación de distancia como la de una hormiga que cada vez que quisiera beber tuviera que atravesar la muralla china. Me arrastraba con la intención puesta en recorrer la larga casa. Llegar a la cocina era la recompensa al esfuerzo. Un esfuerzo inútil, por otra parte. Las cortinas, las sillas y los cuadros me miraban con la intención de evitar mi avance. Me acuerdo de que sus amenazas eran de mentira. Sólo por joder. Finalmente siempre conseguía llegar a la cocina. Me sentía como un triunfador. Tal y como se entiende el triunfo a los dos o tres años. O cuando tienes uno.

El caso es que ese día era diferente a los demás. La oscuridad ocupaba toda la cocina. Sólo la habitaban las sombras de los muchos fantasmas que vivían allí. En ese tiempo no te das cuenta. Es después. Te asustas después cuando piensas todo el tiempo que viviste en la oscuridad sólo habitada por el silencio de los fantasmas.

Ese día llegué a la cocina más rápido que otras veces. Una extraña figura me esperaba con la boca abierta. Amenazante. Sin miedo me acerqué a ella. En ese tiempo todavía no conoces el miedo. De repente su boca cayó encima de mi. En ese momento sí que se hizo oscuro el viaje. Todo retumbó a mi alrededor. Un BBRRRRUUUUUMMMM envolvió mi pequeño cuerpo. Cuerpo de niño de dos o tres años. O uno. En ese momento llegó el silencio, roto solamente por el sonido de unos pasos rápidos que cortaban la distancia. La insalvable distancia entre la cocina y el resto de la casa. Desde el interior del monstruo pude ver unas piernas y otras y otras. Era pequeño, no podría decir a cuántas personas pertenecían. Ni siquiera eso sabía. La cocina estaba envuelta en gritos:

—¿Qué fue ese ruido?

—¡El horno, fue el horno! —contestó una voz más grave que la anterior.

—¡El niño! ¿Dónde está el niño? —preguntó la primera voz.

Una gota, dos, tres... era la primera vez que veía llover en la cocina. Para ser exactos, era la primera vez que veía algo parecido. Todo el mundo daba voces. Las piernas, muchas a la vez, se acercaron al bicho que me había comido. Algunas manos comenzaron a luchar contra él. Unas tenían uñas largas y pintadas. Otras sólo uñas, sin pintar. Todo parecía distinto desde allí dentro. Noté que el suelo se movía debajo de mis pies. Yo rebotaba entre las paredes del estómago de aquel monstruo. Una mano con las uñas sin pintar consiguió abrirle la boca y las manos con las uñas pintadas me rescataron de su interior. Volé unos segundos y llegué a unos ojos llenos de lluvia. En ese momento fue cuando empecé a sentirme mal. Me movía para todos los lados. No sabía dónde estaba. Me tocaban muchas manos. Grandes, pequeñas, con uñas pintadas y con uñas sin pintar. Estaba envuelto en manos. Empecé a dar patadas al aire. Tenía que defenderme, como fuera, de las manos acosadoras.

Un poco después me dejaron en el suelo. Ya estaba más a gusto. El monstruo estaba vencido y yo estaba libre para ir a recorrer otras partes de la casa.

—¡Menos mal, no le pasó nada! ¡Este niño es un trasto, un día nos va a dar un disgusto!

Voces que me perseguían en mi escapada hacia la libertad. El pasillo era la libertad. Como el mar. El pasillo de mi casa, en ese momento, era la liberación.

Seguramente fue en aquel momento cuando descubrí lo que era el miedo, la angustia. La huida de los adultos era lo que me alejaba de esos sentimientos. Indescifrables para mí en aquel momento, pero que hacían que me sintiera tan mal.

Lo que está claro es que desde aquel momento, cuando yo tenía dos o tres años, o uno, escapaba del mundo de los adultos, del miedo, para refugiarme en las sombras, entre los fantasmas que nunca me habían molestado.

II

Una cuna. Oscuridad. Un color azul. Un libro con dibujos. Una habitación a oscuras. Vacía. No sé por qué tengo ese recuerdo, pero muchas veces pasa por mi cabeza. Una cuna blanca. Una oscuridad azulada. Un libro con dibujos que destacaban coloreados en la oscuridad. No recuerdo ningún juguete. Ningún mueble. Nada que no fuera una cuna, una oscuridad azul, un libro y sombras. Muchas sombras a mi alrededor.

Ése es el recuerdo que tengo de la infancia.

Una habitación sin muebles ni juguetes envuelta en una oscuridad azul. Un pasillo muy largo, tan largo como el mar. Con la misma sensación. Una cocina que estaba muy lejos. Y sombras, muchas sombras. En la habitación. En el pasillo. En la cocina. Y un monstruo que una vez me había comido en la cocina, delante de la mirada de los cuadros, de las cortinas, de las sillas y de la voz peligrosa de los adultos. Eso es lo que recuerdo. Tiene que haber más cosas. Pero seguro que éstas son las importantes.

En mis recuerdos sólo aparecen estos elementos. Pero no entiendo por qué los adultos me daban miedo y sólo estaba a gusto en la oscuridad azul. Con el silencio de los fantasmas.

III

Una vez hablé de ello con mis padres. Era una noche oscura. Yo ya era un poco mayor. Ya no había cuna. Ni color azul. Había una cama al lado de la pared y en el otro extremo de la habitación, un mueble. Detrás del mueble una oscuridad más negra y con más sombras. En ese pequeño espacio entre el mueble y la pared salían monstruos que me decían cosas malas y alargaban sus manos para cogerme. Yo estaba asustado. Ya era algo mayor y por eso sentía miedo. Las sombras ya no eran mis amigas. Una noche detrás del armario estaba Drácula. Me acuerdo muy bien, era Drácula que me decía las cosas que me haría en un momento. Cuando me cogiera.

—¡Mamá, mamá! —dije a gritos.

Es algo extraño. Cuando tenía miedo siempre llamaba a mi madre. No recuerdo haber llamado nunca a mi padre. Pero era él el que venía

siempre.

Las luces de la casa se encendieron. La habitación de mis padres, el pasillo. Y, por fin, mi habitación. Todo se volvió de un color amarillo. Las sombras desaparecieron. En su lugar apareció mi padre. El héroe que venía a salvarme de Drácula.

—¿Qué pasa, hijo? —dijo con voz nerviosa.

—¡Detrás del armario, papá! ¡Está Drácula! ¡Quiere hacerme daño! ¡Me lo dijo él!

—Tranquilo hijo —dijo mi padre mientras se sentaba en la cama a mi lado—. Los monstruos no existen. Drácula sólo existe en las películas y en los libros. No es real.

—Sí, papá, está aquí. No sé si es Drácula o no, pero hay un monstruo extraño en mi habitación. Ahí, detrás del armario. Se escondió cuando tú llegaste. Pero va a estar esperando que tú marches para venir a por mí.

Mi padre se levantó y fue hacia el armario. Se metió en el hueco entre el armario y la pared y dijo:

—¿Ves? Aquí no hay nadie. Pero si estás más tranquilo ven a dormir a nuestra habitación.

—No. No va a servir de nada. Esperará aquí y cuando vuelva mañana me atacará. De nada sirve marchar hoy si mañana tengo que volver —contesté.

Me puse de pie encima de la cama. De un salto aparecí en el suelo del pasillo. Frente a la puerta del váter. Allí, en medio del pasillo, seguía habiendo sombras. En este tiempo seguía siendo como el mar, pero el de la Edad Media, lleno de monstruos esperando que pasaras. Yo tenía cinco o cuatro años. Y tenía miedo, mucho miedo. A todo. Desde ese momento el miedo viaja conmigo a todas partes. Nunca fui capaz de quitármelo de encima. Desde los cinco o cuatro años el miedo forma una parte importante de mí.

Volví del cuarto de baño. De un salto evité pisar el pasillo. Entré directamente en la habitación, donde me esperaba mi padre sentado en la cama y Drácula detrás del armario. Ya estaba más tranquilo y decidí seguir adelante yo solo.

—Ya no tengo miedo, papá. Vete a la cama. Sólo fue un susto.

—No, échate. Te daré la mano hasta que te duermas. Y piensa que los monstruos no existen. Sólo están en las películas, en los libros y en tu imaginación.

Le di la mano y me eché a dormir. Con la cabeza en dirección al armario y los ojos cerrados pensé que era verdad. Los monstruos sólo existen en las películas, en los libros, en la imaginación… y, por supuesto, detrás del armario de mi habitación. Mi padre se olvidaba de la recomendación que la televisión había dado un día. Después de emitir la película «Drácula».

No te fíes de nadie. Muchas veces la realidad no es lo que parece. Mira detrás de los visillos, de las puertas, de los armarios… en cualquier sitio puede aparecer él. A partir de hoy fíjate bien en los dientes de la gente, de tu familia, de tus amigos… de tu madre. Cualquiera de ellos puede ser Drácula.

El aviso era verdad. Un día, cuando yo tenía cinco o cuatro años, Drácula pasó la noche detrás del armario de mi habitación.

IV

Tiempo después los fantasmas de mi cabeza eran otros. No tenían cara, ni forma, ni nada. Quizá no fueran ni monstruos, pero el miedo era el mismo. Una sensación terrorífica me recorría el cuerpo. Los golpes del miedo siempre dejan marcas. Aunque sean producidos por monstruos sin cara ni forma definida. Aunque ni siquiera sean monstruos.

No me gusta la oscuridad. La oscuridad era uno de mis miedos preferidos en aquel tiempo. No era que me gustara, pero era el que más tiempo pasaba conmigo. No sé por qué el silencio era lo que más ruido hacía. Quizá porque el silencio y la sensación de soledad siempre me atacaban juntos. Quizá fuera por eso.

En la oscuridad, de noche, al mar del pasillo lo atacaba un gran oleaje que hacía un ruido espantoso que se apoderaba de mi cabeza. La muerte se acercaba siempre a mi cama en esas noches de tormenta

marítima en el pasillo.

Se acercaba a mi cama y sin ningún respiro me repetía:

Ahora estás protegido. Tus padres están en la habitación de al lado, pero va haber un día en el que ellos no van a estar y en ese momento sólo estaré yo. Esperándote. Cuando llegue ese día sólo vas a tener oscuridad y silencio.

Esas palabras que la muerte me decía, sentada en mi cama de niño pequeño, no podía quitármelas de la cabeza. Eran peor que Drácula. Desde aquel momento la muerte también reservó un sitio en un lugar privilegiado de mi cabeza.

La verdad es que en aquel momento no lo sabía. Sólo me asustaba por sus palabras. Pero no las entendía. Me daba miedo porque siempre venía acompañada de la oscuridad y la soledad, en medio de las tormentas de fuerte oleaje que se producían en el pasillo cercano a mi habitación.

Después comprendí que era mucho más serio.

V

El día llegaba. El mar despertaba en calma. La oscuridad, la soledad, la muerte ya no estaban en mi habitación. La claridad entraba por la ventana y con ella la satisfacción de haber vencido un día más al silencio.

—¡Mamá! —era lo primero que decía a voces. Siempre. Esperando no ser el único superviviente de aquella nueva batalla. Casi siempre encontraba una respuesta afirmativa al otro lado del pasillo.

—¿Qué? ¿Qué quieres? —era la respuesta habitual que me anunciaba un día nuevo. Un buen día.

Pero también había otros días que nadie contestaba a mi llamada. Mala señal. Cuando nadie contestaba saltaba rápidamente de la cama y miraba por todas las habitaciones de la casa. Era como un explorador. Los ladridos de los perros llegaban de la calle a mis oídos con más fuerza que otras veces. No sé lo que significaría eso. Pero no

podía ser nada bueno.

Me agarraba siempre a la presencia de los vecinos. Sobre todo a una tienda de pan que estaba al lado del portal. Puerta con puerta. En ella ponía todas mis esperanzas. Era como las palabras mágicas de los cuentos. Esas palabras que sólo con pronunciarlas matan a los monstruos. Lo malo es que generalmente los cuentos poco tienen que ver con la realidad. La panadería estaba siempre ahí, ayudándome. Era la única esperanza en las mañanas de soledad.

Cuando llegaba mi madre el miedo ya había pasado. Con su llegada todo era distinto. Mejor.

VI

«¡Lo mejor es la imaginación!», decía siempre mi madre cuando yo era pequeño. Quizá me lo dijera porque ella no tenía. Cuando no tienes imaginación, cuando no vives en ella, sólo te queda la realidad. Como los adultos. Eso sí que es verdaderamente triste.

Yo tenía mucha imaginación. Y como los monstruos viven en ella —y detrás de los armarios de mi habitación— tenía muchos monstruos a mi alrededor. Pero no tenía tristeza. Siempre es mucho mejor tener monstruos que estar triste. Juan Sin Miedo tenía que ser una persona muy triste, porque yo siempre tenía miedo y era muy feliz.

Seguramente los adultos dejan de vivir dentro de su imaginación. Por eso ya no tienen monstruos en la cabeza. Por eso detrás de los armarios de los adultos no hay vida.

VII

Después de los monstruos y la muerte se acercó el sexo a mi vida. Lo malo es que nadie me dijo: «Chaval, el sexo sólo existe en tu imaginación, como los monstruos». Es todo más difícil. Mucho más difícil.

El colegio es un buen sitio. Es el primer sitio en el que encuentras al sexo. Bueno, está presente en todos los sitios, pero en el colegio habla

contigo por primera vez.

Cerca de mi colegio, donde estudié los primeros cursos de la EGB, había un quiosco. Su escaparate estaba siempre lleno de revistas. En la parte superior derecha del escaparate colgaban una revistas muy especiales.

Sonaba la campana. El recreo. Yo y otros niños de la clase corríamos hacia el quiosco. Las niñas nunca venían. Nuestras miradas se clavaban en la parte superior derecha del escaparate. Mirábamos todos. Reíamos. Nos mirábamos a los ojos y reíamos.

Desde el escaparate muchas mujeres desnudas no parecían entender nuestro comportamiento. O quizá sí. Sólo las mirábamos y nos reíamos. No pasaba nada que pareciese especial, sin embargo era una sensación nueva. Es curioso que el primer acercamiento al sexo, de niño, dé tanta risa. Después los adultos hacen de él un tema tan serio que dan ganas de llorar. Los adultos siempre lo complican todo. Nunca entienden nada.

Volvía a sonar la sirena. Fin del recreo. Volvíamos corriendo a clase entre golpes y risas. «¡Marica el último!» Nadie quería llegar el último. No era que nos gustara estar en clase, pero nadie quería llegar el último. Cada uno se sentaba en su sitio y se reía mirando a los demás. Las niñas también se reían mirando para nosotros. Todavía no entiendo por qué. Ellas nunca venían a ver las revistas. Ellas jugaban a saltar a la cuerda. Las revistas no les debían gustar. Sólo traían fotografías de mujeres desnudas. Imagino que para ver eso preferirían mirarse al espejo.

Nos daba igual. Nosotros preferíamos ir hasta el quiosco. A la parte superior derecha. Allí estábamos bien.

VIII

Los niños mayores ya no iban al quiosco. Nos miraban y se reían. Pero era una risa distinta. No era como las nuestras. Ellos ya andaban con la niñas. Se ponían detrás de nosotros. Ellos y ellas se reían. Después marchaban.

Más allá del quiosco estaba la vía del tren. Un muro nos tapaba la

vista. Los niños y la niñas mayores siempre iban a las vías. Nosotros no sabíamos qué hacían allí. Un día yo y mis amigos con los que miraba las revistas fuimos detrás. Ellos no lo sabían. Nos metimos detrás de la sebe para que no nos vieran. Desde allí vimos cómo se reían. Estaban sentados en corro. Hablaban de cosas que nosotros no entendíamos. Sacaron una caja de cerillas y uno empezó. ¡Zasss!, encendió una cerilla y la pasó. La cerilla iba pasando de mano en mano entre todos los niños del corro. Cuando se le apagó a una de ellas, otro, el mayor, entre risas, preguntó:

—¿Verdad o consecuencia?

—Verdad —contestó ella.

Tocó la sirena de volver al colegio. Fin de recreo. Ese día no reíamos. Corríamos hacia clase como todos los días, pero en silencio. Sin reír. No entendíamos nada de lo que había pasado. Pero teníamos esa sensación extraña: ¿Verdad o consecuencia?

IX

La guerra. La sensación de guerra, las peleas también las aprendes en el colegio. Cuando vas al colegio aprendes muchas cosas de la vida. Aprendes casi todo lo importante. Lo que todavía no entiendo es lo que pintan los profesores. Ni las asignaturas. Matemáticas, Lengua Española, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales, Ética, Gimnasia, Pintura... ¿Para qué sirve todo eso? Los adultos siempre hacen lo mismo, le dan importancia a lo circunstancial y se olvidan de lo importante.

Descubrir la sensación de guerra es mejor que el sexo. Primero peleábamos entre nosotros. Era casi de broma. Sonaba la sirena de entrar en clase. Un profesor salía por la puerta.

—¡Niños, todos en fila! ¡Hacer bien la filas!

Nosotros gritábamos intentando ahogar su voz entre las nuestras. Ése era el momento. Empujones, zancadillas, gritos, capones, tirones de pelo, más gritos. Era un ritual. Todos los días igual.

Después, de repente, todo el mundo tranquilo entrando en clase. Como si no hubiera pasado nada. El profesor siempre tardaba unos

minutos en entrar. Los justos para quitarle el estuche a alguien y lanzarlo por toda la clase. Nos lo pasábamos de unos a otros. Reíamos. Toda la clase se reía. Al dueño del estuche no parecía hacerle mucha gracia. Eso era lo más divertido.

Una vez le quitamos el estuche a un niño nuevo. Un niño que nunca hablaba con nadie. Se sentaba en la primera fila. Como si las clases le interesaran mucho más que a nosotros. Cuando el estuche salió disparado de la primera mano, la libreta del niño callado golpeó contra la cara del dueño de aquella primera mano. Mi amigo empezó a sangrar por la nariz. Sangraba mucho. Toda la clase miraba para él. Nadie reía. El niño que nunca hablaba con nadie recogió su estuche, lo puso encima de la mesa y se sentó muy serio, como siempre. Sin hablar con nadie. Sin reírse. Sin mirar para atrás. Mi amigo se levantó y fue corriendo a llamar al profesor con las manos tapando las narices. Toda la clase estaba en silencio. Todos mirábamos de reojo al niño nuevo. Al momento llegó el profesor. Entró despacio. Como si el suelo estuviera lleno de huevos y él no quisiera cascar ninguno. Dejó los libros encima de su mesa. Sacó despacio la silla. Se sentó. Cruzó las manos encima de la mesa. Miró para nosotros. No sé cómo lo hacía pero nos miraba a todos a la vez, sin mover los párpados. Quedó en silencio unos minutos y dijo, con una voz más alta que de costumbre:

—Hay un compañero vuestro en el botiquín. Está sangrando por las narices. ¿Sabéis algo?

Todos permanecimos en silencio. Mirábamos unos para otros como esperando que alguien hablara. Nadie miraba para el niño nuevo. Nadie quería delatarlo. No era porque fuera amigo nuestro y quisiéramos protegerle. Era que desde ese momento todos le teníamos mucho respeto. Sin darle tiempo a que el profesor dijera nada más, el niño silencioso se levantó de su sitio.

—Fui yo profesor. Yo le pegué con la libreta en la cara.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Crees que puedes ir pegando a tus compañeros? —le contestó el profesor entre enfadado y admirado por el comportamiento del niño.

A mí se me dibujó una sonrisa en la cara. Yo no me atrevería a hacer una cosa así. Estaba fascinado con el comportamiento del niño

nuevo.

—Lo siento, no quería hacerle daño. Estábamos jugando y se me escapó la libreta, de verdad que no quería hacerle daño. Sólo estábamos divirtiéndonos. Toda la clase estaba riéndose con el juego. Fue un accidente.

El nuevo seguía de pie. La puerta de la clase se abrió y entró mi amigo con un algodón puesto en la nariz. Ya no sangraba. El niño nuevo miró para él. Mi amigo miraba al suelo. Parecía avergonzado. Toda la clase miraba al nuevo. Yo creo que en aquel momento todos queríamos ser como él. Yo por lo menos sí quería. El profesor los miraba a los dos y daba golpes con las llaves en la mesa.

El niño nuevo se acercó a la mesa de mi amigo y le dijo:

—Perdóname, no quería hacerte daño. Yo también quería jugar.

Lo decía de una manera que parecía totalmente sincero. Mi amigo levantó la cabeza y sólo pudo decir un suave «vale», que casi no se escuchó tapado por su propia respiración. El profesor se levantó de su silla. Dio unos pasos entre las mesas diciendo:

—Por esta vez está bien. Pero no quiero que vuelva a pasar. Ni dentro ni fuera de la clase. ¿Entendido?

Todos contestamos a la vez que sí. Sabíamos que era mentira. Una nueva forma de jugar acababa de llegar ese día.

X

En casa, después de salir del colegio, seguí pensando en el niño nuevo. Decidí llamarlo Silen. Reflejaba su carácter y era un nombre misterioso. Como él.

Eran las dos de la tarde. A las tres volvíamos a entrar. Era extraño, tenía muchas ganas de que llegara la hora de entrar en clase. Nunca antes me había pasado. Tenía ganas de acercarme a él y hablar de todo. Preguntarle un montón de cosas. Ya que no podía ser como él, por lo menos estar con él. Algo siempre se pega. Cogí la mochila con los libros. Tres menos cuarto. Salí de casa corriendo. No le di un beso a mi madre. Hasta ese momento siempre le daba un beso de despedida. Siempre. Algo había cambiado. Yo quería ser como él.

Seguro que él no le daba besos a su madre.

El colegio estaba cerca de mi casa. Sólo tenía que cruzar la carretera. Una pequeña carretera sin tráfico. La crucé volando. Quería llegar temprano.

Cuando llegué Silen ya estaba allí. Sentado en una piedra enfrente de la entrada de la escuela. Donde la puerta. Deceleré. No quería que me viera correr. ¿Qué pensaría? Despacio, como por casualidad, me acerqué a él. No me miró. Tenía la mirada clavada en el suelo. Silen nunca miraba a nadie. Llevaba una semana en el colegio y nunca le había visto mirar a nadie. Ni a las niñas.

No había llegado nadie más. Eran las tres menos diez. Me entró un cosquilleo por el estómago y dije:

—Hola.

Fue lo único que se me ocurrió. No era nada especial, pero era un primer paso. Me contestó sin mover un milímetro la cabeza. Como si no le gustara hablar conmigo. Parecía que en el suelo estaba pasando algo muy interesante porque no levantó la cabeza. Me senté a su lado. En otra piedra. No hablábamos de nada. Ni siquiera nos miramos. Pero en el ambiente flotaba el nacimiento de algo importante entre los dos. A las tres menos un minuto todo el colegio estaba delante de nosotros. Los de clase nos miraban. Sabían que desde ese momento ya nada iba a ser igual. Al vernos juntos, aunque sin hablar, comprendieron que las cosas no iban a volver a ser como antes. Yo estaba feliz. Silen se levantó de la piedra. Me miró y dijo:

—Tendremos que ir a clase, ¿no?

No contesté nada. Me levanté. Me puse a su lado y caminamos en silencio hasta la puerta de la clase.

XI

Los recreos habían cambiado. Seguían durando veinte minutos, pero eran veinte minutos totalmente diferentes. El sexo ya no eran las revistas en el escaparate del quiosco cercano. Eran largas charlas y miradas a las niñas. Eran las primeras veces que miraba a las niñas de una manera especial. No sabría decir cómo, pero diferente.

La guerra ya no eran empujones y zancadillas a la hora de hacer las filas. Silen y yo, los más valientes de la clase, íbamos a una fábrica abandonada que estaba enfrente del colegio. Al lado de la vía del tren. Era una antigua fábrica de loza. Estaba todo el suelo cubierto de masilla. Antiguos vasos y jarras rotas y piedras. Al otro lado de la fábrica de loza había otro colegio. Los niños del otro colegio eran más imbéciles y cobardes que nosotros. Las niñas más feas.

Cuando llegaba la hora del recreo corríamos hasta la fábrica. La mitad era nuestra. La otra mitad de los niños del otro colegio. La vía del tren era de todos. Un día los niños del otro colegio estaban sentados en su parte de la fábrica. En el suelo. Jugando a no sé qué cosas. Eran cinco o seis. Silen y yo nos acercamos por detrás. Teníamos las manos llenas de masilla. Ellos no nos habían visto. Hicimos pelotas con la masilla y se las lanzamos a la cabeza. Mientras las tirábamos, reíamos a carcajadas. Ellos se levantaron y echaron a correr hacia su colegio. Corrimos detrás de ellos. Cuando entraron en el colegio dimos la vuelta. Seguíamos riendo. Nos agarramos de los hombros y caminamos hasta nuestra escuela. Íbamos cogidos. No éramos maricas. Pero era una sensación muy especial. Éramos héroes. Ese día habíamos conquistado toda la fábrica para nosotros. Cuando llegamos a la clase muchos vinieron a hablar con nosotros. Las niñas también se acercaron. Algunas, las más guapas, también querían estar con nosotros. A nosotros nos gustaba. Sobre todo por las niñas. Pero preferíamos seguir estando solos en la guerra. En la próxima guerra.

Al día siguiente, a la hora del recreo, fuimos otra vez a la fábrica. Corriendo. Cuando sonó la sirena Silen y yo ya corríamos hacia el territorio de guerra. Ese día vinieron más niños con nosotros. Pero detrás. Las niñas más guapas de la clase también vinieron pero quedaron a la entrada de la fábrica. Esperándonos. Silen y yo fuimos hasta la mitad del terreno. No había nadie. Los niños del otro colegio no aparecieron. Eran unos cobardes. Dimos la vuelta. Con los otros. Nos sentamos en el suelo y contamos cómo había sido la lucha del día anterior. Todos escuchaban nuestras palabras. La Segunda Guerra Mundial comparada con nuestras palabras había sido un ensayo. Éramos importantes. Los más importantes del colegio. Era una

sensación única. Ser el centro de todas las miradas. Pero lo más importante era el miedo que se sentía a la hora de empezar otra guerra. Esas cosquillas que entraban por el estómago al tirar el primer trozo de masilla contra la cabeza del enemigo. Todos los días que siguieron hubo guerra. Los niños del otro colegio se entrenaron para hacernos frente.

XII

Cuando todavía no conocía lo que era realmente el miedo, antes de saber lo que era la guerra, antes incluso de que Drácula pasara la noche en mi habitación, asusté mucho a mis padres. Sobre todo a mi madre. Como cuando me metí en el horno. Estaba yo solo en el salón. Ni siquiera sabía andar todavía.

El salón era muy grande. Muy grande y muy guapo. Tenía una alfombra con un ciervo dibujado y sillones. Muchos sillones rodeando al ciervo. Había una mesa muy grande al fondo y otra más pequeña encima del ciervo. Y una televisión muy grande. Como una pantalla de cine. Yo todavía no sabía lo que era el cine, ni la tele. Ni siquiera los ciervos. Bueno, puede que la tele la conociera ya. No me acuerdo muy bien.

Sólo sé que yo estaba en el suelo, sentado en la alfombra. Con el ciervo y la mesa pequeña. Tenía algo colgado del cuello, no recuerdo lo que era. Sólo sé que se enredó a la mesa. En la pata de la mesa. Yo no podía respirar. Hacía ruidos. Como cuando juntas muchas «gs» al hablar. Algo así. Cuando llegó mi padre al salón yo estaba colorado. Mi padre se asustó mucho y corrió a desatarme. Muy rápido. Después yo ya podía respirar bien.

Cuando mi madre se enteró yo ya estaba bien, pero ella se asustó mucho igual. Como cuando entré en el horno. Igual.

El salón de mi casa era muy guapo. Igual por eso, sin ser muy consciente, quería quedar allí para siempre. Con el ciervo y la tele que parecía una pantalla de cine.

XIII

Poco tiempo después ya vino todo lo malo. Ya me enteré de lo que significaba dejar de respirar. Tampoco es que me enterara muy bien, pero sabía que era algo muy malo. Entonces fui yo el que me asusté por lo del horno y lo de la pata de la mesa.

XIV

Un día, en una de aquellas guerra nuestras de los recreos, muchos niños del otro colegio vinieron a cogerme a mí solo. Me conocían y me tenían mucha rabia. Lo sé porque tenían que tenerme mucha rabia para pegarme como lo hicieron. Me tiraron al suelo y arrastraron mi cara contra la gravilla que lo cubría. Yo ya estaba sangrando por las narices. De pequeño yo sangraba mucho por las narices. Cuando me estaban pegando en el suelo, llegó Silen. Ellos no lo habían visto. Yo tampoco. Nos dimos cuenta cuando una piedra muy grande dio en la cabeza de uno de los niños de los que me estaban pegando. El golpe sonó muy fuerte. El niño al que le dio cayó al suelo sangrando más que yo. Tenía la cabeza cubierta de sangre. Y la cara. La sangre de los demás da mucho asco. Mucho, mucho. Mientras todos mirábamos para él, volvieron a caer más piedras. Y vimos a Silen venir corriendo. Corría muy rápido y tiraba piedras a la vez. El niño con la cabeza abierta se levantó y con la ayuda de sus compañeros echó a correr en dirección a su colegio. A curarse la herida, imagino. Iba llorando como una niña. Yo no lloré. Sangré pero no lloré. No era un gallina como ellos. Cuando Silen llegó hasta mí, los dos nos reímos de la pedrada en la cabeza. A mí ya no me dolía nada. Sólo reía y sangraba por la nariz. Cuando paré de sangrar fui hasta clase con Silen. Cuando llegamos a clase, el profesor me preguntó que por qué tenía sangre en la cara y la ropa sucia. Le contesté que había caído en el recreo. Que no había pasado nada. Silen miró para mí y los dos reímos.

XV

Cuando era más pequeño tenía miedo a dos mujeres. No era un miedo como el de Drácula. Ni siquiera como cuando la muerte se sentaba en mi cama por las noches. Tampoco era como el que tuve en la primera guerra de piedras. Era un miedo distinto. Hay cientos de clases de miedo. Yo las colecciono todas. Cada día conozco un miedo distinto. Se pone a mi lado y desde ese momento ya forma parte de mí.

Cuando era muy pequeño tenía miedo a dos mujeres, eso ya lo dije antes. Lo que no dije es que eran dos profesoras. «Señoritas», nos decían que las llamáramos. Yo, siempre que mi madre me llevaba, me agarraba a la puerta, un portón verde, y empezaba a llorar. Todavía creía que llorando el miedo me iba a dejar en paz. Mi madre tiraba de mí para meterme dentro. A mi alrededor siempre había otros niños agarrados al portón verde, llorando. Y madres tirando de ellos. Como la mía. Al final todos acabábamos dentro. Una vez vencidos dejábamos de llorar.

Las dos mujeres tenían moño. Vestían raro. Como la familia Monster o así. Sólo que en aquel momento no conocíamos a la familia Monster y no nos hacía tanta gracia.

Estábamos sentados en corro. En el medio una columna. Los niños a un lado de la columna. Las niñas al otro lado. Espalda con espalda. No nos podíamos ver. Eso era divertido. Porque intentabas mirarlas y la clase ya tenía algún aliciente. Ya no era tan aburrida.

Fuera de clase había un jardín lleno de rosales y pájaros. También mariposas, algunas veces. Otras pájaros y rosas sólo. Pero fuera era siempre mejor que dentro. Cerca de la puerta había un caldero. Aquella escuela no tenía servicio. Sólo un caldero para hacer todas nuestras necesidades: cagar, mear, escupir y todas esas cosas.

Después de una larga mañana el tufo era insoportable. Casi tan inaguantable como las señoritas del moño.

XVI

Algunas veces los coches pasaban rápido por la pequeña carretera que estaba delante de casa. Era peligroso. Yo y mis amigos jugábamos al fútbol en un pequeño parque al lado de la carretera. Casi siempre

teníamos que ir a por el balón. Lo cogíamos siempre sin mirar. Los coches, que pasaban rápido, siempre pasaban cerca. Pero nunca nos pasaba nada. La muerte en aquellos días no jugaba al fútbol con nosotros. Aunque a las madres les daba igual y no dejaban de gritar desde las ventanas. Avisándonos de los peligros que en aquel momento no conocíamos.

El parque en el que jugaba al fútbol estaba muy bien. Era muy pequeño. Tenía columpios. Seis. En los que nos montábamos de pie para darnos hasta tocar la barra. Era divertido. También tenía bancos. Unos bancos verdes que eran nuestras porterías. Teníamos que meter el balón por debajo. Eso era gol. Cualquier otra cosa no lo era. Sólo cuando el balón pasaba por debajo del banco era gol. Valía todo menos tocar el balón con las manos. El punto de penalti no estaba muy lejos de la portería-banco. Pero casi nunca tirábamos penaltis. Solamente cuando alguien tocaba el balón con la mano. Era la única regla y con ésa éramos estrictos. Daba lo mismos dónde se hiciera la mano. Era penalti.

Yo jugaba muy bien al fútbol. No corría mucho. Estaba siempre arriba, como Quini. Siempre marcaba muchos goles, pero los niños de mi equipo me daban voces para que bajara a defender nuestra portería. Yo les contestaba que estaba allí para meter goles, no para adelgazar corriendo. Nunca jugué de portero. Era muy aburrido ver el partido sentado esperando que llegara un espabilado a darte un balonazo. Era mucho mejor jugar delante y marcar goles. Aunque los demás me gritaran que corriera más.

Nunca llegas primero por correr más. Por mucho que yo corriera no iba a evitar el gol.

Siempre jugábamos muchos. Seis contra seis o así. M. y R. siempre jugaban en mi equipo. Eran los que más corrían. Todo el día atacando y defendiendo. Subiendo y bajando. Muchos años después siguieron corriendo y llegando primero que todos los demás a los sitios. M. murió de sobredosis hace unos años y R. iba por el mismo camino hasta que unos señores de uniforme le cambiaron la residencia a la cárcel del Coto. R. sigue jugando al fútbol en el equipo de la cárcel. Sigue subiendo y bajando. Atacando y defendiendo, como siempre. Yo

a veces voy a verlo jugar al patio. Y en la vida sigo esperando marcar goles. Desde pequeño, cuando jugaba en el parque, aprendí que correr, atacar y defender no sirve de nada. Que lo único que importa son los goles y en qué minuto llegan.

XVII

A veces no podía bajar al parque de al lado de casa a jugar al fútbol. Algunos fines de semana marchaba con mis padres. Era muy emocionante levantarse un sábado por la mañana, casi al amanecer y hablar en susurros por la casa. Para no despertar a los vecinos. Los días que llovía era mejor, no sé por qué, pero era más divertido ir por la calle con paraguas y todavía de noche, o casi. Bajábamos al centro de la ciudad a coger el tren. Mi padre iba a sacar los billetes. Siempre iba él. Después subíamos al tren y cogíamos cuatro sitios juntos. Yo me sentaba con mi padre. Enfrente nuestro, mi madre con mi hermana, que todavía era una cosa muy pequeña que sólo sabía llorar y dar muchas voces por las noches. Y por el día. Siempre. Yo siempre me sentaba al lado de la ventana. A mi padre le daba igual, seguramente ya lo tendría todo visto. Al principio del viaje yo miraba por la ventanilla. Se veía nuestra casa, el parque donde jugaba al fútbol, el colegio. El mundo. Todo mi mundo se veía al empezar el viaje. Después ya, todo lo demás, era verde y azul. Con muchos pájaros. Urracas y cuervos, sobre todo. Aunque también halcones y cosas así. Poco después me dormía. Porque si no me mareaba, devolvía y lo ponía todo perdido y me reñían. Además no me gustaba nada marearme, así que prefería dormir. Pero en los sueños seguía viendo el paisaje. Lo verde y lo azul. Las urracas y los cuervos. Me despertaba mi padre una parada antes de llegar. Siempre estaba allí un señor muy raro que pasaba con una moneda dando en los cristales y gritando: «¡Un duro, un duro!». Mi padre me decía que se llamaba «el de la pesetina» y que estaba un poco enfermo de la cabeza. A mí me daba miedo. Todo el mundo se reía cuando venía y yo no le veía la gracia. Yo tenía miedo.

Después, al poco, pasábamos por delante de una mina donde

trabajaba la gente. El tren paraba siempre a esperar a otro tren. Cuando llegaba, arrancábamos de nuevo y llegábamos.

Esto era con lo que llenaba los días que no jugaba al fútbol en el parque. Los verdes y azules eran los colores que llenaban las imágenes, pocas todavía, de mi vida.

XVIII

Con el cambio de colegio, las cosas no parecían cambiar mucho. Seguían los partidos de fútbol, los viajes en tren, los mismos amigos, las amigas, la guerra. Todo parecía igual. O por lo menos similar. Pero las cosas eran distintas. El colegio ahora estaba detrás de casa. Las madres ya no nos veían desde la ventana y eso cambiaba mucho las cosas. También había amigos nuevos, sobre todo uno, A.

A. corría mucho en los partidos de fútbol. Subiendo y bajando todo el tiempo. Nos sentábamos juntos en clase. En las primeras filas, cerca de la pizarra. No era que con el cambio de colegio nos importaran más las clases, sino que a la nuestra iba una niña que nos gustaba a los dos. Ella se sentaba en las primeras filas. Nosotros también. Para estar cerca de ella. Para verla de cerca. Nos gustaba ir a clase y verla. Lo hacía todo más soportable.

Se llamaba S. Ella sabía que nos gustaba. No era muy difícil saberlo. Ella le gustaba a todo el mundo. Pero no como a mí. Eso seguro. Al principio S. no nos hacía mucho caso. Cuando veía que la mirábamos tanto, se reía. La verdad es que no la conocíamos de nada hasta que llegó al colegio. Ella a nosotros tampoco. Después, con el paso del tiempo y miles de miradas a escondidas e ilusiones en algo que no sabíamos lo que era, pero que era muy bueno, empezó a hablar con nosotros. Nos hicimos muy amigos los tres. Andábamos siempre juntos. En la escuela, en los recreos, en la calle. Siempre. Éramos inseparables. Teníamos un problema. En ese juego tres éramos multitud. Sobraba uno. Yo tenía una cosa clara por primera vez en mi vida: no era yo.

XIX

La verdad es que todo es muy distinto a como te lo imaginas cuando no lo conoces. Mi primera vez. La primera vez que fui consciente de estar haciéndolo. Fue muy extraña. Fue casi un impulso mecánico. Yo estaba mirando una revista. Una de esas que las páginas centrales se parecen al escaparate del quiosco situado cerca del colegio donde yo estudié. En esas páginas había mujeres desnudas en las posiciones más raras. A mí me gustaba mirar esas páginas más que el resto de la revista.

Un día, viendo una de esas revistas solo en casa, mi cuerpo se comportaba de una manera extraña. Era un estado de placentero nerviosismo. Sin pensarlo, me puse de pie con la revista cogida con una mano. La otra fue hacia un sitio al que sólo iba cuando tenía ganas de mear. Empezó a hacer unas cosas que nadie le había enseñado. La mano se movía rítmicamente, mientras los ojos seguían mirando las fotos de la revista. Desenfocados. La mano cada vez iba más rápido. Hasta que un relámpago se apoderó de mi pequeño cuerpo y paró. Solté la revista y me limpié. Había sido una experiencia muy especial. La verdad, para qué voy a decir otra cosa, no fue lo que esperaba en un primer momento. Pero ya tenía aprendido un juego nuevo para cuando quedara solo en casa. Un juego verdaderamente interesante.

Cuando llegaron mis padres a casa todo parecía igual. No se dieron cuenta de que ese día, en su ausencia, me había transformado en una persona distinta. Yo imaginaba que tendría cara de persona distinta. Cuerpo de persona distinta. Pies de persona distinta. Pero no era así. No había cambiado nada. Por lo menos eso parecía.

Mi padre posó media docena de pasteles en la mesa de la cocina, como todos los domingos. Fueron a cambiarse de ropa y comimos arroz, como todos los domingos. Después los pasteles. Mis padres eran gente de costumbres y no tenían pensado cambiarlas ese día en el que para mí, todas las cosas eran diferentes. Algo mejores.

La muerte de los árboles

Difícilmente deja la tierra el árbol
si no es derribado y en tablones
No deja la niña el ojo si no es en el pico de los cuervos

JOSEBA SERRAONANDIA

Saliendo de casa

—¿Por qué siempre nos levantamos tan temprano para ir a casa de los abuelos, papá?

—Es un viaje largo y tenemos que estar allí a la hora de comer. ¿No te gusta ir hasta allí todos los fines de semana?

—Tengo sueño, sólo es eso. Sí me gusta estar allí. También me gusta ir.

—¿Qué quieres decir?

—Que vengas a la habitación y me despiertes hablándome despacio, a la vez que me vas cogiendo la pierna haciendo cada vez un poco más de presión. Entrar corriendo en el cuarto de baño de un salto, casi sin pisar el pasillo, darme una ducha rápida y venir a la cocina y que el desayuno esté preparado.

—Bebe que se te está enfriando el Cola Cao. ¿No quieres otra magdalena?

—También me gusta que las maletas estén siempre colocadas en el mismo sitio. Apoyadas en la pared de la entrada, justo al lado del marco de la puerta de la cocina. ¿Por qué siempre llevamos maletas si sólo vamos dos días?

—Siempre hay cosas que llevar. ¿Acabaste el Cola Cao? Tenemos que marchar.

—Son las siete y media. A las ocho y cinco sale el tren y todavía tenemos que llegar a la estación. ¿Vamos?

—Vamos. ¿Quieres que lleve yo la maleta?

—No, vete llamando al ascensor.

—¡Papá!...

—¿Qué?

—¿Cerraste el agua y el gas?

—Sí.

—Mamá siempre lo hacía antes de salir de casa.

—Siempre puede pasar algo cuando no estamos en casa, por eso vale más prevenir.

—¿Por eso bajas las persianas de todas las habitaciones?

—Por si llueve. El agua mancha mucho los cristales.

—Tenemos que volver a subir…

—¿Por qué, hijo?

—No cerraste la puerta con llave. Mamá siempre daba dos vueltas con la llave. Decía que si no cualquiera podría entrar con un carné de identidad o una tarjeta.

—Espérame aquí con la maleta, bajo ahora.

—Ahora ya está bien cerrado. Ahora nadie que no tenga la llave va a poder entrar.

—¿Por qué alguien iba a querer entrar en casa cuando nosotros no estamos?

—Ya sabes, cuando no estamos en casa cualquier cosa puede pasar. Ponte el gorro que hace mucho frío.

—Casi no hay gente por la calle.

—Hace mucho frío. Nadie sale de casa un sábado a estas horas si no tiene algo que hacer.

—¿Por qué ese edificio tan grande tiene todos los cristales rotos?

—Es una fábrica abandonada. Allí hace años trabajaba mucha gente. Desde que dejaron de trabajar está abandonada y hay gente que se divierte rompiendo los cristales de los edificios abandonados.

—¿Qué hacía la gente que trabajaba en ella?

—Era una fábrica de loza. Ves, si miras bien todavía se lee en aquella pared blanca el nombre: «Fábrica de loza La Asturiana».

—Sí, ya lo veo, ¿y qué hacían?

—Jarrones, vasos, platos… muchas cosas.

—¿Por qué ya no las hacen? ¿La gente ya no necesita esas cosas?

—Sí, hijo, esas cosas siguen necesitándose, pero ahora las hacen en otros sitios. Tenemos que ir un poco más rápido, así no vamos a llegar. Vamos a perder el tren.

—¿Y la gente que hacía jarrones, vasos y platos qué hace ahora?

—Tienen otros trabajos.

—¿Tuvieron que aprender a hacer otras cosas además de jarrones, vasos y platos?

—Claro. Muchos trabajan ahora conmigo, haciendo barcos.

—Tiene que ser muy diferente pasar de hacer cosas tan pequeñas a hacer cosas tan grandes.

—Corre, anda, que perdemos el tren.

En el tren (ida)

—Por poco lo perdemos.

—Ya te venía diciendo que teníamos que caminar más rápido. Todos los sábados nos pasa lo mismo.

—La carrera final hasta la taquilla para sacar los billetes con el tren puesto ya en el andén también es parte del viaje.

—Es una parte de la que podríamos prescindir a partir de ahora, ¿no te parece?

—No me gusta cambiar las cosas. Siempre nos pasa esto y lo pasamos bien en los viajes. Quizá si cambiáramos alguna cosa, los viajes ya no serían igual.

—No va a pasar nada porque lleguemos con un poco más de tiempo al tren. El viaje va a seguir siendo el mismo.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro, ¿por qué iba a cambiar? ¿Tomaste la pastilla contra el mareo?

—En el tren no me mareo, papá. Me mareo en autocar, en coche...

—En el tren también te mareas alguna vez, ¿tienes las bolsas por si acaso?

—¿Van a venir a buscarnos a la estación?

—Va a venir tu abuelo.

—Seguro que quiere ir al Parque Nuevo. Al estanque donde están los pájaros.

—¿No quieres ir?

—Sí, sí... me gusta mucho ir al parque a ver lo que hacen los pájaros en el agua del estanque. Además el abuelo me habla de todos los pájaros. Me dice de qué especie son y de dónde vienen... ¿Tú vas a venir?

—Yo tengo que subir hasta casa a dejar las maletas. Mira, allí también hay muchos pájaros, ¿sabes qué son?

—Claro, aquellos blancos y negros que están en el prado, los que rebotan como si tuvieran muelles en las patas, son las urracas y aquel

oscuro que está un poco más allá es un cuervo.

—A las urracas les gustan mucho las cosas que brillan. Muchas veces cogen las llaves de la gente y los prendedores del pelo de las mujeres y los llevan hasta sus nidos.

—¿Para qué quieren las urracas las llaves de las casas de la gente y los prendedores del pelo de las mujeres?

—No tengo ni idea. El caso es que cogen todas las cosas brillantes y las llevan para el nido. ¿Tienes el billete a mano? Ya viene el revisor.

—Déjame ver el agujero que te hizo en el billete.

—Es más pequeño que el del mío. Mira, el mío tiene forma de estrella...

—Eso es que vas a tener buena suerte. Guárdalo que nos vale para volver mañana.

—El tuyo no tiene forma de estrella, ¿tú no vas a tener buena suerte?

—Menos que tú, seguramente.

—Mira papá, todo es verde y azul ya. Me gusta mucho mirar por la ventana cuando ya salimos de la ciudad y todo cambia de color.

—Sí, está abriendo el día, parecía que iba a llover pero va a acabar saliendo el sol. Por eso el cielo empieza a verse azul. Mira al cielo, hay otro pájaro más grande volando cerca del tren.

—Es un halcón, papá. Está mirando desde el cielo a ver si encuentra algún ratón o algún conejo pequeño para comer. Los halcones ven muy bien. Desde esa altura son capaces de ver a sus presas. ¿Cuánto falta para llegar?

—Todavía falta un poco. Seis paradas. ¿Te aburres?

—No, es que me gusta saber dónde estoy. Si estoy cerca o lejos. A mamá no le gustaba viajar, ¿eh?

—¿Por qué dices eso?

—No sé, siempre me pareció que no estaba a gusto en los viajes. Ella estaba a gusto en casa, no le gustaba salir de ella.

—También le gustaba ir hasta casa de los abuelos, como estamos haciendo ahora.

—Sí, siempre iba contenta, pero volvía llorando.

—No le gustaba separarse de la familia, por eso lloraba.

—A veces discutíais a la hora de marchar. Ella siempre quería quedarse un poco más.

—¿Por qué hablas de eso ahora?

—No sé, quizá por ver a esa señora que estaba en la última estación...

—¿Qué señora?

—Una señora que estaba llorando sentada en un banco. ¿No la viste?

—No presté atención.

—Era una señora, como mamá, y lloraba sentada en el andén. Mirar para ella me puso un poco triste. No me gusta ver a las personas mayores llorar.

—Ya sabes que también lloramos. Es normal.

—A ti sólo te vi llorar dos veces. El día que murió la abuela llorabas como un niño y yo me puse a llorar también. Mamá también lloraba. Después también lloraste cuando murió mamá, pero yo casi no te vi.

—No llores. No pienses en esas cosas. Mamá y la abuela seguro que están en algún sitio bueno. Seguro que no les gusta que nos pongamos tristes.

—Me gustaría que mamá siguiera aquí con nosotros, en vez de en algún sitio bueno sola.

—A mí también, hijo. Pero ya sabes que no puede ser.

—Seguro que a ella los revisores no le hacían estrellas al picarle el billete. Por eso no tuvo suerte.

—No pienses más en ello. Estamos llegando y no querrás que el abuelo te vea llorar.

—No.

—Además él se pondría muy triste también y no ibais a poder ir hasta el parque a ver los pájaros.

—Tú no vas a marchar a ese sitio bueno con mamá, ¿eh? No me vas a dejar solo.

—Estamos entrando en la estación. Mira por aquella ventanilla, ¿ves al abuelo?

—Sí.

Las raíces del roble

—Hoy, si quieres, va a ser un sábado distinto.

—¿Por qué, abuelo?

—Por la tarde, después de comer, quiero llevarte a un sitio y contarte una historia que no sabes.

—¿Tú y yo solos?

—Sí. Después de comer vamos de excursión en autocar, ¿te apetece?

—Claro.

—Mira allí, ¿ves que el suelo está levantado, allí al lado del banco verde?

—Sí, ¿qué pasó?

—Son los árboles. Ves ese roble que está unos metros más allá, dentro de la tierra. Sus raíces se hicieron tan grandes y tan fuertes que están levantando el asfalto.

—¿Por qué las personas no tenemos raíces, abuelo?

—Las tenemos pero no son como las de los árboles, aunque también nos hacen fuertes y nos dan de comer.

—No entiendo lo que estás diciendo, abuelo.

—Nosotros, las personas, también pertenecemos a un trozo de tierra, aunque no tengamos las raíces hundidas en ella como los árboles y las plantas. Pero es algo que no puedes entender ahora. Ya lo entenderás cuando seas un poco mayor.

—¿Por qué no quieres explicármelo?

—Eres muy joven para entenderlo. Mira, ¿ves aquel árbol pequeño de allí? Aquel que no tiene ramas ni hojas y tiene un agujero en el tronco.

—Sí .

—Aquel árbol tenía unas raíces muy débiles y acabó muriendo. Y mira éste, el que te enseñé antes. Ves, este árbol está muy grande y muy sano, porque sus raíces son tan grandes y fuertes que hasta consiguieron romper el suelo para seguir creciendo. A las personas nos sucede algo parecido. Y, como las de los árboles, nuestras raíces


tampoco se ven. Pero si son fuertes nos ayudan a crecer y a vivir.

—¿Qué pájaro es ése?

—¿Cuál?

—Aquel de allí. El grande y marrón y tiene el cuello muy largo y negro y tiene como un antifaz blanco en la cara, debajo del pico… ¿lo ves?

—Sí, es una Barnacla Canadiense, es un pájaro que viene de América del Norte y de la costa oriental de Asia. En el otoño marcha hacia el sur. ¿Te gusta?

—Sí, nunca lo había visto. ¿Por qué tiene esa anilla plateada en la pata?

—Es una cosa que les ponen a las aves migratorias la gente que estudia el comportamiento de los pájaros para tenerlas controladas. Cuando alguien las vea en otro sitio, en otro país, sepan de dónde salió.

—¿Por qué va a querer alguien tener controlados a los pájaros?

—Para saber cuántos hay y conocerles mejor.

—Eso tampoco lo entiendo. Mira, aquel tampoco lo había visto nunca, ¿qué es?

—¿Aquel pequeño de allí, el que viene nadando hacia nosotros?

—Sí.

—Es un Ánade Negro Africano.

—¿Es de África?

—Claro. Prefiere vivir en los ríos y arroyos de corriente rápida, pero también se acostumbra muy bien a las lagunas y a las superficies de agua estancada, como ésta. ¿Te apetece tomar un zumo antes de subir a comer?

—… Y un paquete de patatas fritas.

—Sólo un zumo, que después no comes y me mata tu abuela.

—¿Y si como bien y no les decimos nada?

La excursión

—Abuelo, ¿por qué no dijiste nada en casa de la excursión?

—Va a ser un secreto entre tú y yo. De las cosas que te cuente hoy no puedes hablar con nadie.

—¿Ni con papá?

—No, con nadie. Va a ser nuestro secreto.

—¿Adónde va este autocar?

—Nos bajamos muy pronto, vamos hasta un monte de aquí cerca. ¿Te gusta dar paseos por el monte?

—Sí, muchas veces voy de excursión con papá y unos amigos suyos, pero hoy no traje el equipo de ir al monte. Siempre llevo unos prismáticos, una cantimplora, guías de animales y un cuaderno en el que apunto los pájaros que voy viendo o escuchando.

—Eso está muy bien, pero hoy no vamos a ver pájaros. Hoy te voy a contar una historia. Como un cuento de aventuras como los que lees.

—Una historia de gente que sobrevive en islas desiertas y se enfrenta con los peligros de la naturaleza...

—Mira, ya llegamos. Ahora cuando pare el autocar tenemos que bajar ya.

—¿Y ahora?

—Ven, vamos por ese camino. ¿Te acuerdas del cuento de *La Cenicienta*?

—Sí.

—Pues a tu abuela hace unos años la conocían como «La Cenicienta de Lada».

—¿Por qué? Tú no eres un príncipe.

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Mucho tiempo antes de que tú nacieras, las cosas eran muy difíciles aquí y yo pasé una temporada grande en la cárcel... ¿Sabes lo

que es una cárcel?

—Sí, un sitio donde encierran a las personas malas, a las personas que hacen daño a los demás.

—No siempre es así. Algunas veces esas personas que hacen daño a los demás son las que mandan y entonces llenan las cárceles de gente normal.

—¿Por qué?

—Porque la gente normal no quiere que las personas que hacen daño a las demás sean las que manden.

—¿Por qué te metieron en la cárcel?

—Eso ya te lo cuento después. El caso es que cuando estaba en la cárcel las mujeres de los demás presos y tu abuela organizaron una protesta en el cuartel de la Guardia Civil. ¿Sabes lo que es la Guardia Civil?

—Sí.

—El caso es que cuando estaban dentro del cuartel protestando para que las dejaran vernos y llevarnos cosas de primera necesidad, como mantas para taparnos por las noches o comida, la guardia civil las rodeó y no quería dejarlas salir.

—¿Querían meterlas en la cárcel también?

—Tuvieron que salir como pudieron enfrentándose a los guardias. Tu abuela, que siempre fue muy valiente, descalzó los zapatos de tacón que llevaba puestos y salió con ellos en la mano, dando golpes en la cabeza a los guardias que querían detenerla. Cuando ya estaba cruzando la puerta, resbaló y al levantarse con prisa no pudo coger uno de los zapatos del suelo. Ella consiguió escapar, pero el zapato quedó en el cuartel…

—Como el de la Cenicienta en el Palacio.

—Lo mismo, lo que pasa es que durante las semanas siguientes los guardias probaban el zapato a todas las mujeres que detenían para encontrar a la propietaria y darle el castigo que merecía. No era, como en el cuento, para casarla con un príncipe precisamente.

—¿Detuvieron a la abuela esos días?

—Tuvo suerte, pero tuvo que marchar a vivir unos meses a Francia. Desde que pasó aquello mucha gente la conocía en secreto como La

Cenicienta de Lada.

—Es una historia triste, creo.

—Sí, seguramente todas las historias que te cuente hoy van a ser tristes, pero creo que es necesario que las conozcas. En la familia nadie quiere hablar de ellas y creo que tienes derecho a conocerlas.

—¿Por eso no dijiste nada en la comida de que íbamos a hacer esta excursión?

—Por eso quiero que no hables con nadie de estas historias que te cuento hoy. Quiero que las conozcas, aunque no las entiendas ahora. Quiero que sea nuestro secreto.

—¿Qué es ese ruido que cada vez se escucha más cerca?

—¿Esos golpes secos y constantes?

—Sí.

—Es el pájaro carpintero. Está haciendo la casa en el tronco de un árbol. ¿Nunca viste ninguno en tus excursiones por el monte?

—No, ¿cómo es?

—Vamos a buscarlo, suena muy cerca…

—Míralo, ¿lo ves allí? Mira, en el primero, segundo, tercero… en el cuarto árbol. ¿No lo ves dando golpes con el pico en el tronco de aquel haya? ¿Ves que tiene la cabeza colorada?

—Sí, ya lo veo. Qué pena que no tenga aquí los prismáticos y la cámara de fotografías… Cuando llegue a casa, miraré en la guía y apuntaré en el cuaderno que lo vi.

—Aquí hay muchos pájaros y yo los conozco casi todos. Estuve nueve años viviendo con ellos.

—¿Con los pájaros?

—Sí, aquí en este monte en el que estamos ahora. Como ellos buscábamos la comida por el momento y como el pájaro carpintero que acabamos de ver, muchas veces construíamos las casas en las que vivíamos con lo que nos daba el bosque: troncos, ramas, hojas… Muchas noches buscábamos refugio en el corazón del bosque, como los animales.

—¿Por qué no estabas en casa con la abuela?

—No podía. ¿Sabes que vivimos una guerra?

—La Guerra Civil, sí. Algo nos contaron en la escuela. Me acuerdo de memoria de algunas frases del libro de historia. Dicen cosas como que fue «una guerra fraticida entre hermanos». El profesor dice que fue «una guerra mala en la que no hubo ni buenos ni malos».

—Después de esa guerra, que no se parece mucho a la que te cuentan en la escuela, los que la ganaron, los militares, los guardias civiles, los falangistas...

—¿Qué son los falangistas?

—Da igual... el caso es que los que ganaron la guerra iban por las casas buscando a los que la perdimos.

—¿Por qué si la guerra ya había terminado?

—A ellos no les valía con ganar, querían vernos muertos. Querían matar a todo el mundo que no pensara como ellos.

—Cuando alguien muere va a un sitio bueno...

—¿Quién te dijo eso?

—Papá. Me dijo que mamá ya no está con nosotros pero que marchó a un sitio bueno.

—Sí, tu madre seguro que está en un sitio bueno, pero no toda la gente que muere va al mismo sitio...

—Mira abuelo, vuelve a sentirse el pájaro carpintero. Escucha.

—Sí, hay muchos en este bosque.

El laurel

—Abuelo, ya estoy un poco cansado. ¿Falta mucho?

—No, ya estamos llegando. ¿Ves aquella casa de allí?

—¿La que está detrás de aquel árbol?

—Sí, vamos hasta allí y descansamos. Aquella casa es de la familia pero hace mucho tiempo que no sube nadie hasta aquí.

—¿De quién es la casa?

—Es nuestra. En esa casa fue en la que yo nací. En la que me crié... en estos prados era donde yo trabajaba y jugaba cuando era como tú. Poco después ya tuve que pasar de la casa y los prados al monte...

—Si es tuya, ¿por qué nunca venimos?

—Hace años que yo tampoco venía, pero hoy quería subir contigo, enseñártela... En esta casa hay otra historia que te quiero contar.

—¿Otra historia triste?

—Sí, ya te dije que todas las historias que te voy a contar hoy son tristes y que no las vas a entender muy bien, pero dentro de unos años te acordarás de ellas y van a ser importantes para ti.

—Ya llegamos, ¿vamos a entrar?

—Sí, espera que encuentre las llaves. Mira la puerta, ¿ves los dibujos tallados en la madera?

—Sí.

—Los hizo tu bisabuelo, mi padre. Toda la madera de la casa está trabajada por él. Cuando yo era como tú me gustaba mucho sentarme a su lado y ver cómo trabajaba la madera con sus herramientas... Ya está abierto, pasa. Cuidado no toques nada que está todo muy sucio. La casa lleva años sin abrirse.

—¿Por qué no conocí a mi bisabuelo?

—Murió mucho antes de que tú nacieras. Lo mataron al terminar la guerra...

—¿Por eso tuviste que ir a vivir al monte, porque mataron a tu padre?

—Sí, en parte fue por eso. Espera aquí, voy a abrir aquellas

contraventanas para que entre más luz.

—La casa huele muy mal…

—Ya te dije que llevaba años sin abrir. Es normal que huela así. Ven, ponte por aquí.

—¿Por qué mueves ese armario?

—Quiero que veas una cosa.

—¿El qué?

—Mira.

—¿Qué es ese agujero? Nunca vi una habitación que tuviera un agujero en el suelo, al lado de la ventana.

—Era un escondite.

—¿Un escondite?

—Sí, cuando acabó la guerra, tu bisabuelo tenía que meterse aquí para que no lo mataran. Pasó semanas enteras metido ahí debajo con el armario puesto encima. Cuando la guardia civil venía a buscarlo nunca lo encontraban porque estaba ahí escondido. Los guardias pegaban a tu bisabuela, pero nunca decía nada.

—¿Podemos entrar?

—No, como lleva años sin usar debe de estar taponado… ¿Para qué quieres entrar?

—Para ver cómo vivía mi bisabuelo…

—Un día tuvo que salir del escondite y de la casa para ir hasta el monte. Cuando volvía por aquel camino que se ve desde la ventana, lo encontró la guardia civil y allí mismo lo mataron. Le pegaron varios tiros allí mismo, en el medio del camino. Después vinieron hasta casa a traerlo muerto y reírse de tu bisabuela. Le decían: «Éste ya no escapa más».

—No llores, abuelo.

—Tranquilo… vamos fuera. Vete saliendo que voy a colocar el armario y cerrar las contraventanas. Espérame en la puerta.

—¿Qué árbol es ese? Llama la atención allí solo en medio del prado.

—Es un laurel. Debajo de él está enterrado tu bisabuelo. Cuando lo trajeron muerto hicieron a mis hermanos pequeños, que todavía vivían en casa, que lo enterraran ellos ahí. Después tu bisabuela

decidió plantar el laurel... Toma esta flor y vete a ponerla en el árbol.

—¿Por qué no lo desenterrasteis y lo llevasteis al cementerio?

—Tu bisabuela nunca quiso. Siempre decía: «Nosotros no lo metimos ahí, nosotros no lo vamos a sacar. Tiene que quedar ahí, como recuerdo de lo que le hicieron a esta familia».

El aire de las castañas

—No quiero que sigas contándome historias. Son muy tristes.

—Es necesario que las sepas. Estas historias, por muy tristes que sean, tienen que formar parte de tu vida cuando crezcas. Si no las conoces iba a ser mucho más triste.

—¿Por qué?

—Porque se perderían. Nadie recordaría ya lo que le pasó a esta familia. Si tú de mayor te acuerdas de estas historias que te estoy contando hoy, la familia va a seguir viva...

—Otra vez no entiendo lo que dices.

—Ya lo entenderás... Vamos a andar un poco más por el monte. Seguramente veremos más pájaros que no conoces.

—¿Dónde vamos ahora?

—A otra casa. No está muy lejos de aquí.

—¿También es de la familia?

—No, pero yo estuve viviendo en ella un tiempo.

—¿Cuando estabas viviendo en este monte?

—Sí.

—¿Qué pasó con mi bisabuela después de que mataran a su marido?

—Ella también murió.

—¿También la mataron?

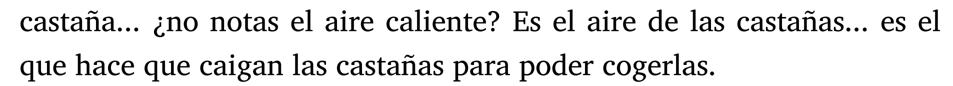
—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos?

—Poco después de que mataran a tu bisabuelo yo, que ya vivía con tu abuela, y mis hermanos tuvimos que subir al monte. La guardia civil llevaba cada poco a tu bisabuela al cuartel y le pegaban para que les dijera dónde estábamos. Un día no aguantó más los palos y en un descuido de los guardias saltó por la ventana... Ya no pudimos verla más... Ni siquiera sabemos dónde está enterrada.

—Seguro que fue a ese sitio bueno que dice papá. Seguro que está con mamá.

—Seguro que sí. Mira el suelo, ¿lo ves? Está lleno de erizos de


castaña... ¿no notas el aire caliente? Es el aire de las castañas... es el que hace que caigan las castañas para poder cogerlas.

—¿Puedo coger uno?

—Claro, pero ten cuidado no te hagas daño... Dicen que este aire, además de anunciar el tiempo de las castañas, puede volver loca a la gente...

—¿Es verdad?

—Eso dicen.

—Pero, ¿es verdad?

—Yo creo que no.

—Mira, ya llegamos. Ésta es la casa que te quería enseñar.

—Ya no hay casa, abuelo. Sólo quedan dos paredes y por dentro está todo cubierto de maleza.

—Es que ya no es de nadie y la dejaron caer. Pero antes era una casa. Yo estaba metido en ella el día que me cogieron y me llevaron a la cárcel.

—No sé si podré ya con más historias tristes...

—Ésta es la última que te cuento. Además ésta sí que es una aventura como las de los libros...

—¿No es triste como las otras?

—Sí, es como todas las que te estoy contando hoy.

—Estoy muy cansado, ¿puedo sentarme en aquella piedra?

—Claro, vamos a sentarnos a descansar.

—Cuéntame la historia, abuelo. De verdad que quiero escucharla.

Sangre en la nieve

—Estábamos aquí metidos, en la parte de arriba de esta casa y sentimos ruidos fuera. Nos pilló por sorpresa porque eran las cinco de la tarde y ellos no solían atacar a esas horas. Ellos atacaban por la mañana. Por la mañana sí que tenías que estar en guardia... Miré por la ventana y vi que la casa estaba rodeada y les dije a mis compañeros: «No podemos quedar aquí. Van a matarnos». Ellos parecía que no reaccionaban y yo les insistí: «No hay tiempo que perder, tenemos que salir. Ahora o nunca». Yo bajé a la parte de abajo de la casa, donde estamos tú y yo ahora, y mis compañeros no bajaban. Esperé un poco por ellos y sentí un disparo. Uno de los que estaba conmigo no soportó los nervios y para que no le cogieran vivo se pegó un tiro... En ese momento yo decidí salir. En esta parte de la casa tenían vacas. Decidí abrir la puerta de la cuadra, sacar las vacas y salir con ellas. Nada más salir empezó el tiroteo. Yo les tiré una bomba y ellos se echaron cuerpo a tierra. La bomba no estalló pero conseguí salir corriendo. Ellos, cuando se levantaron, siguieron disparándome, pero no consiguieron darme. Al llegar a donde está aquel árbol de allí, un soldado me agarró por la espalda, pero pude darme la vuelta, empujarlo y seguir corriendo. Llegué hasta aquella otra casa que se ve allí abajo. Como ya no me dominaban desde donde estaban, dejé de correr y empecé a caminar a paso lento, porque no me encontraba muy bien. Cuando pasé por delante de aquella casa, salió una chica a la puerta y me dijo: «Ten cuidado, está todo lleno de guardias. Te van a matar». Seguí por el camino que pasa por delante de aquella otra casa y me encontré con dos policías militares que volvieron a disparar contra mí. Otra vez tuve que echar a correr. Sus disparos tampoco me alcanzaron y seguí corriendo hasta una mina que había un poco más allá. Allí, donde la mina, estaba lleno también de guardias y policías. Me tiraron una bomba y consiguieron herirme. En ese momento yo ya había acabado la munición de la pistola que llevaba y saqué otra pistola y seguí disparando con ella. Cuando llegué

a la mina se me acabó la munición de esa otra pistola y ya llevaba a un policía detrás que casi me iba tocando la espalda con la escopeta. Me disparó unas cuantas veces y una bala me atravesó la espalda, pero yo seguí corriendo. Quería llegar hasta la máquina que baja el carbón para subirme a ella y que no me cogieran, pero cuando llegué, la máquina acababa de pasar, no pude subirme a ella. Allí ya caí al suelo, en la nieve y me cogieron dos policías militares...

—¡Vaya historia! Parece una película... ¿Cómo sabían ellos que estabas aquí, en esta casa?

—En aquellos días había mucha gente que te denunciaba...

—¿Por qué?

—Ya irás descubriendo cómo es la gente... A muchos de aquellos chivatos acabaron matándolos...

—¿Tú mataste a alguno, abuelo?

—No. La prueba es que el que me denunció a mí todavía vive... ¡Vaya qué tarde es ya! Tenemos que marchar, tu abuela y tu padre van a estar preocupados.

—¿Tenemos que volver hacia atrás todo lo que andamos hasta aquí?

—No, saliendo por aquí detrás llegamos a una carretera por la que pasa otro autocar. Hay una parada aquí cerca, ¿vamos?

—Vamos.

—No cuentes en casa nada de lo que te conté hoy, ¿eh?

—No, abuelo. Va a ser nuestro secreto.

—¿Ves como el camino de vuelta no fue para tanto? Ya estamos en la carretera. Allí, donde aquella farola para el autocar. Son las nueve y veintisiete. A y media me parece que pasa uno.

—¿Qué pájaro es ese que da vueltas tan rápido alrededor de la luz de la farola?

—No es un pájaro, es un murciélago. ¿Nunca habías visto uno?

La barriada

—Mira, están tus abuelos en la ventana. Diles adiós.

—La abuela está en una y el abuelo en otra, ¿por qué se asoman siempre en ventanas diferentes?

—No sé, es una manía... Será para tener más espacio.

—Me gusta mucho que se asomen a despedirnos. Que estén allí, los dos asomados mientras marchamos es como una invitación a que volvamos otro día.

—A ellos les gusta mucho que vengas a verles. Les gusta mucho estar contigo.

—Y contigo...

—Sí, hijo, conmigo también.

—A mí también me gusta mucho estar con ellos. ¿Por qué estos edificios son todos iguales?

—Antes hacían barriadas así, con todos los edificios iguales, para que vivieran los trabajadores de las empresas.

—Me gusta mirarlos desde aquí y que todos sean iguales.

—¿Te gustan de verdad?

—Creo que sí.

—Mira, todavía están asomados, aunque seguro que ya no nos ven.

—Pero saben que seguimos estando. Seguro que están asomados hasta que llegamos a la estación.

—Ayer casi no te vi el pelo. ¿Qué hiciste todo el día con el abuelo?

—Fuimos de excursión.

—¿Dónde fuisteis?

—Montamos en un autocar y fuimos hasta el monte.

—¿A qué?

—El abuelo quería enseñarme otros pájaros que no hay en el parque.

—¿Visteis muchos?

—Sí. El que más me gustó fue uno que el abuelo me dijo que se llamaba pájaro carpintero. Es un pájaro muy guapo, con la cabeza

colorada, que se hace su casa en el tronco de un árbol con su pico. También vimos árboles grandes y árboles muertos.

—¿Árboles muertos?

—Sí. Los árboles mueren si no son capaces de fortalecer sus raíces, me lo dijo el abuelo. A mí no me gusta que los árboles mueran.

—Sólo mueren los que tienen que morir. La naturaleza es así, sobreviven los que mejor se adaptan al medio...

—Cuando volvíamos a casa a cenar también vimos un murciélago. Es como un pájaro y vuela muy rápido alrededor de la luz de las farolas. Cuando llegue a casa tengo que apuntar muchas cosas en el cuaderno de campo.

—Es una pena que no lo hayas traído.

—No sabía que iba a ir al monte.

—Mira allí. Ya se ve la estación. Ves a toda la gente que está ya en el andén.

—Sí. Todo el mundo quiere volver a casa.

En el tren (vuelta)

—Ya estamos subidos, ¿ves? Es mejor llegar al tren con algo más de tiempo, no como cuando vinimos.

—Cuando volvemos siempre llegamos con más tiempo. Eso también forma parte del viaje.

—¿Tienes el billete?

—Sí, tómalo. Creo que voy a dormir un poco. Estoy cansado.

—Trae, yo le daré los dos al revisor. ¿No quieres ir mirando por la ventanilla?

—No. Por la noche sólo me gustan las luces. No se ve nada más. Por la noche no hay colores.

—Apóyate contra la ventanilla que te voy a tapar un poco con la cazadora.

—Gracias.

—Papá, ¿a ti te gusta que los árboles mueran?

—Claro que no, hijo. Duerme un poco. Descansa. Ya te despierto cuando estemos llegando.

La ciudad de nuestro primer amor

Ça, c'est la capitale des mouettes.
Sont tranquilles, là, les mouettes, restent où
c'est tranquille, les mouettes. Ressemblent à rien.
Mais régnent dans les sables invisibles
et dans les livres des écrivains.
Et près des soleils et des heures arrêtées par la force
invisible de la mer et des sables.
Ce sont des endroits où on revient toujours,
por voir si on est vivant face aux mouettes.

Marguerite Duras

El hormigón es solamente la presentación. No existe, es sólo para acercarse a una apariencia, digamos, humana. Es una zona irreal y las zonas irreales no son de hormigón. Es simplemente una apariencia.

La Atalaya es la capital de las gaviotas. Un lugar donde algunas personas vamos a ver si seguimos vivas. A ver si nuestros corazones todavía laten al ritmo de sus juegos. No hay sitio para la mentira. Hay sitio para casi todo lo demás. Pero es una tierra de palabras verdaderas. Como un cementerio indio.

Una cometa sobrevuela el polvorín. Un polvorín en tiempo de paz. Un sitio inútil. Otra apariencia. A un lado está la ciudad. Desde aquí se ven las grúas de un pasado digno. Las calles están reconstruidas pero todavía guardan el recuerdo de las carreras de los trabajadores y las marcas de los neumáticos quemados. Desde aquí se ve mi barrio. Ese barrio donde a las dos salíamos de clase y coincidíamos con los vecinos que tenían los monos llenos de grasa y llegaban hambrientos y alegres. Después de sonar la sirena. La nuestra y la de ellos. Mi barrio era un barrio a ritmo de sirenas que siempre tocaban los otros. Un barrio que ahora no soy capaz de encontrar. Un barrio que ya no está.

Al otro lado está el mar.

En medio, este cementerio indio, esta capital de las gaviotas, donde todo puede pasar menos la mentira. Yo aprendí a mirar este espacio a través de los ojos de ella, a descubrirle el corazón. Es un buen lugar para enfrentarse con uno mismo. Eso lo aprendí con los ojos de ella que brillaban aquella noche. Era un poco más abajo. Las olas rompían contra nuestros pies. Pero La Atalaya, entre las rocas, también es un buen sitio para hacer el amor. Otras veces, antes, mirábamos con los ojos perdidos al mar, buscándole su límite. No todos los días necesitábamos drogas.

Me acuerdo de paseos en la noche. El sitio parecía cambiar con cada acompañante. En esos paseos por las noches, no recuerdo que el lugar me pareciera el mismo dos días. Nunca era igual. Tenía una luz distinta y te miraba de maneras diferentes. Ahora pienso que ninguno

de esos paseos era real. No había nada real en ellos, aunque en aquel tiempo me lo parecía. Por eso La Atalaya nunca se dejaba ver, aunque siempre se ponía disfraces preciosos. Ahora no recuerdo los tonos de aquellas noches. Tampoco muchos de los nombres de mis acompañantes. Me acuerdo de algunos de los comentarios. Recuerdo uno en especial. Hablaba de las estrellas. El cielo de mi ciudad casi nunca está estrellado, quizá por eso viva en una ciudad sin demasiada suerte. Una ciudad que muchas veces tiene poco de real. Una ciudad sin sueños propios que vive al ritmo de sirenas ajenas. Una vez hablé de esto con alguien. También comenté que las nubes siempre jugaban a tapar la luna en las noches de invierno.

Aquellos días, antes de reconocer el sitio con otros ojos, La Atalaya teñía de diferentes colores mi vida. Muchas veces los pintó de negro. Amigos que vivían en la mentira y se la inyectaban, respiraron aquí las últimas veces. Entre agua, limones y lo que ellos creían caballo puro que compraban en alguna cuadra de la próxima Cimavilla. Seguramente no eran los mejores cerebros de mi generación, pero eran mis amigos. También hubo algún caso, uno en concreto, de una amiga muy joven y muy guapa que decidió formar parte de lo más triste del recuerdo cuando intentó aprender a volar aquí, por culpa de algún novio estúpido, de unos padres demasiado ocupados o de unos exámenes que no la iban a llevar a ninguna parte. O por todo esto a la vez. No aprendió a volar, evidentemente, pero la vi muchas veces cuando iba a pasear por allí por la noche. Alguna noche oscura, cuando el cielo estaba limpio de estrellas, siempre acababa por ver una fugaz. Solitaria. Con el vuelo firme. Una estrella fugaz que volaba libre, sin novio, sin padres, sin exámenes. Una estrella que volaba libre por mis recuerdos negros, planeando por encima de limones podridos, chutas ensangrentadas y botellines de agua.

En aquella época también tenía muchos sueños. De los que se tienen en la cama mientras se duerme. De los otros también. Pero había un sueño que se repetía muchas noches y todavía no soy capaz de encontrarle una explicación. No sé lo que significa. Llegaba a La Atalaya y allí en medio encontraba un armario. Nunca, en los sueños, me extrañaba de la presencia del armario. Me acercaba a él y abría la

puerta. Esta imagen se repetía varias veces seguidas. Yo me acercaba y abría el armario. En el suelo había rayas discontinuas pasando muy rápido, como si estuviera en una autopista. Arriba, en uno de los estantes superiores, había una joven de melena larga y rubia, no era conocida. Era muy guapa. Siempre era la misma. Tenía unos ojos preciosos. También tenía alas. Unas largas alas blancas. Siempre me miraba a los ojos. De repente caía una lágrima grande de uno de sus ojos —ahora no me acuerdo de cuál de los dos— y yo ponía las manos para recogerla. Cuando me acercaba a hablar con ella —las líneas discontinuas seguían pasando rápido por debajo— siempre echaba a volar.

La noche todavía tenía un significado especial en mi vida en aquellos días. El viernes era mi día preferido. La ciudad mostraba su lado más amable los viernes por la noche. O eso me parecía. También esos días subíamos a La Atalaya, después de algunas paradas obligadas en Cimavilla. Alguna noche dormíamos allí. La ciudad tenía un brillo todavía más especial desde allí los viernes por la noche. Todavía no veía a la estrella fugaz. Esos viernes de noche no soy ahora capaz de recordar de qué color eran. El tiempo borró los colores y parte de los recuerdos. Casi no recuerdo a mis acompañantes de aquellos días. Ni a ellos ni a ellas. En el recuerdo es más real la chica guapa de las grandes alas que todos ellos. Sólo me acuerdo de las risas. No todos los viernes necesitábamos drogas. Los viernes de noche eran los días en los que no se sentían las sirenas. La verdad es que no me acuerdo del color de esos días. Sólo recuerdo la inconsciencia alegre de las calles de Cimavilla. Pero es todo blanco y negro. Como si nunca hubiera pasado. Es algo como el barrio de mi infancia que ya no soy capaz de encontrar.

Pero un día empecé a ver este sitio con otros ojos distintos. Empecé a entender la ciudad de las gaviotas a través de los ojos de ella. Me acuerdo que un día lo escogimos como nuestro refugio secreto. Como de niños. Incluso lo bautizamos con un nombre particular: La Ciudad de Nuestro Primer Amor. A partir de ese momento los recuerdos recobran el color y todo se convierte en mi realidad. Todo a través de los nuevos ojos con los que veo La Atalaya. Ella venía de lejos, como

escapando de algo que era muy malo. Nunca me lo dijo, pero era algo que se le notaba. Era una mujer muy guapa. Estuve con ella el primer día entre dos rocas, con el mar rompiendo por debajo. No sé cómo nos conocimos pero allí estábamos. Era una mujer muy guapa, con unos ojos preciosos. Pero alguien le había hecho mucho daño, cada vez que intentaba acercarme a su corazón, ella escapaba asustada. Yo intentaba atrapar sus lágrimas con las manos. Al final, un día —las gaviotas jugaban a nuestro alrededor— acabamos haciendo el amor entre las rocas. Ya no caían lágrimas que atrapar. Seguro que incluso le dije una de esas frases de telefilme: «Nunca voy a dejar que nadie haga llorar a tu corazón». Seguro. Esa noche la estrella fugaz nos hizo una señal, un parpadeo, antes de desaparecer. Nunca más la volví a ver. La ciudad de las gaviotas, el cementerio indio desde el que se ve la persona que fui, se convirtió ese día en La Ciudad de Nuestro Primer Amor, siempre vista con el brillo de sus preciosos ojos, ya sin lágrimas.

De la vida de las piedras

Yo: Nunca hablamos de ello.

Ella: Es mejor así.

Yo: ¿Por qué?

Ella: Es mejor así.

Yo: Creo que no estoy completo. Hay algo de mí que se quedó en el pasado. Quizá pueda recuperarlo si hablamos de ello.

Ella: No hay nada nuestro en el pasado.

Yo: Alguna vez te dije que aquel día lloré cuando colgué el teléfono. Lloré en la cama hasta por la mañana.

Ella: ¿Por qué?

Yo: Lloré por mí. No lloré ni por ti, ni por Él. Aquella llamada cambiaba mi vida. Siempre lloro... el dolor de los cambios importantes.

Ella: Yo no sabía lo que había pasado. Yo también lloraba.

Yo: Estoy hablando de otra cosa. Yo no lloraba por el cuchillo, ni por la sangre. No lloraba por Él. Ni por ti.

Ella: ¿Llorabas por la muerte?

Yo: Quizá sí, quizá sabía que cada puñalada era la muerte de una parte de mí.

Ella: Yo no hablé de la muerte cuando llamé.

Yo: No, tú llorabas y hablabas de sangre. La mezcla de las lágrimas y de la sangre me acercó a mi muerte.

Ella: Pero tú no estás muerto.

Yo: Tal vez sí.

Ella: ¡No!

Yo: No hay nada de aquel que contestó el teléfono a las cinco de la mañana de un día de primavera.

Ella: Pasaron años... el mundo cambia.

Yo: No te quería en aquel momento... ahora sé que incluso cuando no te quería, te quería.

Ella: ¿Qué quieres decir?

Yo: No soportaba tus lágrimas.

Ella: No entiendo lo que dices.

Yo: Ellos me decían: «¡Cuídala!».

Ella: ¿A mí?

Yo: Sí, me decían: «Anda con ella. Cuídala».

Ella: ¿Por qué? ¿Quién?

Yo: Todos. Ellos. Nadie. Era peligroso.

Ella: ¿Me cuidaste?

Yo: ¿Te acuerdas del primer beso? Fue mucho antes.

Ella: ¿Qué beso?

Yo: El primero, por la noche en un bar.

Ella: No me acuerdo.

Yo: Todavía no había cuchillo en nuestra vida. No había sangre. Todo era limpio.

Ella: No quiero acordarme. Eso fue mucho antes.

Yo: ¿Y el juego inocente? Tu desnudez en penumbra, eso también fue antes.

Ella: Sí, me acuerdo. Tú desnudo, en la cama de Él, y yo. Y Él.

Yo: Él estaba pero no participaba en el juego. Éramos tú y yo.

Ella: Aquella excitación...

Yo: Después ya sonó el teléfono... de noche.

Ella: Sí, yo lloraba. La muerte...

Yo: Había sangre en tus palabras.

Ella: Sí.

Yo: Después, lágrimas en los bares, la cárcel... el silencio...

Ella: No me acuerdo de ello.

Yo: Sí, incluso ibas a casarte, ¿te acuerdas? Tenías dieciséis años... estabas dispuesta a casarte.

Ella: Sí, me acuerdo.

Yo: Al final, se evitó la boda. No me acuerdo cómo. Se frenó la locura.

Ella: ¿Tú cuidabas de mí?

Yo: Después ya recuerdo aquella tarde al lado del mar, en las rocas.

Ella: Sí, yo también la recuerdo.

Yo: Ellos se fueron, sólo nos quedamos tú y yo. Solos.

Ella: Sí.

Yo: Yo todavía no había muerto.

Ella: Ya había cuchillo, sangre… muerte.

Yo: Sí, pero era un recuerdo. No pesaba como la realidad.

Ella: Yo ya no lloraba.

Yo: Ese día estabas muy guapa y reías. Tú diste el primer beso.

Ella: No me acuerdo.

Yo: Después dijiste: «Es mejor que paremos, alguien puede vernos». ¿Te acuerdas?

Ella: Sí, de eso sí me acuerdo.

Yo: Creo que ellos nos vieron. Que estaban arriba, en el prado. Mirándonos, espiándonos.

Ella: Los besos, las caricias… la piel de gallina…

Yo: Ellos no vieron nada de eso. Vieron suciedad y otra vez el cuchillo y la sangre.

Ella: ¿Y la ternura?

Yo: Sólo suciedad. La realidad pocas veces existe, lo que ves no es más que la proyección de tu propio pensamiento.

Ella: No había suciedad entre las rocas. Estaban el mar, los besos, las caricias… no había cuchillo, ni sangre. Ni lágrimas.

Yo: Esto vino después del beso en el bar y de la desnudez en la penumbra.

Ella: No tiene nada que ver.

Yo: Sí, yo todavía estaba vivo.

Ella: Estás vivo.

Yo: Nunca busqué las huellas de otros hombres en tu cuerpo.

Ella: ¿Por qué?

Yo: Porque ya las conocía.

Ella: Puede que todas no.

Yo: Da igual.

Ella: ¿Te da igual?

Yo: Sí, creo que sí. Me acuerdo de un momento muy duro. El más duro de aquellos días.

Ella: ¿Cuál?

Yo: Era por la tarde, después de comer. Estábamos sentados en el banco verde de un parque.

Ella: ¿Y qué?

Yo: Yo fui a despedirte.

Ella: ¿Adónde iba yo?

Yo: Era día de visita. Ibas a la cárcel.

Ella: Sí…

Yo: Yo lloraba y te abrazaba. Era como si el mundo se acabara… no podía evitarlo.

Ella: Tenía que hacerlo.

Yo: Lo sé, pero dolía.

Ella: Yo no quería.

Yo: Pero fuiste y lo hiciste.

Ella: Sí.

Yo: Después volviste. Aquel día estuvimos en silencio. No hablamos. El dolor no nos dejaba.

Ella: No me acuerdo.

Yo: Y de repente ya no recordaba ningún otro nombre de mujer.

Ella: Hubo otros nombres.

Yo: Lo sé, pero desde entonces no los recuerdo.

Ella: Estás mintiendo.

Yo: Quiero decir que me parecen poco importantes.

Ella: ¿Por qué?

Yo: La sangre los borró… y el silencio.

Ella: Yo sí me acuerdo de otros nombres.

Yo: Lo sé.

Ella: Son importantes.

Yo: No me importa.

Ella: Seguro que es importante.

Yo: No, tiene tanta importancia como los nombres de mujer. Sólo son acotaciones que le ponemos al pasado.

Ella: ¿Quisiste a alguna mujer antes?

Yo: Quizá. Pero era distinto. A nosotros la sangre y el silencio nos unieron de una manera especial.

Ella: ¿Qué quieres decir?

Yo: Creo que fuimos víctimas del cuchillo. Todo fue muy rápido… extraño.

Ella: ¿Qué significa eso?

Yo: A veces pienso que si las cosas hubieran sido de otra manera ya no seguiríamos juntos.

Ella: ¿Por qué dices eso?

Yo: No lo sé, es algo que a veces me viene a la cabeza.

Ella: Ya no me quieres.

Yo: No tiene nada que ver con eso. Creo que te quiero más que nunca.

Ella: ¿Más que aquellos días en las rocas?

Yo: Eso era otra cosa. Hacíamos el amor con el mar estrellándose a nuestros pies. Era excitante.

Ella: El secreto.

Yo: El secreto no pesaba aquellos días, fue después cuando no se podía soportar. Poco después.

Ella: ¿Cuándo?

Yo: Ellos empezaban a preguntar. Tú y yo queríamos estar solos…

Ella: En las rocas.

Yo: Y en la calle. Era muy especial cuando íbamos de la mano.

Ella: Pero no podíamos.

Yo: A veces nos rebelábamos contra la imposibilidad.

Ella: Pero recordábamos el cuchillo… la sangre.

Yo: Sí, llorábamos.

Ella: No me acuerdo.

Yo: La primera vez que llegamos al final fue en tu casa.

Ella: Sí. Recuerdo la primera vez que hicimos el amor… no había nadie en mi casa…

Yo: Era sábado.

Ella: Sí.

Yo: Fui a que me cortaras el pelo.

Ella: Sí.

Yo: Después llegó todo lo demás. Llegó solo.

Ella: Los besos, las caricias…

Yo: Tú desnuda, sin penumbra. Yo desnudo. Juntos.

Ella: Me acuerdo.

Yo: No era la primera vez, pero fue la más especial.

Ella: No había suciedad.

Yo: No. Todo era limpio. Era amor. Estoy seguro de eso.

Ella: También fue gracioso.

Yo: Sí, acabamos en el suelo. El sillón era incómodo.

Ella: Sí.

Yo: Al final no me corté el pelo.

Ella: Pero no te importó.

Yo: No.

Ella: Después murió el secreto.

Yo: Antes mentíamos. En las cartas.

Ella: Sí.

Yo: En las visitas, ¿te acuerdas?

Ella: Sí, aquella cabina. Tú, yo... Él.

Yo: Un día decidiste que tenías que contárselo.

Ella: Sí.

Yo: Primero fuiste tú sola.

Ella: Fue muy duro.

Yo: Después, a la semana siguiente, fui yo.

Ella: La visita fue corta.

Yo: Los tres llorábamos.

Ella: Me acuerdo.

Yo: ¿Todavía te duele?

Ella: Sí.

Yo: Yo ya no siento nada.

Ella: Mientes.

Yo: Fui capaz de verlo muerto.

Ella: ¡Calla!

Yo: En ese momento dejó de importarme.

Ella: La muerte, siempre la muerte.

Yo: Pienso que aquella muerta me dio la vida.

Ella: ¿Y el cuchillo y la sangre?

Yo: Da igual.

Ella: Y las lágrimas... y la cárcel.

Yo: Un día sangraba por el brazo, no sé si te acuerdas.

Ella: Sí, fue una estupidez.

Yo: Era dolor.

Ella: También llorabas.

Yo: Estaba volviéndome loco.

Ella: La presión...

Yo: Tu actitud... el vértigo.

Ella: Después nos vieron darnos un beso, abrazados.

Yo: Sí, era de noche, en el puerto. Los faros del coche nos enfocaban.

Ella: No nos dijeron nada.

Yo: Nosotros tampoco. Hubo silencio.

Ella: Después rompimos el secreto. Lo contamos.

Yo: Sí.

Ella: Y se acabaron las lágrimas.

Yo: No, seguimos llorando un tiempo.

Ella: No me acuerdo.

Yo: La ansiedad, el miedo al vacío, la soledad...

Ella: Otra vez el miedo al cambio.

Yo: Tenía miedo de que volviera el vértigo primero, el de niño...

Ella: Nunca me hablaste de aquella época.

Yo: Fue muy duro.

Ella: ¿Qué pasó?

Yo: No lo sé, recuerdo la baba cayendo, mi cabeza rebotando contra las paredes. Las explosiones de llanto.

Ella: ¿Por qué?

Yo: Aún no lo sé. Me dolía el alma.

Ella: Pero no volvió a ocurrir.

Yo: No, a veces tengo miedo.

Ella: ¿Por qué?

Yo: Tengo miedo de que algún día pueda volver.

Ella: Ya no hay peligro.

Yo: Creo que sí. La ansiedad sigue. El miedo.

Ella: ¿A qué tienes miedo?

Yo: Sólo miedo. A nada.

Ella: ¿La muerte?

Yo: Ya estoy muerto.

Ella: Hablabas de la piedra.

Yo: Sí, la conversión a piedra.

Ella: No sé por qué piensas eso.

Yo: Fue el autoaislamiento. El silencio.

Ella: Todavía no sé lo que significa eso.

Yo: Vas cerrándote. Poco a poco, hasta no reconocer sentimientos reales.

Ella: Pero a ti no te ocurre.

Yo: Creo que hubo un tiempo en el que sí.

Ella: ¿Cuándo?

Yo: No lo sé. Un corazón que lleva golpes es un corazón que se cierra.

Ella: Pero tú todavía puedes querer.

Yo: Sí.

Ella: ¿Entonces?

Yo: Creo que se interrumpió la conversión.

Ella: Ya no eres una piedra.

Yo: Pero sigue aturdiéndome la felicidad de la gente que parece feliz.

Ella: ¿No eres feliz?

Yo: No sé lo que es la felicidad. No sé si es mi objetivo.

Ella: La felicidad es el objetivo de todo el mundo.

Yo: Quizá. La felicidad es el objetivo de la gente sin objetivos... Sé que fui feliz y sé que seguramente algún día volveré a serlo.

Ella: ¿Ahora no lo eres?

Yo: La felicidad no es un estado permanente.

Ella: Un día me hablaste de que estabas cansado. Me lo dijiste por teléfono. Hablabas de no aguantar más, de saltar.

Yo: Sí. Lloraba cuando te lo decía.

Ella: ¿Alguna vez lo pensaste en serio?

Yo: ¿El qué?

Ella: Saltar.

Yo: Sí. A veces esos pensamientos casi se apoderaban de mí. La imagen de mi sangre resbalando por la acera, hasta debajo de las ruedas de los coches...

Ella: ¿Por qué?

Yo: Era una necesidad. No era una respuesta a nada, quizá la formulación de la última pregunta.

Ella: Nunca lo hiciste.

Yo: Me faltó valor.

Ella: Hubiera sido un acto cobarde.

Yo: Lo sé... ¿Y tú, nunca has pensado en ello?

Ella: No.

Yo: Después de la sangre, ya conmigo, ¿cuál fue el peor momento?

Ella: No lo sé.

Yo: Piensa, por favor. Dímelo.

Ella: Un día... recuerdo... en aquella clínica... estaba frío.

Yo: Cuando nos enteramos, estuvimos todo el día en silencio, ¿te acuerdas?

Ella: Sí.

Yo: Creo que hicimos lo correcto.

Ella: Sí, pero dolió.

Yo: También tenías miedo de la reacción en casa, de lo que diría tu madre. Llorabas.

Ella: Ella era lo de menos, creo que me dolía una parte del cuerpo que no existe...

Yo: También hablabas de la muerte.

Ella: Sí, siempre la muerte. Como una presencia cercana. Siempre cerca de nosotros.

Yo: Todas las noches, cuando cierro los ojos en la cama, noto cómo ella respira cerca...

Ella: ¿Todavía?

Yo: Siempre.

Ella: ¿Sientes miedo?

Yo: ¿A qué?

Ella: A la muerte, cuando respira cerca.

Yo: No, tengo miedo al dolor físico, al sufrimiento...

Ella: ¿Sólo a eso?

Yo: No, también el alma sufre.

Ella: ¿El alma?

Yo: No puedo soportar la idea de desaparecer. Ése ya no estar. Ése dejar de existir.

Ella: ¿Eso es el alma?

Yo: Creo que sí, el alma preocupándose por la desaparición de la presencia... después llega la ansiedad producida por ese pensamiento.

Ella: La nada.

Yo: Sí. La nada apoderándose de todo.

Ella: Eso ya te ocurría antes de la sangre y el cuchillo.

Yo: Desde niño. Ya te lo había contado una vez.

Ella: Me acuerdo... unos días antes del juicio.

Yo: Aquellos días hablábamos mucho de la muerte.

Ella: Era normal, estaba tan cerca...

Yo: Hubo días en los que no pude pensar en otra cosa; ahora estás vivo, ahora estás muerto, así de fácil. Otra vez ese pensamiento, el todo convirtiéndose en nada.

Ella: ¿Te acuerdas del juicio?

Yo: Sí, desde ese día puedo verlo muerto y yo a su lado vivo. Fue a partir de ese día.

Ella: ¿Por qué?

Yo: No lo sé. Fue así.

Ella: Él jugaba con un niño y un coche rojo. Tengo esa imagen en la cabeza, ¿te acuerdas?

Yo: Sí, había mucha gente, íbamos a darle ánimos.

Ella: Sí, pero a ti te echó de la sala...

Yo: Dijo: «Sé que todos los que estáis aquí me queréis, todos menos uno».

Ella: Me acuerdo de ello.

Yo: Me miró con odio acumulado, un odio vidrioso, casi borracho...

Ella: Todos te miraron.

Yo: No me sentí especialmente mal. Todos eran ninguno. Acuérdate del silencio.

Ella: Después desaparecieron de nuestra vida.

Yo: Sí, fue poco después.

Ella: Desaparecieron todos.

Yo: Ese día, en el juicio, lloraste mucho. Él no te vio.

Ella: Tú sí.

Yo: Al final no me fui. Entré en la sala, me senté en un banco del fondo. Tú estabas fuera, con ellos. Tenías que declarar, lo pasaste muy mal.

Ella: Fue muy duro.

Yo: Me acuerdo de un momento muy especial. Me asustó mi propia crueldad.

Ella: ¿Del juicio?

Yo: Sí.

Ella: ¿Cuál?

Yo: El juez preguntó: «¿En la actualidad es usted la novia del acusado?». Un momento de silencio. Ningún cruce de miradas.

Ella: Lo recuerdo, dije: «No». ¿Por qué te asusta tu crueldad?

Yo: Porque fue un momento muy especial para mí. Me gustó el retumbar seco del monosílabo negativo en la sala. El silencio sobrecogedor del momento.

Ella: ¿Hubo alguna reacción en la sala?

Yo: Todos me miraron de soslayo. Las miradas decían: «¡Culpable!».

Ella: ¿Culpable?

Yo: Al final, nuestro acto de amor fue peor que el asesinato, cuando el «no» salió de tu boca, parecía por un momento que era a nosotros a los que estaban juzgando. A ti y a mí, juzgando un acto de amor.

Ella: Mucha gente tuvo la excusa perfecta para vengarse de ti.

Yo: ¿Vengarse de qué?

Ella: De su mediocridad.

Yo: No entiendo lo que dices.

Ella: Da lo mismo, no tiene importancia. Mejor si has olvidado.

Yo: Después me perdí dentro de la propia duda. Tú no, tú fuiste mucho más fuerte.

Ella: No lo creo.

Yo: Sí, acuérdate, yo me derrumbé totalmente, no podía soportar la situación, creo que enfermé de locura en aquel tiempo...

Ella: ¿Por qué lo dices?

Yo: Todo desapareció de repente. Me convertí en un pez viviendo fuera del agua. La muerte...

Ella: ¿El cuchillo y la sangre?

Yo: No, la otra muerte.

Ella: ¿Qué muerte?

Yo: Ya te lo dije antes, la de aquel que fui. No queda nada.

Ella: Eres la misma persona que siempre, eres el mismo que cuando te conocí.

Yo: No, estás equivocada, sólo que has cambiado conmigo. Tú no pasaste por la muerte, ni por la enfermedad, ni por la locura. Tú hiciste una transición, dolorosa, traumática, pero no pasaste por la muerte.

Ella: Sigo sin entenderte.

Yo: El péndulo.

Ella: ¿Qué péndulo?

Yo: Acuérdate de mi desorientación, era como un ciego que después de muchos años de vivir en la oscuridad es capaz de reconocer todos los colores. Estaba perdido, mi vida avanzaba a bandazos. Estaba desorientado, desorientaba. En cierta manera sigo así...

Ella: ¿Ahora también?

Yo: Creo que sí, reinventándome cada día. Pero no dejo lugar para la duda, eso es lo que me salva.

Ella: ¿La duda?

Yo: Sí, duda es la palabra que más miedo me da, más que muerte, más que dolor, más que soledad. Duda es la peor. Después de la duda siempre están la soledad, el dolor, la muerte...

Ella: Hubo momentos de duda.

Yo: Sí, fueron peligrosos. Casi acercan mi último golpe... la separación dolorosa.

Ella: Era el día de Reyes.

Yo: Sí, el cuchillo y la sangre no eran ni siquiera un recuerdo, ya no existían...

Ella: Estábamos cenando...

Yo: Dijiste: «Lo mejor es que no nos volvamos a ver. Es mejor dejarlo aquí, ahora». Llorabas, lloraba...

Ella: Sí, no podía soportarlo.

Yo: Pero no era nada, era una mentira que se había apoderado de la

verdad, de ti... era la duda.

Ella: Dolor, sólo había dolor.

Yo: La duda mataba al amor.

Ella: ¿En ti?

Yo: La duda que te estaba destrozando, estaba apartándome de ti. Nunca fue verdad. Tú fabricaste la duda. Una desconfianza que nos separaba.

Ella: Mentira.

Yo: Después, al día siguiente, después de una noche en la que no dejé de ver el solar de mi vida destrozado por las bombas de tu duda y del azar, sonó el teléfono.

Ella: ¿Era yo?

Yo: Sí, la duda seguía, pero logramos superarla...

Ella: Desde aquel día tengo otra duda...

Yo: ¿Conmigo?

Ella: Sí.

Yo: ¿Cuál?

Ella: ¿Qué hubiera pasado si yo no llego a llamar?

Yo: No lo sé.

Ella: ¿Habrías llamado?

Yo: No lo sé, era sólo un escombro de tantos, en la ruina de mi vida. No te puedo asegurar que hubiera llamado. Creo que no.

Ella: Hubiese sido el final.

Yo: Un final precipitado, doloroso, insuperable, insoportable. Pero imposible, por eso no ocurrió.

Ella: Después ya estábamos decorando la casa.

Yo: Sí, nos metimos en un viaje peligroso.

Ella: No te entiendo.

Yo: Éramos marineros novatos que nos metíamos por primera vez en el mar, en medio del peor temporal del siglo.

Ella: Sí.

Yo: Pero vencimos a las olas y al viento, en un barco a medio construir.

Ella: Estábamos muy unidos.

Yo: Sí, por nada abandonaría el barco.

Ella: Yo tampoco.

Yo: Esa ligazón especial que crearon el cuchillo y la sangre, creo que soldaron algo indivisible. Estamos unidos por el amor y por el dolor, una doble soldadura... Si la unidad falla, llega la muerte.

Ella: ¿Qué muerte?

Yo: La de uno de los dos... la mía.

Ella: No.

Yo: Aquella casa...

Ella: No te gustaba nada.

Yo: No era una cuestión de gusto, era que las paredes me miraba y decían: «¡Llora!».

Ella: ¿Y llorabas?

Yo: Sí, siempre que tú no estabas.

Ella: ¿Por qué?

Yo: No lo sé, no había ningún motivo, todo me resultaba dolorosamente nuevo, extranjero... el vacío.

Ella: Nunca me lo contaste estando allí.

Yo: No quería que creyeras que era por tu culpa. No quería volver a acercar a nosotros la duda.

Ella: Pero me acuerdo de aquella noche. Todo estaba normal y cuando nos fuimos a la cama empezaste a llorar, como un niño pequeño, la cara totalmente congestionada por el llanto. La baba...

Yo: Hubo más días así, tú no lo sabes.

Ella: Me asusté.

Yo: Me sentí atrapado.

Ella: ¿Por mí?

Yo: No, no era nada definido, simplemente quería salir de allí.

Ella: ¿Era la casa?

Yo: Sí, esa línea recta, con ventanas al silencio tallado en piedra antigua con olor a sangre ajena, de animal muerto. La presencia de los gatos, las ruinas...

Ella: No consigo entenderlo.

Yo: Creo que en el fondo era el reflejo de la sangre y el cuchillo, creo que se rompió la maquinaria emocional y algunas veces vienen las crisis.

Ella: Esas crisis... me asustan.

Yo: A mí también. Más.

Ella: Cuando vienen ya no puedo hacer nada. Duelen...

Yo: ... A veces, también recuerdo un tiempo anterior, un tiempo en el que tú no estabas. Yo era un niño y tú no existías para mí y todo era peor. Contigo...

Habitaciones vacías

Me pregunto cuánta gente en esta ciudad
vive en habitaciones amuebladas.
Es tarde por la noche cuando miro a los edificios,
juro que veo una cara en cada ventana
que me devuelve la mirada,
y cuando marcho
me pregunto cuántos vuelven a los escritorios
y escriben esto mismo.

LEONARD COHEN

Habitaciones en las que la gente grita y se hace daño.
Y momentos después siente pena, soledad.
Incertidumbre. La necesidad de estar bien.

RAYMOND CARVER

Aquí,
en la habitación de mi vida
los objetos siguen cambiando.

ANNE SEXTON

Una habitación vacía es el sitio en el que vive el miedo. Un espacio inquietante. Tan inquietante como el sonido del teléfono por la noche, como despertar de madrugada y estar solo; como el humo que sale de un cigarro que nadie fuma, y que muere apoyado en un cenicero. Una habitación vacía es una de las imágenes de la intranquilidad, como despertar violentamente de un sueño en el que te enamoras de una mujer a la que no conoces (o de la que no te acuerdas). Las habitaciones vacías provocan ese mismo estado de ansiedad. De anormalidad. Lo peor es cuando esas habitaciones, que todos tenemos en la vida, se esconden detrás de una puerta entreabierta por la que sale un fino rayo de luz amarilla, siempre mucho más perturbador que una puerta cerrada.

También está el otro lado. Las habitaciones vacías son, también, un mundo de posibilidades. Abren un camino sin límites al decorador de interior que todos llevamos dentro. Al ir decorándolas, dotándolas de una presencia que se acerque de alguna manera a la imagen que tenemos de nosotros mismos, vamos llenándolas de vida. A la vez que vaciamos de vacío el espacio cerrado vamos intentando asentarle golpes mortales a nuestra soledad.

Hace unos meses decidí empezar a llevar un diario personal. Un diario con la intención de ir amueblando algunas habitaciones vacías. Habitaciones que van a recuperar el espíritu de la decoración de los *beat*: pocos muebles, muchas referencias. Unas habitaciones que nota a nota van a estar un poco menos vacías.

Unas habitaciones que van a aparecer llenas de libros, películas, discos… Todo descolocado, por supuesto. Un espacio en el que se van a dar la mano las esperanzas y las frustraciones personales. Seguramente un semillero de ideas que después se reutilizarán en otros menesteres. También habrá sitio para la confesión íntima y la denuncia pública. Para el recuerdo amable. Para todas esas cosas que se pueden meter en una habitación vacía. Cada nota irá llenando estas habitaciones vacías, aunque, como ésta, solamente sea de humo.

Las grúas nunca dejaron de estar donde están, pero últimamente remarcaron su presencia. Las tenía olvidadas, escondidas en algún lugar oculto de la memoria y estos últimos días volvieron a llamar mi atención sobresaliendo poderosamente por encima de los tejados de mi barrio. Y vuelven pidiendo protagonismo y, para conseguir su objetivo, atacan con el recuerdo. Traen de la mano oscuros movimientos en la noche que, de niño, miraba eclipsado. Traen también el reflejo de un pasado que el tiempo y la memoria convirtieron en épico: un camión colgado de sus brazos que cortó la carretera principal del barrio durante meses, gente corriendo, voces, pelotas de goma, botes de humo, fundas manchadas... Parece que vuelven, ahora que me doy cuenta que muere dentro de mí la imagen de un mundo en el que quería creer, para recordarme lo importante y para colocarme en mi sitio, en la ventanilla de las reclamaciones, para seguir dando saltos y ser pragmático desde la radicalidad.

El caso es que las grúas y con ellas una manera nueva —que ya era vieja— de ver el mundo está recuperando el espacio que había perdido en mi vida. Ese orgullo de barrio, superior al orgullo de país —ese mundo que se desplomó—, ese sentimiento de pertenencia que nace cuando ya no es posible pertenecer. Ahora que las grúas vuelven, el barrio ya no está. Ya no veo las cosas que conocía. Ya nada existe, da la sensación que alguien quiso borrar el pasado del arrabal. Ya caen —tiran— las últimas casas, ya no están la vías muertas, ya no están las fábricas abandonadas... Hacía mucho tiempo que no pensaba en estas cosas. De repente, una imagen de las grúas en una mañana gris, me metió el recuerdo en casa. Y otra vez las grúas y ese pasado que forman parte de mí con más fuerza que el presente e inundan, de repente también, las últimas canciones que escribí, algunos capítulos de la próxima novela e incluso algunas líneas del guión de la próxima película. Las grúas —del recuerdo— tomaron el control, sin moverse de donde siempre estuvieron, en ese cruce perfecto entre la tierra, el cielo y el mar.

La vendedora de periódicos siempre está en la misma esquina del mismo bar. Un café con presencia elegante y trasfondo cocainómano.

Por una de esas coincidencias que provoca el azar, coincidimos varios días cada uno en su esquina de la barra. Como los boxeadores. Un día sonó la campana. Primer asalto. Ella empezó a hablar conmigo de cualquier tema intranscendente: la ascendencia irlandesa de los Kennedy, me parece. El caso era hablar. Ella siempre habla, aunque sea sola. Siempre que está en el café habla y siempre está en el café. Su ritmo calculado es siempre el mismo. Sale a la calle, vende un periódico y vuelve al café a tomar un vaso de agua y a charlar con la parroquia o a hablar sola. A hablar. Pude escucharla hablar sobre Clinton y los republicanos, sobre *El Alcázar* y los periódicos fascistas… Hablando. Como reflejo de la locura propia que supone hablarle a un papel, para un público que la mayoría de las veces, inmerso en su propia vida, no le va a dar crédito y las palabras convertidas en extranjeras, exiliadas en la tinta, son como las palabras de la vendedora de periódicos que rebotan en las paredes de piedra tallada y los espejos y las botellas, sin receptor.

Ella gana. Se acerca y con la conversación siempre cae un amable: «¿Puedes darme un cigarrillo?», que un «Sí» de igual aunque distraída amabilidad convierte las palabras en humo.

Ella continúa hablando, siempre habla. Y su sonrisa —siempre presente— no hace otra cosa que subrayar la inmensa tristeza de una vida a la deriva, que en el fondo es la de todos, pero que a ella «por algunos problemas con el alcohol» se le hace más presente.

De la misma manera que sus palabras al viento de un futuro desprotegido recuerdan a las propias, su sonrisa, espejo de su soledad, te trae a la cabeza la soledad propia. No como algo personal, sino como la soledad que es característica a la vida de los seres humanos.

La vendedora de periódicos, con sus comentarios a deshora para un público inexistente, su sonrisa, y su soledad, se convierte simplemente en el reflejo triste de nuestras vidas. Esos largos viajes que llenamos de nombres y recuerdos.

Certidumbre. En aquel momento, hace tiempo, se terminó mi confianza en las consignas aprendidas de memoria y aposté por ser yo mismo, convertido en un péndulo que se equivoca de continuo y que

otras veces acierta, libre de un lado hacia otro.

Desde que me levanto veo la miseria revolviendo en los contenedores de la periferia. Desde la comodidad que da el distanciamiento de la terraza observo las colmenas humanas. Más abajo los contenedores, el sol todavía no salió. La noche es mucho peor.

Hace unos meses leí una entrevista en la que el director de cine norteamericano Abel Ferrara hablaba de una revolución «más que inevitable, deseable» de los que menos tienen contra todos los demás. Un levantamiento violento, donde el primer paso a dar iba a ser la eliminación de la individualidad para atacar en masa. Todos juntos. Estos días en Madrid estoy descubriendo los escenarios naturales de la revuelta y a sus protagonistas. No va a ser el levantamiento de las familias humildes de la periferia, cómodas en su limitado bienestar. Van a ser los otros. Los que no tienen nada. Cada vez hay más. Ya están empezando a tomar las calles.

El otro día, una noche en la que las nubes cubrían la luna, pensé en la revolución de Ferrara; la de los habitantes del Magreb, supervivientes al naufragio de la patera y escurridizos a las órdenes despistadas de una ley injusta; la de la minoría oriental, cansada de nuestra indiferencia, de las rosas y la injusticia; la de los jóvenes supervivientes a los juegos con la muerte que flota con el humo del papel de aluminio quemado en las noches del metro; la de los *freaks* —sin manos, sin piernas— de los semáforos; la de las madres con niños de dos años que «quieren comer»... La revolución de las calles oscuras, las casas sucias y las neveras vacías. No va a ser la revolución que muchos dicen esperar —la desesperación no tiene ideología—, aunque seguramente es la única esperable. Sólo falta que se den cuenta de que no tienen nada que perder. Van a atacar nuestra indiferencia cómplice con un lema indiscutible: «Tenemos hambre» y ya va a ser tarde, llegará el tiempo del pánico y la sangre, pero ¿quién va a poder reprocharles nada?

Marchar. Volver. Al otro lado el calor, en cierta manera una esperanza

de realidad difuminada entre los rayos picantes de un sol extranjero. A este lado las marcas de la tierra conocida. Una tierra que un día llamé patria y que ahora se me presenta como un reflejo en el espejo de la nada.

La verdad es que la tierra que cuando estamos cariñosos llamamos patria no es más que el reflejo de nuestros pensamientos, la proyección de nuestras emociones y esperanzas. Una patria no existe fuera de nuestra cabeza. Y ahora cada vez se hace más difícil que exista dentro, por lo menos de la mía. Y todo se convierte en nada.

El viaje de vuelta durmiendo, quizá con la intención de amortiguar el dolor a algo desconocido: un dolor que no se sabe si está producido por la vuelta al país de juguete, donde nada es real, o la marcha de una tierra extraña que, seguramente por las diversificadas líneas de metro, no te da la posibilidad de echar raíces. Una tierra hueca y acogedora, donde la realidad existe. Donde es posible que además sólo exista la realidad y por eso respiras cerca del fracaso, una sensación muy parecida al triunfo en el país del juguete.

El viaje de vuelta, incómodo y largo, lo haces con la convicción de que estás acertando, aunque, claro está, después de asegurarte de que dejas abiertas algunas puertas en la tierra hueca por si la irrealidad sigue torturando y no hay otro remedio que tirarte en marcha de un tren que no te dejan conducir y que ves que definitivamente se estrella.

Al otro lado el calor. Al llegar a éste, otra vez esa sensación de la nada que las nubes grises remarcan, eso sí, con el acento de la tierra que sientes dentro.

Sólo el paisaje triste de una pequeña ciudad que llora al mar su fracaso y las grúas levantadas por encima de los tejados, te salvan. Lo demás vuelve a ser pequeño, frustrante, vacío… Otra vez esa sensación de opresión en el pecho, otra vez ese anuncio de la desesperación. Esa nada permanente que me recuerda que ya estoy en casa y que tengo suerte: soy un hombre con raíces y, por ello, en cualquier momento puedo renunciar a ellas y sentirme libre.

Otoño. Poco a poco desaparece el calor y los días empiezan a tener esa

apariencia de domingo perpetuo. Esa apariencia que trae a la cabeza recuerdos que parecen buenos, aunque no sepas por qué. Hay uno de esos recuerdos que tengo grabado desde niño y que siento como uno de los momentos más felices de mi vida. Es un viernes de otoño avanzado, uno de esos días en los que la estación de los suicidios muestra su cara de invierno casi comenzado. En la calle llueve a mares y la carretera que se ve desde la ventana está inundada por los perpetuos problemas con el alcantarillado. La imagen que me viene a la cabeza sucede en la cocina. Es viernes. Mi madre está cosiendo en la mesa, la luz artificial, blanca y plana ya es protagonista, aunque todavía es temprano. Yo aparezco a su lado, merendando en la piedra de mármol, recién duchado. En pijama y bata. En la televisión de la cocina estaba Ramón Sánchez Ocaña recomendando a los adultos que más valía prevenir. Después de él —yo esperaba— venía la historia de un niño que tenía un amigo que era un triángulo de luz extraterrestre. Solamente eso. No hay ninguna imagen más, pero siempre me viene ese recuerdo como uno de los mejores de mi vida.

Estos días volvió, justo cuando llegaron los primeros fríos a la noche. Llegó con las imágenes del regreso a Xixón, de noche, y ver el precioso decorado que monta la entrada del otoño en la ciudad. Las luces (y sus juegos sobre el asfalto mojado), los colores caprichosos, la oscuridad clara, la gente andando rápido, golpeada levemente por la lluvia... Ésa es otra de las imágenes de la felicidad y llega siempre en la que sin ninguna duda es mi estación más querida. Una estación de tristeza confortable que te conduce al país que llamas melancolía y del que vives exiliado, volviendo a él siempre que puedes.

Estos días son los que más lejos me ponen de acabar como Josef Bloch, ese portero que tenía miedo a los penaltis nacido de la mano de Peter Handke para convertirse en una de nuestras sombras, por lo menos de las mías.

Ahora que por momentos estuve muy cerca de esa sensación de Bloch de cerrar los ojos y ser incapaz de imaginar nada. Ni flores ni teteras. Ni recuerdos. Ahora que cierro los ojos y, después de tantas renuncias a cosas irrenunciables, no soy capaz de encontrar ciertos detalles que caracterizaban la persona que fui ayer. Una patria, por

poner sólo un ejemplo, es mucho más difícil de imaginar con los ojos cerrados que una tetera o un jarrón con flores. Sobre todo cuando no existe.

El Callejón de los Perros. Ahora ya desapareció y con él lo último que quedaba de mi barrio. El Callejón de los Perros se convirtió ahora en la calle Rafael Fernández Álvarez, una casi-avenida que no conduce a ningún lugar. Llegaron el asfalto bicolor y la luz de elegantes farolas. Con todo ello, la muerte. Antes era una zona abandonada por el poder público y vecinal, donde estaban las ventanas de los sótanos de los pisos naranjas. Estaba entre esos bloques de viviendas y un colegio público. Era una selva llena de calvas y cuatro árboles, todos juntos en una esquina. En esos árboles jugábamos a colgarnos de las ramas y contar historias, casi siempre de miedo. Eso estoy seguro de que ya lo conté. Como también conté alguna de las muertes, cruentas e injustificadas, de las ratas gigantes, rematadas por la suela de nuestros playeros rotos, después de escuchar sus últimos chillidos desde la muerte.

Ahora, este sitio donde muchos aprendimos mucho, en los todavía cercanos en el recuerdo primeros años ochenta, ya no existe; allí donde aprendimos, sin asomo de horror, el placer de matar; en aquella tierra —ya mítica— donde también quedaron algunos de los besos. Los primeros. El Callejón de los Perros también es tierra de tópicos, como todos los mundos reales. Allí ya no están las señales, desaparecieron, como también desaparecieron las vías muertas del tren y las fábricas abandonadas. Con la nueva apariencia —nueva imagen de la mentira— no queda rastro de la sangre de algunos amigos cuajada en la hierba. Ni siquiera el nombre popular quiso dejar el Ayuntamiento, ni siquiera un monumento al Histaberín, centro de la vida allí antes. Un último cambio para borrar lo que fuimos. El último paso para borrar la firma del barrio en la vida.

Acababan de cortarle una pierna. No tenía treinta años. El médico hablaba en serio: «Si sigues fumando tendremos que cortarte la otra».

Los padres lloraban desconsolados en el pasillo, a la puerta de la habitación. Una habitación cercana a la mía. Él estaba tranquilo. Daba vueltas de un lado a otro del pasillo, entrando en las salas para familiares de la planta, con la silla de ruedas recién estrenada. Días después seguía encendiendo un cigarrillo con otro. No paraba de fumar. Recorría la planta del hospital asaltando a todo el mundo: «Dame un cigarrillo anda, sólo uno». Siempre encontraba a alguien que saciaba su obsesión de humo. Yo también le di un cigarrillo, una noche que entró en la sala en la que fumábamos. Entró resoplando, como si tuviera sudores fríos. Frotaba las manos contra el pelo y resoplaba. Después las frotaba contra el pantalón. Daba un último respiro, encendía el cigarrillo («Gracias») y salía rodando. Una personal lucha contra el destino trágico. Una rebelión, seguramente admirable, contra la imposición.

Mi compañero de habitación representaba el caso contrario. Un señor mayor al que unos meses atrás una máquina le había cortado el brazo. Ahora ya no tenía nada, una pequeña inflamación en la boca, pero él ya estaba vencido. «Antes era un paisano, ahora soy una mierda», repetía. La imposibilidad de practicar la rutina le había vencido. «Ya no voy a salir de aquí», palabras que parecían más ansia que realidad clínica. Una rendición. Casi una llamada inmisericorde a la muerte. Un suicidio velado.

El destino, que gusta de estos quehaceres, decidió que veintiséis años después de estar en un hospital por primera vez, repitiera la experiencia y conociera dos maneras de enfrentarse a un futuro incierto: la resignación que mata y una rebeldía naïf que, en cierta manera, reconforta en su inconsciencia. Cuando marché, después de experimentar por primera vez algunas horas no vividas cuando se desvaneció de repente el contorno del quirófano y los médicos, todo seguía igual. Me despedí del paisano —«yo no creo que tenga tanta suerte como tú»— y en el otro extremo del pasillo quedaba una silla de ruedas de la que salía el humo de un cigarro. No sé qué será de ellos. Solamente el destino bromista, aliado final de la muerte, lo sabe.

Ya hablé del péndulo. Aquel que me lleva de un sitio a otro, de

equivocación en equivocación. Acertando algunas veces. Estos días volvió a coger impulso. Desde que descubrí, sobre todo desde que denuncié públicamente su existencia, sus movimientos se explicitaron aún más. Ahora arrancó un movimiento fuerte. No sé hacia dónde. Tampoco me importa, creo que va a ser su último movimiento antes de morir frenado por el imán de la realidad. Después del péndulo, ahora ya, llega el vértigo. El vértigo a la realidad. Después de descubrir que el viaje de la vida es como la muerte de las cebollas en la cocina: van muriendo capa a capa en manos del cocinero sabio que es el destino. Con el vértigo que me ahoga, puede que llegue la duda y la prudencia. Las dos llegan juntas y me asusté cuando un día de estos me pareció verlas a un par de manzanas de mi vida.

Ya sentí ese vértigo otra vez, cuando era más joven, y fue insoportable. El vértigo del que asomado en el piso más alto de la ciudad mira al fondo, con los pies colgando de la cornisa. El vértigo a la vida de Liv Ullman en «Cara a cara». Aquel vértigo de cabezazos contra la pared, de visitas a los psicólogos, de llanto constante y familia preocupada... No me gusta recordarlo, pero vuelve. Intento exorcizarlo a través de la escritura, intentando hacerle daño con palabras casi pornográficas por lo que enseñan de desnudez, por los planos explícitos de la sensibilidad herida. El vértigo se sentó en una de las primeras páginas de la próxima novela y en una de las canciones que preparo para el siguiente disco. Todo para que no vuelva. Todavía recuerdo el retumbar de las paredes de mi habitación. En aquel tiempo no había imágenes de sangre. Pero el vértigo vuelve y si llega con sus dos compañeras: duda y prudencia, puede hacerse fuerte cerca de la realidad imantada. La prudencia llega siempre después de la duda, cuando ésta ya quemó todo el terreno. La duda es lo que más miedo me da, más que la muerte, más que el dolor. Nada sobrevive a la duda. La falta de certeza sobre cualquier cosa, trae la prudencia y las dos, permitidme la redundancia, la amplificación del vértigo: el naufragio emocional delante de ojos de desconocidos que chapotean con los pies en la patria del fracaso.

«Esto es dislexia», dijo la voz. El papel, cubierto por la tinta, ponía

árblo en vez de árbol. El mundo retumbó alrededor del chaval. «Eso es dislexia», la frase se repetía como una canción rayada, pero de una manera más molesta en la cabeza. La frase funcionó rápidamente como fotografía del pasado. Terrible.

La escuela estaba fría, no había calefacción, aunque los días de calor eran peores porque el sofoco acercaba a los niños el olor de las meadas y las cagadas que, cuando apretaban, tenían que depositar en un caldero sucio de color verde puesto en la puerta. En el verano no había ni mariposas en la pequeña mancha verde que anticipaba el horror. Madre e hija ejercían de profesoras, ganándose el respeto, transformado en pánico, con la ayuda de una gran regla de madera, con los números colorados, que colgaba del encerado, a la derecha de la bandera de España, el crucifijo y las fotos de Franco y José Antonio. Eran finales de los setenta.

«Eso es dislexia», la frase como Polaroid de aquellos días. Una fotografía instantánea de calidad, porque los colores de la realidad, la cara del terror, no perdiera ni uno sólo de sus matices.

El chaval recuerda cuando un día, al sentarse después de recibir unos reglazos en la mano por no haber acertado todos los resultados de la tabla de multiplicar —aquella melodía estúpida— y todavía con las manos enrojecidas, sintió cómo su cuerpo se despegaba de la silla estirado de una de las rapadas patillas, cortadas por encima de las orejas. Silencio. La escuela se convirtió en un grito mudo, en caras de susto y las primeras risas maliciosas de los compañeros insensibles al dolor ajeno, cuando la cara del chaval cruzó de izquierda a derecha y después de derecha a izquierda ayudada por un fuerte impulso del exterior y el interior de la mano de una maestra, la hija. «No se escribe con la mano izquierda.» Después de las palabras, otra vez el silencio, y la cara volvió a cruzar de derecha a izquierda. «Eso es dislexia.»

El chaval también se recordó de la hora de comer en casa. Allí todo era más amable, pero también, de vez en cuando, oía: «Ramón, no se come con la mano izquierda. Haz el favor de coger el cubierto con la derecha».

Una buena época estos últimos días. El vértigo desapareció, vencido de nuevo por la ilusión recobrada. Una ilusión que ya estuvo y que creí que se había marchado para siempre, pero que ahora volvió cargada de nuevos matices, fortalecida. Seguramente, como siempre sucede, ayudada por la climatología. Estos días de frío intenso en los que el otoño muestra su cara menos amable, reflejada en los brillos de la noche en el asfalto mojado.

Unos días, estos últimos, en los que casi no hubo sitio para la comida y el alcohol ocupó las horas que le pertenecen al sueño. Días de ilusión. Quizá por convivir con algunas de las estrellas que participan de un cielo especialmente mitómano. Por descubrir que no todo está perdido, en las palabras de gente ajena a mí hasta hace unos días; por la confirmación de personas que con su trabajo llenaron mi vida de posibilidades. Unos días extrañamente felices, donde todo parece distinto. Un tiempo en el que voy a intentar frenar, violentamente si es necesario, el péndulo. Desde donde estoy ahora siguen viéndose personas tristes, conocidas y desconocidas, que siguen hundiendo sus pies en el fracaso de tanto saltar para que se les vea. Pero las salpicaduras ya no me alcanzan. Es esa capacidad de la ilusión recobrada de poder volar por encima de la realidad, de caminar muy por delante de tus botas. Es la sensación contraria al vértigo.

Estos días ni siquiera las historias tristes me afectan.

Hay afinidades que llegan de repente y no sabes por qué. Imágenes desconocidas y ajenas que se apoderan de ti y te traen a la cabeza otras imágenes conocidas y cercanas. Últimamente estoy obsesionado con imágenes de Norteamérica, del sur de los EE UU. Recorro los videoclubs de barrio buscando películas en las que los protagonistas vayan de vaqueros, chaleco, sombrero y botas camperas. Carreteras largas de final incierto, polvo, arena... Personajes retorcidos. Esa imagen que emana de la literatura de Sam Shepard, por ejemplo. Por encima de las imágenes una guitarra *slide*: *country*, *blues*... Unas imágenes que me resultan familiares sin tener nada que ver con mi realidad. Imágenes que me producen una fascinación enorme, irreal

como la sensación que queda del mundo que reflejan. Como la sensación que tengo del mundo en el que vivo.

Lo más extraño de esas imágenes del polvo en la carretera es que me traen a la cabeza otras imágenes más familiares. La más familiar de todas: una ciudad por la noche. Lo que más me gusta de todo son las ciudades por la noche. Siempre que llego a una ciudad extraña —sea grande o pequeña, esté lejos o cerca— es pasear por su noche, perderme en sus luces y, sobre todo, en sus oscuridades. Las mejores son las ciudades con mar. Tienen un ambiente especial. No me suele gustar la gente que vive en las ciudades, ni la de las que tienen mar, ni la de las que no lo tienen. Sólo me gustan los espacios físicos. Las emociones más que los conocimientos, las dudas más que las certezas. Tampoco me interesa especialmente la arquitectura.

De las ciudades con mar la que prefiero es Xixón. Y no creo que sea por jugar en casa. Xixón es la única ciudad que llora al mar su fracaso. Es la ciudad donde las luces de los semáforos brillan más en la oscuridad de las calles mojadas. Es la ciudad donde el frío, a la orilla del mar, es más acogedor que el calor de cualquier paraíso confuso y alejado; porque a veces, caras conocidas recortan la oscuridad y encuentras los sitios que bautizamos con nombres propios... Esa sensación de estar a gusto. Recorrer en coche la noche de un día laborable, hasta llegar a convertir la ciudad en un juego de luces que se encienden y se apagan cómplices.

La propia casa como metáfora de la realidad, como prolongación de aquella habitación pequeña de la adolescencia en la que guardabas en secreto el mundo. Una sensación diferente de cuando la casa de tus padres era tu casa y había otras casas, pero eran las de las visitas. Todas aquellas casas que extrañas a la mirada no eran la tuya. Ahora, cuando la casa de tus padres se convirtió en una de esas otras casas de visita de los domingos y festivos. Cuando rompes ese cordón umbilical que te une a la infancia y a la rebeldía de adolescente sin causa, el mundo da una vuelta, un giro brusco, y hay que permanecer de pie. Cuando de repente tú eres el dueño de la realidad, o por lo menos ella ya te golpea directamente a ti, sin intermediarios que paren los golpes

más fuertes. Cuando dices «mi casa» y te refieres al espacio que intentas —sin demasiado éxito la mayor parte de las veces— mantener lo más lejos posible del caos absoluto.

Cuando la casa que era tuya —la de tus padres— se convierte en esa sensación de mirar fotografías en las que ves cómo fuiste. Esa otra casa «tuya» que procuras que esté siempre cerca, aunque el tiempo o el espacio la alejen. Cuando pasas de esa casa —la plasmación entre cuatro paredes de lo que fuiste— a la otra —el intento de construir entre cuatro paredes lo que quieres ser—. Hay veces que las casas nuevas no coinciden contigo y te hacen la vida imposible. A mí me pasó. La primera casa a la que fui con mi mujer, a la que cariñosamente y como reflejo de evidencia, llamábamos «la casina», no me podía ver. Era una línea recta semiamueblada que me tiraba el techo de falsa escayola del salón encima siempre que podía. Ahora que vivimos a gusto en otra casa que me respeta, a veces pienso en «la casina», por la noche, de la que llegan todos los pensamientos tristes. A aquella que fue metáfora en piedra de libertad, que me asustaba para que tomara conciencia de la nueva situación, ahora la recuerdo como se recuerdan a los enemigos de hace tiempo, con cariño.

Primero fue un relato que en parte recogía una experiencia real, pero no fue hasta estos días —años después de publicado— que acabé de encontrarle el sentido más íntimo. La metáfora de la propia renuncia que se escondía con epidermis de relato costumbrista y gotas de humor. Ahora, a la lectura del relato se juntaron otra serie de imágenes que son las mismas que ya estaban, pero estando de otra manera. Sería esto: Yo soy ella y ella hace un viaje en silencio. Todos los colores están muertos alrededor, no hay brillos. Alguien avisará por teléfono de una muerte. Los teléfonos tarde o temprano siempre acaban avisando de la muerte, como si ése fuera su fin último. Bueno, volvamos a ella: la salida de casa con dirección al funeral la hace entre ruidos y humos de los coches que bloquean las principales calles de la ciudad. Utiliza los transportes públicos, primero el tren con el que empieza el viaje en paralelo a su vida, que queda quieta a mano derecha. Después sube a un autobús de línea. Cuando llega al destino

ya no hay ruidos. La realidad ahora tiene colores más vivos. Las gotas de lluvia sobre cada una de las hierbas que forman los prados tiñen la imagen de un verde brillante. La casa del muerto estaba monte arriba, ella empieza su camino despacio. Va mirándolo todo, atenta, como intentando recuperar trozos de su vida que quedaron entre los troncos de algún castaño o en alguno de los pequeños montones de tierra hechos por los topos que pueblan la tierra. Desde las casas el paisanaje, perfectamente integrado en el paisaje, saluda. Ella responde al saludo. Delante de una casa queda mirando para la sonrisa y la mano que saluda, cierra los ojos. De esa misma puerta ve salir corriendo a una niña. La imagen ya perdió el color. En el medio del prado, esa niña abraza a otra y marchan las dos cogidas de la mano y riendo. Cuando abre los ojos, continúa el camino. La niña que esperaba en el medio del prado vuelve a aparecer unos metros delante, corriendo hacia ella y desapareciendo cuando llega a su altura. Las primeras lágrimas le asoman ya en los ojos.

Después del entierro y antes de volver a subir al autobús que la devolvería al ruido y el humo, la niña vuelve a aparecer.

—¿Quién eres tú? —pregunta ella.

—¿Yo? Yo soy tú y tú no eres nadie.

Más que en la vida están en el límite de la vida. No pueden esconderlo, tampoco quieren. La vida les sirvió para estar preparadas para la muerte cercana e irremediable. Sólo para eso. No está preparada para la soledad. Ahora quiero hablar de esto.

Cuando llamo al timbre de una casa asesinada por el tiempo, una voz suena más lejos de lo que está. Cuando se abre la puerta veo cara a cara la dura mirada de la soledad y el propio abandono, que te clava los ojos, secos y sin brillo en contraste con la luminosidad de las calles navideñas.

Después llegan las primeras palabras, siempre un quejido de angustia: «Ay, hijo. Son ya muchos años y muy trabajados. Ya llegó la hora de marchar…»; un recuerdo doloroso: «Desde que mi hijo se mató en la mina…». Siempre un dolor: «Es que tanto tiempo sola… Hay veces que no puedo con ello». La descripción exacta de los dolores del

alma y el recuerdo de un pasado feliz, que guardan como único y apreciadísimo presente. En sus palabras nunca hay reproches, nunca la palabra abandono y solamente la palabra traición para definir al dios de los cristianos que les arrebató a los últimos seres queridos y al que, aun así, rezan todas las noches, representado en la cruz que descansa sobre los cabeceros de madera de las camas carcomidas.

Por una extraña razón prefieren seguir en casa, esperando el sonido del timbre al otro lado de la puerta apretado por la dulce mano de la muerte. No quieren perder una intimidad que no tienen. Quieren estar cerca de los recuerdos que viven encima de los rotos muebles de madera oscura, colgados de paredes con la pintura levantada… Allí, en esas casas, descubres el olor peculiar de la soledad, entre exageradas respiraciones que no sabes de dónde salen e insufribles dolores físicos y espirituales.

Mirando las fotografías descoloridas y tratadas por el tiempo escapado, ves otras cosas. No sé por qué esas fotografías están más vivas que otras: el marido que parece saludar desde la mesita, la foto de boda en el pasillo, los «niños» que permanecen jóvenes, en la edad de la primera comunión… Ellas esperan ese último viaje, sin prisa, pero también sin miedo, en el mundo más real de las fotografías, en la antojana de la muerte… Y ese olor.

El otro día una amiga me contó una historia terrible que le pasó a un amigo suyo de la infancia. Resumiendo mucho podríamos decir que se trata de una historia de amor trágico. Del amigo de mi amiga, poco importa el nombre, se enamoró la muerte, demostrando que es la más celosa de las amantes celosas. Desde que nació, fue un flechazo de urgencia. Al poco tiempo de nacer él murió el padre; la muerte no quiso dar tiempo al nacimiento del lazo irrompible; a los pocos años llegó otro padre que le dio una preciosa hermana. Él quería a esa niña como nunca nadie quiso a nadie. La muerte no lo podía permitir y a los cuatro años envió a uno de sus esbirros —cáncer de sangre— para que se la llevara. Como castigo a él, también se llevó, unos pocos años después, a su segundo padre, dejándole con un pesar que sólo

conocen los doblemente huérfanos.

Con los años le llegó la hora del juego más peligroso y, como es natural, se enamoró. Todo apuntaba a un final feliz, después de siete años sin que la muerte mostrara su presencia cerca de la relación. A los siete años decidieron ir a vivir juntos. La muerte no había aparecido mostrando la cara triste de la amante despreciada. Al poco tiempo de vivir juntos, la novia empezó a perder vista. Asustados, decidieron ir al médico. Diagnóstico: tumor cerebral irreversible. Ella todavía no lo sabe, él sí y vive con ella sabiendo que le pertenece, como su amor, a la muerte.

Hoy por la mañana, una moto atropellaba a escasos cinco metros de mí a una chica que se atravesó delante de la indecisión de un semáforo estúpido. No sé qué relación tendría esta chica con el amigo de mi amiga. Seguramente ninguna.

Son extrañas las presencias de la muerte. Cuando se enamora de alguien con su amor cruel o cuando, como en mi caso, es simplemente una presencia que se muestra como exhibicionista grosera y sin prejuicios, haciendo que siempre —sobre todo por la noche— note cerca su presencia. La muerte tiene el olor del gas dentro de un coche o el sonido del teléfono a altas horas de la madrugada. Siempre cerca.

Hay momentos que te llevan a otros momentos. Esa sensación de *déjà vu*, de remake de la propia vida que se siente en determinadas ocasiones. Hay veces que es un calco al momento vivido con anterioridad y que te deja con una sensación extraña y como con ganas de escupir en el suelo. Hay otros en los que puedes llegar a intuir la escena previa pero notas perfectamente pequeños cambios que dan otra lectura a la misma sensación. Alguna línea de diálogo cambiada, la iluminación retocada, una mejor interpretación de los secundarios, una presencia de la música más justificada...

Salgo del sol de la tierra hueca en un coche blanco y todo es bueno. Volvemos a la ciudad de la lluvia, esa que ya comenté que es la única que, en la oscuridad de sus luces cómplices, llora su fracaso al mar. En el viaje va apagándose la luz de un pasado pesado que de tan cercano vive cada vez más lejos del recuerdo. Noto cómo la piedra en la que

me fui convirtiendo, como en el relato de Kafka, después de un sueño intranquilo, va rompiéndose y llenando de tierra y arena el suelo de la que me devuelve al mundo de las relaciones personales. John Barry pone el fondo sonoro en el viaje mientras pienso en esto. Es inevitable: la infancia siempre enseña un pie por debajo de la puerta, en este caso con la apariencia del agente 007.

Antes de empezar el viaje a la tierra hueca entregué a mis editores el nuevo libro ya rematado, *De la vida de les piedres*.

Una vez en la tierra hueca entregué el máster del segundo disco compuesto junto a Nacho Vegas: «Piedra arena tierra», «Caer, rodar» o «Inmóvil» son algunas de las canciones que llenaron un trabajo que también habla de la conversión a piedra de un individuo que acaba diciendo: «Es el amor lo que salva». Estos últimos trabajos, que se van a multiplicar en otros en los próximos meses, y ese viaje del mar al interior confirman la momentánea paralización del proceso de conversión a piedra.

Es curioso que haya temporadas en las que recuerdas lo que sueñas. Otras en las que se repite siempre el mismo sueño, con pequeñas y esclarecedoras diferencias, y otras en las que es imposible saber en qué pasaste tu tiempo inconsciente. También llama la atención que unos sueños sean con personas, cosas o animales conocidos —el otro día tuve un sueño inquietante con mi gato— y otros en los que no conoces de nada a los protagonistas. Otras veces, las más inquietantes, sueñas con personas a las que no conoces de nada pero que, al despertar a la mañana siguiente, tienes la sensación de que hubieran pasado toda la vida contigo.

Yo casi siempre noto el paso, la respiración va perdiendo velocidad, a Oniria. Siempre parece que caigo por un precipicio que no tiene fondo. Caigo y caigo y caigo... Hasta que de repente la violencia del despertador me saca de él para meterme en la realidad diaria, entre bostezos, mal sabor de boca y una sensación de extraño malestar. En el medio de esas horas que durante muchos años me llevaron a los

inframundos. Una vez me explicaron mis sueños según no sé qué teorías gnósticas: tenía algún problema con la dispersión de mis «yos», me dijeron. En aquel tiempo, la época de pesadillas constantes, pasé noches enteras intentando arrancarme los dientes tirando fuerte de ellos con las dos manos hasta despertar del dolor; dando puñetazos al aire —todavía recuerdo aquel día que desperté con la piel de los nudillos levantada, sangrando—; sembrando la intranquilidad a la gente que me acompañaba por la noche con mis gritos y lloros. Otras veces despertaba en medio de la noche con la boca seca y la imposibilidad de respirar. Otras... Nunca supe, más allá de la explicación gnóstica, qué era lo que me pasaba en esas horas inconscientes. Nunca guardé imágenes de esas pesadillas. Ahora hace tiempo que desaparecieron. ¿Cuál será la explicación gnóstica?

El otro día hice limpieza en el armario y, además de algunos recuerdos, encontré el reflejo de la confusión pendular de los últimos años. Era como si el péndulo se mirara en el espejo. Decenas de trapos que no entiendo qué hacían en mi armario: americanas horteras, jerseys imposibles, camisas de rayas... hasta alguna corbata. Al salir del túnel —al frenar la conversión a piedra, ¿recordáis?— es como si parte de aquel armario fuera de una persona desconocida.

A veces se hace imposible definir lo que se entiende por «vuelta a la normalidad». ¿Qué es la normalidad? A veces te das cuenta, después de pasado algún tiempo, que hay ciertos rasgos de tu carácter y de tu identidad personal que perdiste. Para explicar esto tenemos todos los tópicos literarios que aplicamos a un viaje: desde el que hace referencia al cambio de significado del paisaje cuando eres tú el que conduce y tienes la responsabilidad de llegar a algún sitio. Hasta todos los demás. Como ese otro que asegura que lo importante de los viajes no son los destinos, sino el propio trayecto. O ese otro que señala que hay veces que después de un viaje no es la misma persona la que vuelve que la que marchó, que es otra distinta, quizá un pensamiento oculto de la primera. O aquel otro que explica que el exceso de

equipaje siempre acaba por estorbar y que tarde o temprano siempre te va a recordar algo de lo que escapas.

Si entendemos la vida como un viaje en el que, parece evidente, lo bueno no es el destino, tenemos que estar preparados, inevitablemente, para que día tras día nos vayamos convirtiendo en otras personas. Conviene estar preparados y no cargarse con equipajes innecesarios que siempre te van a recordar eso que nunca quisiste ser. A veces, cuando la memoria se convierte en enemiga y es ella la que saca a relucir eso de «la vuelta a la normalidad», dejándote perdido en el laberinto que la misma palabra crea. Cuando pasa esto, cuando tienes lo que echabas en falta y de repente aparece la nostalgia por lo que te parecía anormal, es muy fácil que te conviertas en un sobre vacío dentro del buzón equivocado.

Con «la vuelta a la normalidad» aparecieron muchas cosas buenas que hacía años había perdido. Pero también las malas. Hay un sentimiento de angustia y opresión —muy diferente al de los últimos años— que aparece por momentos. Ese despertar con ganas de vomitar, tosiendo, escupiendo, entre la pesadilla y la realidad, que cantaba uno de los grupos que marcó mi adolescencia.

Cuando este pensamiento vino a mi cabeza, cenando en casa de unos amigos, un pájaro salía de una jaula y en sus intentos por echar a volar, se pegaba golpes contra las paredes. No supo adaptarse a «la vuelta a la normalidad» de los pájaros.

El gregarismo es la principal característica social de las personas. A ese comportamiento hay que sumarle otro que lo agrava: el sectarismo. No sólo formamos grupos sino que alrededor de ellos montamos murallas inexpugnables. El concepto «los nuestros» lleva siempre implícito el matiz despreciable de la exclusión, nos convierte en guardianes de la verdad y en animales beligerantes hacia «los otros».

Siempre están «los nuestros» y «los otros», en dura batalla. Creamos teorías que sostengan nuestra intolerancia y siempre intentamos camuflar el fascismo implícito en nuestra conducta con fascistas acusaciones al fascismo de los demás. Segunda conclusión: el ser

humano es de naturaleza fascista.

«Los nuestros» y «los otros» significan cosas distintas con el paso del tiempo. Siempre, por lo menos una vez en la vida, «los nuestros» se convierten en «los otros» y, santa hipocresía, no nos importa.

Es una imagen muy familiar ver una manada de hienas comiendo a la hiena muerta. Y no quiero caer en el tópico de que el hombre es un lobo para el hombre. No tiene nada que ver con eso. No sé si me explico.

Después de algunos cambios de bando inevitables, la mejor conclusión a la que puedes llegar es la de aceptar la soledad orgullosa del francotirador. La renuncia al gregarismo y la acentuación y subrayado del sectarismo, ¿para qué cojones vas a querer compartir la verdad con nadie? Cuando inevitablemente descubres que «los nuestros» no eran los buenos, ni «los otros» tan malos y, sobre todo, cuando la «verdad» defendida rompe a trozos por inanición, es el momento de descubrir que tu sitio está en aquel tejado, el que da al pequeño parque y disparar a todo lo que se mueva. A «los nuestros» y a «los otros». Dentro de uno de los bandos nunca vas a ser mejor que una mina que le vuela los pies a un desertor del ejército contrario. No vas a diferenciarte mucho de la inutilidad embarrada.

Convertido en aquel personaje, desnudo de cintura para arriba, apunto repetidamente al reflejo de mi imagen en el espejo con una gran pistola. Lo hago una y otra vez mientras repito una frase mecánicamente: «¿Estás hablando conmigo?». Después llegan las ganas de vomitar.

Fuera hace sol. Dentro no. Otra vez mala racha. Los días malos llegan como una carrera de hormigas subiendo por la pernera del pantalón. En el momento que pones el pie en el hormiguero ya no hay nada que hacer.

El sol pega fuerte, entra por la ventana reflejando en la pantalla del ordenador. Como una mueca de burla. Hace un momento estuve en la calle y él recalentaba el cuero convirtiendo la cazadora en una desconocida que oprimía mi avanzar. Yo sudaba.

Los primeros días de sol descubren una mala noticia: el péndulo no

desapareció. Hoy lo he visto brillar. Vi el rastro de fuego de su último movimiento. La última desorientación. El último giro brusco.

Recordemos: al péndulo lo creó el proceso de metamorfosis a piedra que, después de siete años, parecía frenado. Con la parte irrecuperable —ya pétrea— y los pequeños granos de arena que todavía corren por la sangre intenté hacer esfuerzos. Pensé: si el proceso está paralizado, vamos a intentar acelerar la vuelta a la normalidad. Y descubrí la certeza: la normalidad no existe. ¿Existo yo?

Es difícil dar marcha atrás y seguramente tampoco será muy interesante. Cuando llegas a un punto de conversión pierdes completamente el interés. Aun así dentro de mí escuchaba una voz, seguramente del Yo previo a la conversión, que me decía: «Venga, inténtalo, imbécil. Si lo que quieres es ser como Yo». Por un momento me dejé engañar por sus palabras y ahora aquí estoy, perdido en un cruce de caminos entre tres Yos.

No estoy preparado —y no creo querer estarlo— para la hipocresía y veo que las relaciones personales se basan en eso. No quiero gastar más parte del poco entusiasmo que me queda en cosas que no lo merecen. No quiero sentarme a esperar que llegue la traición inevitable. Con «la vuelta a la normalidad» regresaron algunas de las cosas de antes. Algunas de las características de aquellas noches adolescentes de las que una vez comenté que tenían el olor de las drogas y la pasión. Pero no soporto lo que en aquellos tiempos me parecía normal. Soy hipersensible a la hipocresía —más a la ajena que a la propia— y la veo por todos los sitios. Ahora, en la nueva situación.

No entiendo por qué se convirtieron en barullo las cosas que antes eran excitación. No entiendo por qué la ilusión hay veces que ya ni siquiera se mantiene en la escritura. Cuando el teclado se convierte en enemigo.

Todo sigue igual. Altibajos que me mantienen ajeno a la felicidad. Estos días esa palabra suena en mis oídos como el nombre de un país

muy lejano. Impronunciable. Un país sin mapas, invisible.

No soy capaz de atraer la ilusión hacia mí. Esto me asusta porque tendría que estar cerca, pero ni siquiera se divisa a lo lejos. Parece que la infelicidad sí puede ser un estado permanente que convierte el bienestar en un espejismo. Sé que parece una vieja canción sonando en el disco rayado de la memoria, esa discoteca antigua de la que algunas veces olvido el nombre.

Otra vez aparecí llorando. Fue después de darle un beso. Antes y después. Aquel beso me devolvió, como espejo de agua, la imagen de mi miseria. Ella dormía ajena a la imagen, mientras yo lloraba en el refugio de la casa desde el que intento convocar a la ilusión y la verdad. Las lágrimas crearon un pequeño charco que mojaba mis pies descalzos. Su contacto frío fue capaz de deshacer el nudo del estómago.

La noche anterior había escupido mi estupidez y me hice daño, otra vez. Pero fue que la noche cerró y selló en silencio mi presencia de animal herido. Imagino que será cuestión de dejar que pasen los días, quizá el secreto esté en acostumbrarse al cambio de estación, a la llegada del calor. No sé si se da el caso de que a una isla le nazca tierra de un día para otro, y se convierta en una península. No sé siquiera si esto tiene algo que ver conmigo.

Una vez vi un tiovivo, creo que era en México, que estaba formado por ponis disecados y fetos de otros animales a los que los niños, divirtiéndose, les daban puñetazos. Parecía que todo el mundo se divertía alrededor de aquel tiovivo. Nadie miraba a la cara de los ponis, a sus ojos resecos, a su ausencia de expresión... Estos días me siento igual que esos ponis. Inútil, gracioso y sin vida, como los pies del marido, en aquel poema de Anne Sexton.

Fue aquella sensación de beber el vino triste de Pavese: «Lo difícil es sentarse sin hacerse notar. / Lo demás viene por añadidura. Tres tragos / y vuelve el deseo de imaginarse solo. / Se abre de par en par un fondo de zumbidos distantes / todo se dispersa y nacer y contemplar la copa / constituye un milagro (...)».

Hace ya muchos años viví una temporada en el infierno. Sin necesidad

de diablos ni fuegos. Coincidió temporalmente con el paso de la EGB al instituto y fue una temporada muy dura. No recuerdo si ya hablé de ello.

Una temporada en la que alguien apagaba la luz y yo quedaba a oscuras en mi vida. No existía motivo aparente. El caso es que en cualquier momento la oscuridad lo podía todo y sólo quedaba el llanto desgarrado. Me acuerdo de estar en la calle con los amigos y de repente empezar a correr cuando la explosión me golpeaba por dentro. Intentaba escapar de mí mismo corriendo hacia ningún sitio. Siempre llegaba a casa. Nunca me gustó llorar en la calle, sobre todo cuando no había motivo. Nada más entrar por la puerta ya explotaba por fuera y la gana de llorar acumulada era tanta que me ahogaba y empezaba a echar algo parecido a espuma por la boca, debía de ser algo así como saliva muy batida. Después, sólo algunas veces, venían los golpes contra la pared y la cara preocupada de mis padres que tomaron la determinación de «buscar ayuda profesional». Muchos fueron los psicólogos y psiquiatras con los que jugué al médico-paciente haciendo cosas de esas de las películas, en las que el médico enseña un montón de fichas con manchas y tienes que decir qué es lo que ves en ellas. Al final dieron con un diagnóstico: miedo a la responsabilidad, negación del crecimiento, paso traumático de la infancia a la adolescencia... Nunca mencionaron «complejo de Peter Pan». Ahora, llevo muchos años en los que esos días, aunque son una sombra constante, están muy lejos de mi estado emocional. Tengo momentos muy altos y otros muy bajos, que van cumpliendo como ciclos irregulares.

Por eso me asusto tanto estos días, en los que estoy muy bajo. O el paso de arriba abajo se produce en cuestión de segundos. Por eso no soporto este nudo en el estómago que me dificulta la respiración. Ese estar en la calle tranquilo y luchar por evitar que caiga esa primera lágrima. Ahora que me creía integrado y feliz en el mundo de los adultos: mi mujer, mi casa, mi trabajo... Ahora parece que todo aquello vuelve.

Parece que ya no hay remedio, que el sol llegó eliminando la gracia

elegante de los días grises. Pero ya me voy acostumbrando a su molesta presencia. Parece que desapareció la tupida oscuridad que envolvió la vida en los días recientemente muertos. Estos últimos días, alterados de vida social, dejaron algún efecto secundario de desánimo y dinamitaron parte de la ilusión. Ahora empieza el proyecto de reconstrucción. Despacio, hacia arriba. Tengo que ser prudente, ya no puedo desperdiciar más entusiasmo en cosas que no lo merezcan. Tengo que volver a enderezar aquellas características propias del optimista triste que guiaban los quehaceres de mi vida. Estoy en el camino.

Llevo un tiempo reflexionando sobre la importancia de la interpretación. Después de estos días de ruptura del aislamiento emocional y participación en actos sociales donde las relaciones humanas son el centro, la importancia de la interpretación, ya no sobre un escenario, ni delante de una cámara, sino en la vida es total. Observar desde cerca el mundo de las relaciones humanas que se dan dentro de un círculo más o menos cerrado de personas, es una representación impagable. Todo el mundo acepta un papel, escogido o impuesto, e intenta mantenerse dentro de él, generando un espacio de convivencia en el que la palabra sinceridad lo reventaría todo. Cada individuo creando desde el propio Yo un personaje al que transmitirle, en la medida de lo posible, las emociones propias. Estos días pasados tuve una dura resaca humana que seguramente fue la que trajo la oscuridad, pero de la que ya estoy repuesto. El análisis de las cosas, aunque sea duro, siempre lleva a la resolución de los problemas. La luz va abriéndose paso, grieta a grieta.

El poder de las fotografías es terrible, las fotografías de algunos eventos sociales son las peores. Cuando te ves —días después, pasada la resaca—, tienes un sentimiento contradictorio: por un lado, la apacible sensación que da reconocerte en un entorno escogido, a gusto; de otro, comprobar en lo que te vas convirtiendo: esa figura siempre odiada del adulto.

Hay que aprender del paso del tiempo e intentar robarle los trucos malabares que hace para convertir lo malo en bueno. Los malos momentos suelen recordarse, años después, con una pequeña sonrisa dibujada en la memoria, que la mayoría de las veces no llega a materializarse en la cara. Hay que quitarle el monopolio de esa actividad al paso del tiempo. La escritura es una buena manera de exorcizar fantasmas. Si consigues transformar lo que te hace daño en letra, estás aliviando la posible herida, puede que incluso la conviertas solamente en un rasguño superficial. De los que dejan una pequeña cicatriz, pero superficial.

Incluso teniendo en cuenta los peligros reales que se corren: la derrota declarada que significa la lucha contra el tiempo o el escaso valor artístico que pueden tener las letras nacidas del dolor, la única manera de emocionar de verdad al lector, de contarle algo de su vida —de la vida—, es partir desde el centro mismo de la propia. Con lo que junto un antidepresivo natural con una fórmula de creación artística que pongo en práctica con la intención de que cumpla las dos expectativas: aliviarme y aliviar. Muchas veces te haces daño, pero si consigues transformar el sufrimiento propio en verdad literaria, ganaste en parte la batalla contra el tiempo. La literatura tiene que ser como el blues primitivo. Ajustarse a aquella definición que dio Dylan: «Los antiguos músicos de blues sacaban el dolor de dentro, a través de la música, no había sitio para el artificio o el sufrimiento impostado, por eso el resultado son canciones tristes que nos llegan y emocionan, no como ahora que los nuevos bluesman meten el sufrimiento de fuera para poder sacarlo en sus canciones, con lo que sólo tienen impostura».

La literatura tiene que recuperar el espíritu y la melodía de aquellos viejos negros del algodón y dejar fuera la mentira, transformando la propia vida en una muesca en el corazón de otras personas.

Algunas secuencias —inventadas, vistas, oídas— dan vueltas en mi cabeza, convirtiéndose en metáfora de la vida. Apunto.

Una escalera sin luz, un chico baja despacio, enciende un cigarrillo rubio. A la altura del segundo piso encuentra a una niña sentada en

las escaleras. Cuando ella le ve, se levanta y echa a llorar. Se miran a los ojos. Ella pregunta: «¿Mi mamá? ¿Dónde está mi mamá? ¿No va venir nunca mi mamá?». Infancia, sensación de pérdida, difícil de evitar.

Un coche va por una pequeña carretera de dos direcciones. Las rayas discontinuas de la carretera que separan los dos sentidos están borradas. En el coche van un chico y una chica jóvenes. Él, que va conduciendo, aparta la vista de la carretera para darle un beso. Extrañamente el coche se tuerce y él no es capaz de enderezar el volante antes de cruzar el carril y estrellarse contra un camión. Los dos quedan en un gran charco de sangre. No respiran. El suelo queda cubierto de invitaciones de boda. Odiosa belleza la de la poesía romántica de la vida.

Un árbol grande pero no centenario. Un día nublado. De repente sale el sol. Hasta la salida del sol el árbol se veía perfectamente. Después, los rayos de luz cubren de sombra el tronco. Paradoja: el exceso de luz mata la visión.

Una estación de tren vacía, un cruce de vías sin trenes. No hay gente en los andenes. Silencio. Quietud de lo cotidiano, insoportable inquietud.

Una fiesta, hay mucha gente. La gente bebe y ríe. Alguien propone un juego: saca una cámara fotográfica; cada uno de los presentes tiene que sacar una fotografía a cada uno de los demás. Después se comentan los resultados. La fotografía, sincera siempre, plasma lo que el fotógrafo piensa del modelo.

Un poema de Deubel como recuerdo de los días pasados: «Soy un chico grande nostálgico y tímido / que atraviesa la vida sin ver nada en ella. / Sin duda en algún sitio olvidé la esperanza / irreflexivamente, como bulto quimérico». La infelicidad tampoco es un estado permanente.

Después de salir del túnel, el más largo y oscuro de los últimos años, volví a recuperar la ilusión y la pasión en las cosas que antes ponía ilusión y pasión. Volví a reencontrarme con mi Yo último, quizá un poco mejorado en algunos aspectos. Revisando un montón de papeles

de los que el desorden se había ocupado, encontré una serie de notas, pequeños poemas emparentados con los *haiku*, en algunos casos. Algunos de ellos los recordaba, pero otros me parecían la escritura de un extraño que me decía cosas de mi vida. Otra vez esa sensación prima de la esquizofrenia. Algunos de los poemas los tiré inmediatamente por no tener ningún interés, ni siquiera para mí, otros me gustaron e incluso algunos ya vieron la luz en forma de canción. De las notas encontradas, recuperé éstas:

Lo peor son esos días de verano / cuando la calle es del sol / y las nubes oscuras / sólo están dentro de casa.

Hay veces que avanzas tanto / que la vuelta se hace imposible.

Después de tanto tiempo / sigo igual, / incapaz de ser la misma persona / dos días seguidos.

Siempre la misma sensación. / Echo de menos / esas cosas que nunca tuve.

Cuando nos reíamos de ella, / la muerte / no jugaba con nosotros.

Cada noche cuando cierro los ojos, / la muerte / ríe cerca de la cama.

Algunas veces me marea la angustia / de un recuerdo/ que olvidé.

Ahora todas las noches son iguales, / la oscuridad / cubre de silencio la vida.

Ella marchó con el día / en la oscuridad / me abraza la soledad.

Después de la duda / en este bosque / siempre llega la muerte.

Soy una piedra, / alguien llega, / intenta hacer fuego.

Sin sitio para el musgo / rueda sin rumbo / la piedra que soy.

Vuelvo a una costumbre de la adolescencia, cuando creaba realidades paralelas, mucho más interesantes que la Realidad. En aquel tiempo, los carteles colgados en las paredes de la habitación —Joe Strummer bailando, por ejemplo— tenían mucha más vida que la vida y quería vivir dentro de las canciones, liberándome así de una realidad mucho más cansina. Estos días me apetecía quedarme a vivir dentro de una canción de Come, «Saints around my neck», viajar indefinidamente por la voz de Thalia Zedek y la guitarra de Chris Brokaw. Vivir allí acurrucado en los violentos cambios de ritmo, en la rabia contenida y

en la rabia desbordada, en la contención de los arpegios y en ese seco final. A la vez el cartel de una película de Jean Luc Godard, *Le mépris*, que cuelga en mi estudio, cobró vida propia. En él Brigitte Bardot se quita, en una secuencia de cuatro fotos, unas gafas de sol y gira su cabeza hacia mí, diciéndome que todo va bien y que no hay duda de que va ir a mejor. La diferencia con los tiempos de la adolescencia es que ahora no quieren sustituir a la realidad. Simplemente se acoplan a ella perfectamente.

Es tiempo de manifestaciones, de intentar recuperar en cierta manera, y en el sentido más amplio de la palabra, la representación. Miles de actores saldrán a la calle, todos con el papel aprendido gritarán sus frases redactadas rápido por un mediocre dramaturgo que escribe para todos los públicos. Las frases repetidas de todos los años, los mismos gestos, los mismos actores. Hace tiempo que no participo de este tipo de representaciones, cansado de que me asignaran siempre el mismo papel. Pero estos días recuerdo una de esas manifestaciones. Al principio parecía como las otras, pero en un momento determinado la que ahora es mi mujer dejó caer una mano de la pancarta y fue a coger la mía. Hace varios años de esto, de que el mundo cambió para mejor.

Claro que pasa, por supuesto que hay veces que las cosas del mundo toman formas insoportables, extrañas, extranjeras... Esos fundidos a negro con los que un mal director a los que algunos llamamos Dios intenta unir dos secuencias, sin pararse a pensar que podrían ir juntas en la continuidad del filme. Estos días me apodera la tristeza cuando pienso en un amigo —hace tiempo que no utilizo esa palabra y soy muy prudente con su administración— que parece preso de esa situación. Es una de esas personas imprescindibles, que desde que llegó reservó un espacio importante de un corazón en el que casi nadie conseguía entrar. Una de esas personas que no todo el mundo tiene la suerte de conocer en una sola vida. Un amigo con el que, entre otras cosas, conseguí crear un mundo propio de los dos, un espacio

reservado de vida, desde la verdad y las propias emociones y con cabida para todas las ilusiones y la compañía de los mitos imprescindibles. Él tiene un talento excepcional, tocado por la mano de un Dios especialmente sensible, y cuando se notó asfixiado por los lazos invisibles de la mentira decidió abandonar una parte importante de su vida. Como una fotografía de Neil Young sentado en la oscuridad, acompañado por su guitarra, escribiendo aquello de «más vale consumirse que ir quemándose». Y quiso refugiarse en un país propio de acordes y arpegios y contarle solamente a su guitarra las cosas de las que no podía hablar con nadie, quizá por su carácter excesivamente introvertido. Esa forma de ser que lo hace más atractivo y que lo convierte en un niño. Estos días, un niño con los ojos tristes y ya sabemos, desde que nos lo contó Hölderlin, que «pertenece a los niños la belleza, / como un retrato de Dios tal vez, / la paz y el silencio son la naturaleza, / entregada a la alabanza de los ángeles». Hoy quiero dedicarle este poema, con la seguridad de que el fundido a negro está acabando y que volverá la sonrisa dibujada.

Nuevo viaje de ida y vuelta al sol extranjero de la tierra hueca. Otra vez la misma sensación de bienestar del que se encuentra lejos de una casa en la que cada vez se hace más difícil habitar. Otra vez el refuerzo de la ilusión calentado por la luz, que se quiere próxima siendo la más extraña.

En el viaje de ida, nada más pasar la frontera que marca el final de la propia casa, el paisaje de una película de ciencia ficción de serie B —esas montañas con apariencia de cartón piedra— me dicta un cuento para niños.

El protagonista es un árbol solitario que vive en la orilla de un pantano. Un árbol solo delante de la pequeña metáfora de libertad que supone una gran superficie de agua, aunque sea estancada. En el cuento, el árbol habla de su sensación de bienestar viviendo allí solo, con las raíces hundidas en el agua, lejos de la uniformidad del bosque que forman los demás de su especie. Ésa es la idea para el posible cuento dictado por el paisaje de la frontera. De momento no es nada: un personaje y un argumento con resonancias posiblemente éticas. Lo

mismo algún día lo desarrollo.

Al volver, después de algunos espejismos de una realidad posible y esperada —la lluvia y el cielo gris rompían la monotonía de días repetidos de sol picante y farándula—, momentos de reflexión: no hay que dejar que lo accesorio le coma espacio a lo imprescindible. Hay momentos en los que hay que pararse a reflexionar y volver a la raíz —esté o no en agua estancada— y, desde el punto en el que te encuentras, evitar esos cantos de sirena —mujeres hermosas que habitan en el mar de nuestros sueños— que como a Ulises, te llaman con su voz irremediablemente atrayente. Cantares de sirena que hacen que las cosas se pierdan, que se tuerzan en todas las direcciones posibles y que son capaces de cualquier cosa para que después escuches sus risas mientras te hundes en la nada.

Nuevo viaje, la aguja de la brújula vuelve a marcar sur, como símbolo codificado de significado incierto. Viajar nunca fue una de mis pasiones. Nunca logré entender la excitación que producía en otras personas. Quizá influyera que cuando era niño los viajes se convertían en un pequeño infierno. El viaje más corto, en un autobús urbano, por ejemplo, me revolvía de tal manera que siempre acababa compartiendo el contenido de mi estómago con una pequeña bolsa de plástico, que recuerdo azul en los viajes más largos en el Alsa. De repente un día dejé de marearme, sin saber muy bien cómo. Un día me mareaba y al día siguiente ya no me mareaba y después nunca más. Aun así la idea del viaje seguía sin excitarme, pero como lo del mareo, un día conecté con cierto ritual del viaje. Ahora que viajo algo más, poco para no romper el encanto, hay momentos que recuerdo como los mejores de una vida. Son sentimientos abstractos: la extraña excitación que produce dormirte y despertar, con ella cerca, en un paisaje que no conoces («De no estar tú / demasiado grande / sería el bosque»); el deslumbramiento que produce atravesar ciudades extrañas en el silencio de la noche; las atractivas formas que enseña el paisaje extranjero, iguales que las de una mujer guapa y desconocida bailando para ti en una calle vacía... Recorrer la vida de la ciudad de destino con la bolsa al hombro y el inexplicable nerviosismo del

momento; el primer contacto con la habitación del hotel, que se convierte desde ese momento en tu única vida privada…

Y como banda sonora esa sensación última que Kioari sintió y anotó magistralmente algunos siglos antes que tú: «Es ya mi aldea / un sueño en un viaje. / Ave de paso», y esa otra propia, que ya conocéis y que poco a poco se convierte en el himno del péndulo: «Sin sitio para el musgo / rueda sin rumbo / la piedra que soy».

Una nueva colección de postales en el recuerdo. De los viajes siempre vuelves con una colección de imágenes de múltiples significados que el tiempo convierte en Polaroids descoloridas pinchadas en el álbum de fotos de la memoria. De momento, éstas guardan intactos los colores. Este último viaje tenía nombre propio: La Excepción Que Confirma La Regla. Una amable culebra nos ofrece una sabrosa manzana que decidimos probar, cansados de la monotonía de un aburrido paraíso. Aceptando los riesgos. Ahora tengo una nueva colección de postales: aquel árbol que vivía solo a la orilla del pantano, este día vivía sumergido en él, sólo se veía la parte superior de la copa, sucumbió involuntariamente a la metáfora de libertad fundido a negro hasta una de las imágenes más tristes que brinda el paisaje: las rotondas de Extremadura. Tierra seca, con hierbas aisladas que no son capaces de mantenerse con vida. El resto del paisaje extremeño, al amanecer, es el país de los ángeles, como en el Berlín de Wim Wenders, notas su presencia en los caprichosos colores del cielo sobre la tierra yerma.

Después, al llegar al destino, la extraña sensación de ver tu fotografía en los periódicos andaluces y mirarla como se mira en la calle a una persona que te parece conocer, pero que en ese momento no sabes quién es. Paseo por el mercadillo, haciendo tiempo hasta que nos den las llaves de la habitación. Una habitación muy grande y muy cara. Después risas sobre el escenario de un teatro muy grande. Después nervios en el mismo escenario. Juegos de luces defendiéndome de la gente. Todo sale bien. Paseo por la noche de Sevilla. Escenas absurdas en los bares que convierten la basura de los Morancos en puro neorrealismo. De madrugada en el hotel la

oscuridad total provocada por las contraventanas y el silencio no dejan que me confíe en que todo puede ser bueno, esta vez la advertencia llegó en forma de un pequeño ataque de ansiedad.

Nada más regresar un amigo me dijo una frase que sintetizaba la realidad de manera pasmosa. Sería un epitafio perfecto: «Poco dura lo que hace olvidar». A las pocas horas, como si sus palabras fueran una involuntaria maldición, ya se cumplió la frase y por la válvula del entusiasmo empecé a perder carga, a pesar de las alegrías y las buenas noticias que siguen llegando de fuera, siempre con acento extranjero. Dentro no hay nada a lo que agarrarse, el país de juguete es cada vez más el país de la nada. De la nada de nada. Hay veces, y estos últimos días me pasó en varias ocasiones, que tengo la sensación de estar en un manicomio y que los locos son felices viviendo dentro de sus realidades artificiales, de sus nadas y que no paran de dar voces y que me miran y que ríen y que me aturden, y que…

Otras veces la sensación no es de manicomio, es más cercana a estar en una granja de cerdos y los cerdos que me rodean no paran de disfrutar resbalando entre la propia mierda y hay algunos que lo pasan tan bien dando saltos que nos salpican a todos. Seguramente seré el más loco y el más cerdo, pero no encuentro sitio ni en este manicomio ni en esta granja de cerdos.

De repente hay momentos en los que te abstraes de esa realidad y tienes la sensación de que todo puede ser distinto, bueno y serio. También tuve esa sensación esta semana cenando en casa de unos amigos. Fue uno de esos buenos momentos en los que piensas que no todo está perdido, pero sales otra vez a la realidad de la granja de cerdos y el manicomio y ves a otra gente que no está tan cómoda, que se siente como tú y que habla de marchar —como condena— y vuelves a ver las imágenes tristes de los locos aturdiéndote con su total felicidad y los cerdos, intentas salpicarte con su mierda y el entusiasmo es la cosa más difícil de mantener del mundo…

Salimos de casa con la noche entrada, como cualquier otro viernes,

para disfrutar del ambiente cargado del bar habitual. Antes de bajar a Xixón, mi mujer y yo cometimos el terrible error de acercarnos a las fiestas del barrio y el mundo se vino abajo. Según nos acercábamos la aguja del marcador emocional iba bajando. Cuando entramos en el recinto de la fiesta, después de esquivar la caravana de los feriantes, ya estaba dentro del territorio del color rojo. Alerta. El puesto de las golosinas, la caravana de las manzanas de caramelo y los algodones dulces, la barraca de la sidra y los bollos preñaos, el tiro con la escopeta de perdigón... En la parte de abajo del parque-sede de la fiesta las atracciones de los más pequeños: colchonetas, coches y caballos que dan vueltas a la nada, minimotos, coches de choque... Luces de neón llamando a la fiesta. Música agitanada y techno de los ochenta... La aguja del entusiasmo tocó fondo y fue difícil evitar las lágrimas. Ese peso en el alma del recuerdo. Mi mujer y yo no intercambiamos ninguna palabra en todo el recorrido. No podía evitar el recordar los días de espera a que estos días llegaran otros años, hace años. Días de inconsciente y adolescente consumo de sidra por cajas, de coches de choque. De buscar en los coches de choque a las chicas más guapas creyéndonos los chicos más malos. Ahora el ambiente de la fiesta me resultaba insoportable: las atracciones girando solas, la orquesta, los voladores... los chicos que se creen más malos buscando a las chicas que se creen más guapas.

Sin hablar dimos la vuelta y salimos del parque y nuestros pies nos llevaron a casa.

Eran finales de los setenta, primeros de los ochenta, cuando las imágenes y las voces de los vecinos traían figuras adolescentes que desde la altura de nuestra infancia se veían casi míticas. Eran los James Dean del barrio, aunque ninguno de ellos se parecía al actor norteamericano.

Aquellos eran tiempos, en un barrio de la periferia xixonesa, de nunchacos, navajas de mariposa de mango de plástico negro. Un tiempo de ver, desde fuera del triángulo formado por las canicas o de pie en el barro levantado por los palos de Roma o mareados en las vueltas de la peonza, a los mayores correr de la policía por los tejados

de las fábricas abandonadas. Un tiempo de cientos de carteles «OTAN NO. Bases fuera» adornando las paredes grises de las casas que dan a la carretera general; de coincidir con tu padre en las escaleras que llevaban al cocido. Él con la funda manchada. A veces, porque también era tiempo de reconversiones, de ver a tu padre varios meses en casa, sin cobrar. Tiempo de cajas de resistencia, préstamos y pagos a plazos en la tienda del pan y la leche. Mientras papá y mamá sostenían la ilusión con dificultad. Un tiempo que siempre trae a la cabeza los quejidos de Los Chichos y Los Chunguitos o Los Calis, que llegaban a nuestros oídos desde los grandes radiocasetes negros y plateados apoyados en los bancos de piedra del parque. Los mayores siempre estaban allí, con los nunchacos, las navajas de mariposa y las camisetas negras sin mangas con los morros de Mick Jagger. Nosotros contábamos historias de aquellos chavales del barrio, del Nene, del Richard, del Nico, que hacían más grande nuestra admiración por ellos, que en su cándida inocencia de barrio se drogaban con alcohol, hachís y Hastaberín.

También era el tiempo de las sangres: las cargas de los policías contra los trabajadores y las puñaladas a las puertas de las discotecas, también periféricas. Aquella sangre de la puerta del baile hacía que creciera más el mito. ¿Quién sería el responsable? Duda satisfecha cuando uno de ellos desaparecía temporalmente del barrio. Eran los quinquis, según decían nuestros padres.

Poco tiempo después nosotros también queríamos ser quinquis. Empezábamos las subidas a los hipermercados —las primeras grandes superficies que se asentaban en la ciudad— y con las primeras cintas musicales que salían en nuestros bolsos por la zona de «Salida sin compra» nos sentíamos grandes. De aquella también llegó el break dance. Hacíamos bandas de juguete y bebíamos cartones de vino malo a la puerta de la escuela, orgullosos y concentrados en el humo que hacía desaparecer los primeros porros. Pero cuando podíamos ser como los nuestros admirados mayores —y ellos se habían convertido en policías municipales o guardias civiles— llegó la heroína y rompió la baraja. Los que siguieron ya no eran quinquis, eran yonquis y eso era menos divertido. Ahora muchos están muertos. El barrio empezó a

cambiar y todo esto ya no está ni siquiera en las fotografías: ese barrio que recuerdo sólo existe ya en la memoria... De aquella, en el tiempo de los quinquis, cuando nuestros padres empezaban a llamarnos callejeros y nosotros queríamos tener un Simca 1200 para robarle el bolso a las viejas y asustar a las parejas que follaban en los parques...

Nunca fui muy buen estudiante y esto más allá de los mediocres resultados apuntados en la cartilla escolar, tuvo otras consecuencias que afectaron directamente a la formación de mi personalidad. Estos días pensé en ello.

Eran un infierno aquellos días en los que después de hacer un examen el profesor llegaba con las calificaciones. La clase se dividía en dos bandos más o menos claros: los niños repelentes que sabían que habían aprobado y la duda que les quedaba era entre el notable o el sobresaliente, y los que contaban con el suspenso directo. Después estaba yo, siempre esperando, nervioso, que el profesor se pronunciara. Nunca sabía lo que iba a ser de mí hasta que las palabras del evaluador se transformaban en un número y un adjetivo calificativo después de mi nombre. Siempre vivía en el puente entre el suficiente y el insuficiente. Una horquilla que se abría entre el «Ramón Luis, 4,5. Insuficiente» o el «Ramón Luis, 5,5. Suficiente». El hecho en sí mismo es irrelevante. Lo que quedó, marcado a fuego en mi personalidad, son esos momentos de espera. Ese nerviosismo incómodo producido por el conocimiento de que parte de tu futuro próximo depende de decisiones ajenas. Esos momentos en los que me convierto en la muerte de aquella mosca que fue metáfora de la escritura de Marguerite Duras. Momentos en los que hay esa misma tensión de espera. Siempre estamos esperando algunas calificaciones ajenas que, cuando llegan, tambalean nuestra vida, como un pequeño terremoto. Produciendo un movimiento incontrolable hacia otros sitios que puede que sean mejores, pero que, en el origen, siempre me llevan al pasado de las mañanas grises y frías del instituto.

Hace unos meses, cumpliendo un rito social, pasé varias horas de una

noche muy larga en una sala muy oscura de un club nocturno de esos en los que cada cierto tiempo una chica sale a bailar con la única finalidad de desnudarse delante de expectantes ojos de personas de existencias a la deriva.

Era un sitio pequeño y con una atmósfera enrarecida. A la puerta dos señores controlaron nuestra entrada con un saludo amable. Al entrar, después de bajar unas escaleras, a mano derecha estaba la barra, a su izquierda, una especie de reservado con un pequeño escenario —con las paredes de espejo— y detrás los camerinos de las artistas. Luces de colores parpadeaban sobre la pista en busca de un glamour imposible.

Me senté en el reservado —sofás de skay rojo, pequeñas mesas redondas blancas—, pedí la consumición que venía con la entrada y me hundí en las risas y bromas de la gente que me acompañaba, para intentar aislarme de la sórdida realidad que me rodeaba. La música a juego con la ambientación y el olor. Al poco tiempo de estar sentados llegó María, que era la bailarina y nos invitó a que la invitáramos. Era una chica guapa y simpática, con una tristeza grande tatuada en la mirada. Pero no quiero hablar de ella. Seguramente que sólo escribiría una lista de tópicos tristes, probablemente muy alejados de su realidad. Antes de la actuación de María, uno de los porteros convertido en mago, con capa y turbante, ocupó el escenario y sacaba palomas de la nada, conejos de cajas vacías, monedas de nuestras cabezas...

Estos días volví a acordarme de él. Y no soy capaz de entender cómo podía hacer esas cosas imposibles y a mí me cuesta tanto trabajo convertir la vida en vida.

Que el espejo de la humillación te devuelva la imagen clara de tu rostro es un buen punto de inflexión. Parar y reflexionar es lo que parece indicar la cordura. Acabo de detectar los juegos de uno de mis Yos. Le eché de menos mucho tiempo y sin darme cuenta volvió a aparecer arrastrado por los diaños risones de la noche y los inconscientes espíritus de la bruma alcohólica. Noté su presencia en mi vida, como una posesión alguno de los últimos fines de semana. No

es una posesión diabólica. Simplemente el Yo adolescente ocupa mi cuerpo, un Yo que sigue necesitando de la socialización amical para reafirmar su propia existencia, dependiente del gregarismo del grupo. Y en grupo, las noches de alcohol, jugaba a la impostura y a la inconsciencia. La evolución natural de ese 13/01/2011 14:03:59Yo murió de cinco puñaladas y tres corazones rotos hace muchos años. Por eso, cuando aparece, se comporta igual que antes de morir, dejándome en una profunda sensación de vergüenza cuando abandona mi cuerpo, con la resaca al día siguiente. Cuando creía —y quiero seguir creyendo— que había asentado mi vida en el concepto de la no pertenencia, en la insoportable e imprescindible no pertenencia. El otro día volvió a aparecer. La humillación fue tan grande —sacrificando el bienestar de la amistad por la diversión del grupo— que decidí conjurar su presencia.

Aunque se resiste como una cerilla rebelde que recién encendida se niega a aceptar la orden de la mano que la agita en el aire. Aunque se terminen las noches. Aunque se termine el alcohol. Aunque la vida tenga que volver a ser como la de aquella niña, Cécile, creo que se llamaba, que no quería abandonar el cementerio y que, sola, leía aplicada, las historias de los niños muertos.

Creo que es David Mamet el que cuenta en uno de los excelentes artículos recogidos en el volumen *Una profesión de putas* que la gente necesita de los lugares públicos para las representaciones íntimas. Por eso muchas parejas rompen en restaurantes o pubs. Necesitan del público que se entristezca o aplauda la representación. El valor del drama. También es Mamet el que en otro artículo —éste incluido en *La ciudad de las patrañas*— defiende el café como uno de los mejores sitios para escribir. Uno las dos ideas, que comparto plenamente, y me dispongo a convertirme en notario que levanta acta de vidas ajenas, que por un momento se convierten en el centro de la mía. Aprovecho el lugar privilegiado que me ofrece el local —una mesa en el centro— y que la música está baja, acepto el trabajo que el ocio me ofrece y me convierto en una especie de ladrón de vidas ajenas, dramaturgo de encargo.

Centro mi atención en tres mesas. La que queda a mi izquierda, la que queda a mi derecha y la que tengo en frente. Mesa A, Mesa B y Mesa C.

Mesa A: Dos personas, hombre y mujer. En la conversación deja clara su condición homosexual. Ella está deprimida, dice: «Me gustaría no ser una persona nostálgica, tener un gran cajón donde ir guardando las cosas del pasado. Un sitio seguro donde almacenarlas y no tener que volver a pensar en ellas».

Mesa B: Dos personas, hombre y mujer. Heterosexuales. Por el comportamiento verbal y corporal hace poco tiempo que se conocen, quizá horas. La química sexual entre ellos hace saltar chispas encima de la mesa. Físicamente él parece salido de una película de Pasolini. Podría ser Accatone, dice: «A mí también me gusta la soledad. Estar solo es mi estado natural, lo malo es cuando llega una mujer y te enamoras perdidamente de ella». Ella se ríe.

Mesa C: Hombre y mujer. Son pareja. No hablan. El entusiasmo parece algo muy difícil de mantener.

En los títulos de crédito de la película *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord aparece una frase que se asentó en mi cabeza desde que la leí. El otro día, en un momento necesario, volví a encontrarme con ella: «Hay épocas en las que solamente se tiene que prodigar el desprecio con economía, dado el gran número de necesitados». La frase es de Chateubriand y es otra de esas guías para tener en cuenta toda la vida, como una línea de dirección y sentido más en el mapa de nuestra existencia.

Es muy común la imagen de una persona que, en cierto momento, como única arma contra la depresión o el aburrimiento extremo utiliza los muebles de la casa. Es una imagen asentada en las pantallas de cine y televisión. Cambiar muebles de sitio, pintar las paredes o colgar nuevos cuadros son acciones que en un momento determinado sirven para alejar la ansiedad, ese desagradable estado que cuando se convierte en físico hace que te muerdas las mandíbulas o no puedas

controlar el mecanismo direccional del propio cuerpo, entre otras cosas.

Yo siempre tuve mucha confianza en este remedio. De niño, cuando se daban aquellas largas tardes de aburrimiento intenso en las que ninguna de las cosas que podía hacer me parecían suficientemente entretenidas, me dedicaba a vaciar una pequeña estantería de madera de la habitación. Dejaba todo su contenido en el suelo y después volvía a colocarlo, buscando el sitio más apropiado para cada cosa. En la estantería tenía las cintas de música, libros y cientos de papeles que en aquel momento me parecía que explicaban el mundo; el caso es que esa actividad era la que me libraba de la ansiedad. Era una práctica peligrosa, porque tenía la tan extraña como arraigada creencia de que lo que estaba colocando en la estantería era mi vida. Organizaba el pasado con la intención de entender aquel presente, intentaba colocar los sueños y las ilusiones en el sitio correcto. Mientras lo colocaba, el tacto de cada cinta o cada libro o cada papel me traía recuerdos diferentes. En la estantería colocaba una sucesión de hechos, de nombres, de alegrías, tristezas... Ahora que estoy en periodo de cambios en casa, tengo esa misma sensación: es tan difícil como colocar la propia vida en el mundo.

Sigo sin poder soportar el calor. Es algo con lo que no puedo, atrofia mis capacidades vitales, sólo me apetece estar tirado en el sofá, como en coma. Aunque tengo que agradecer que el presente mes de agosto no me esté torturando duramente, el calor sigue siendo insoportable. Da lo mismo que el sol se esconda detrás de las nubes o detrás de la luna. El otro día llegué a casa con mucha sed. Lo primero que hice fue ir hasta la nevera a ver si la suerte había puesto una botella de agua a enfriar. Así era. Un botella pequeña sin tapón esperaba en el segundo estante de la puerta. Sin prestar demasiada atención la cogí y le di un trago largo. Un sabor extraño, como de agua estancada varios años, me inundó la boca haciéndome casi vomitar. Escupí el agua que pude y tiré el resto de la botella por el fregadero. Cogí un vaso, que la suerte había lavado y tranquilizándome pude beber en paz. Olvidado el capítulo de la botella venenosa.

Mismo día, por la noche. Hablando con mi mujer de lo que había dado de sí el día no sé cómo se me ocurrió darle importancia al capítulo de la botella y comentárselo. Al ritmo de mis palabras su cara iba transformándose en una mueca de horror. Yo no entendía nada. Sin dejar acabar mi explicación se levantó como alma que lleva el diablo de la vida y de un golpe seco abrió la puerta de la nevera. Quedó clavada enfrente, paralizada: la imagen era hermosa, al no haber casi luz en la cocina la bombilla de la nevera le creaba un aura artificial. Después, todavía intranquila, me explicó que esa botella era un brebaje que le preparara una bruja, y que representaba su futuro. La reacción fue echarnos a reír, no había otra posible. Después de la risa llegó la inquietud: ¿qué pasa cuando le bebes el futuro a tu mujer?

No entiendo por qué se produce, por más veces que me pasa no soy capaz de controlar ese sentimiento de soledad que a veces se apodera de mí sin remedio. Da lo mismo cuánta gente esté a mi alrededor. Da exactamente igual. El sentimiento de soledad se apodera de mi voluntad evitando cualquier amago de socialización emocional. Me vuelvo hermético y siento un gran peso en el alma. La imposibilidad de todo, la pérdida total del entusiasmo, la propia vida casada con la infelicidad del mundo. Una sensación de aturdimiento horrorosa. Todo, hasta lo más propio, se vuelve ajeno.

Hace unos días que esa sensación se venía apoderando, una vez más, de mi vida. Pero lo hacía de una manera gradual, haciendo notar su llegada, pero dejando un espacio para el alivio. Parecía sólo una amenaza que con mucha voluntad iba evitando. Pero con el paso de los días, solo en casa —mi mujer estaba de viaje unos días—, se dejó caer a plomo. Siempre que ella no está acaba pasando lo mismo. Es una sensación de extraña dependencia. Una vez, creo, ya cubrió de tinta alguna de estas notas, escribí un *haiku*: «Ella marchó con el día. / En la oscuridad / me abraza el silencio». Ésa es la sensación. Seguramente sólo ella será compañía y el resto del mundo soledad.

Estos días que noto su ausencia —como hay veces que notamos la ausencia de Dios— me siento en el mundo igual que la pieza más fea

en la caja de un puzzle equivocado. Imposible casar para formar la estampa de la vida. Seguramente algún niño juguetón del destino se entretuvo conmigo y me arrancó alguno de mis enganches con el mundo, haciendo imposible mi integración.

Son días tristes estos.

Variaciones de la piedra
(Siete canciones)

Caer y rodar

Es igual que caer y rodar
estar bien un minuto,
y estar el siguiente en un triste lugar.

Es notar la arena y la sal
y que ya no exista otro vértigo
que el vértigo a la realidad.

El aire se vuelve espeso al tragar,
la luz no calienta,
no cuando voy a caer y voy a rodar.

Quisiera poder llorar
pero perdí la capacidad.

Inmóvil

Existió un tiempo en el que te busqué
intentando llenar el vacío de una vida sin ti
y aunque ya conocí aquella oscuridad,
la antigua disciplina y su caminar de la mano, despacio,
no entendía las voces, no entendía las risas,
no entendía las promesas por cumplir de otros tiempos.

Inmóvil como piedra de río.

Un minuto después dejé de buscar
el reflejo en el roto cristal de tu recuerdo
y ese sabor de boca final, como de fracasar y
el aturdimiento del miedo a la soledad me lleva al sueño,
a un sueño.

Es tan cerrada la noche, solo con el pensamiento,
sentado, crucificado, en la última mesa.

Inmóvil como piedra de río.

Canciones que no conozco,
personas que no recuerdo.
Recuerdo... *dentro mi pulmón*
el humo de tu ausencia.

Inmóvil como piedra de río.

Ventana

Me acuerdo de las vías, en ningún sitio su final.
Me acuerdo de las fábricas a las que solíamos ir.
Me acuerdo del olor de los neumáticos quemados.
Me acuerdo de las ratas por el arcén mojado.
Me acuerdo de las calles llenas de suciedad.
Me acuerdo de los trenes pitando siempre al pasar.

Nada de esto está en las fotos,
nada existe ya.
Fue una muerte silenciosa,
piedra sobre piedra.
Es sólo un recuerdo,
un reflejo de falsa identidad.
Una identidad vacía
que se refleja en el mar de una playa sin olas,
de altos edificios que quieren ser centro
y llevan en la sangre del hormigón
los genes de la periferia:
la muerte, la piedra, el silencio.

Me acuerdo de las grúas por encima de los tejados.
Me acuerdo de las fundas de los vecinos, cansados.
Me acuerdo de los amigos andando solos, vencidos.
Me acuerdo de la sangre calada, como lluvia, entre la hierba. Me acuerdo de sirenas a la hora de salir.
Me acuerdo del olor de las escaleras al subir.

Piedra, arena, tierra

Todo era... todo era muy distinto al despertar aquel día,
después de un sueño intranquilo,
me encontré en mi cama convertido en piedra,
convertido en piedra.

Una piedra dura y fría,
ella llegó a mi vida
e intentó hacer fuego.
Piedra, arena y tierra.

Todo era... todo era mucho más pesado y estaba sucia,
la habitación estaba sucia y ya no cabía nadie más.
y ya no cabía nadie más, no queda sitio para el dolor
y no tengo ventanas.
No tengo ventanas.

Una piedra dura y fría,
ella llegó a mi vida
e intentó hacer fuego.

Las luces de una feria,
una feria sin gente
y una noria vacía,
vacía dando vueltas
y los focos opacos, los focos opacos...
hoy los voladores hacen más ruido.

Piedra, arena y tierra.
Personas que no conozco,
canciones que no recuerdo.

Una piedra, dura y fría,
ella llegó a mi vida
e intentó hacer fuego.
Piedra, arena y tierra.

Aquel día

Después, una noche, sonó el teléfono,
con la oscuridad, su timbre trajo la muerte.
Una condena al silencio que acercó a mi cabeza
la memoria de aquellos días.
Su timbre trajo la muerte.
El desgarro de la emoción,
la conversión a piedra,
las explosiones de llanto,
el hijo de Dios en la cruz,
la caricia del miedo.
Desde aquel día la muerte se quedó a vivir cerca de mí.
(desde aquel día, la muerte)
Algunas noches cierro los ojos
(desde aquel día, la muerte)
y siento cerca su presencia
(desde aquel día, la muerte)
pero el amor me salva.

Los marrones ojos de la esperanza

Es el amor lo que salva. Es el amor.

Haiku

Sin sitio para el musgo
rueda sin rumbo
la piedra que soy.

Después, el silencio

Un joven escritor se encierra en una habitación vacía una calurosa tarde de verano. Quiere aislarse de las costumbres del verano. Del calor, de la frivolidad. Allí recibe una visita tan esperada como imposible. Aparece una mujer mayor. Juntos van a ir llenando la habitación de palabras. Ella es una conocida escritora y cineasta francesa, quizá sólo una proyección de la cabeza de él. Las palabras van a llenar de vida la habitación vacía.

Sólo cuatro paredes de un tono amarillo desgastado. En la pared que queda a la derecha de la puerta hay un gran ventanal, por el que se cuela el sol que ilumina la estancia. Desde la ventana se ven mares de gente. El sol del verano juega con ellos. Dentro no hay nada.

El joven se refugia de la multitud a la sombra. Por la puerta entra la señora mayor. El joven no se asusta, da la sensación de que la estaba esperando, aunque cualquier visita sería más que improbable. La mujer, a pesar de estar en uno de los julios más calurosos del siglo, lleva una chaqueta de lana roja, con un pañuelo de colores, muchos y alegres, alrededor del cuello. Una pulsera y tres anillos en la mano derecha. Uno en el índice, dos en el corazón.

La señora pide una silla. El joven sale de la habitación para regresar al momento con dos sillas. La habitación ya no está vacía. En la esquina contraria a la ventana, lejos del sol, se sientan.

Ella: ¿Por qué no estás en la calle?

Él: No me gusta la calle. Me aturde el verano. Ese calor...

Ella: ¿Prefieres estar en casa?

Él: Sí. Me gusta esta habitación.

Ella: Una habitación vacía.

Él: No está vacía. Estoy yo. Estás tú, las sillas... incluso el sol ocupa su parte. No es posible estar en una habitación vacía.

Ella: Pero en casa, algunas veces, se está tan solo que incluso se está perdido.

Él: Seguramente será imposible buscarse, si primero no se siente esa

sensación de estar perdido.

Ella: ¿Estás buscándote?

Él: Puede.

Ella: ¿Qué es lo que buscas?

Él: Quizá este encuentro contigo. Quizá otra cosa.

Ella: ¿Sabías que vendría?

Él: Sé que siempre estás.

Ella: ¿Ayudando a que te encuentres?

Él: Sí. Me gustaría decirte aquella frase...

Ella: ¿Qué frase?

Él: Yo soy tú y tú no eres nadie.

Ella: (*Riéndose*.) Eso no es posible.

Él: Lo sé. Por eso debe llegar la sensación de pérdida.

Ella: ¿Por no poder ser yo?

Él: Porque si no puedo ser tú, seguramente no podré ser nadie.

Ella: Puedes intentar ser tú.

Él: Estoy intentándolo. Oye, ¿tú también te encerrabas en una habitación?

Ella: (*Borrando la sonrisa de la cara*.) Sí, fueron más de diez años inventando una soledad propia...

Él: La soledad de la escritura.

Ella: Sí, la soledad necesaria para que el libro pueda nacer. ¿También estás buscando la soledad de la escritura?

Él: Me busco a mí. La escritura sólo es un arma que me da la soledad, como un mapa, como una brújula. Como un todo que nace de la nada.

(Ella queda en silencio. No contesta nada. Queda pensando. Da la impresión de estar un poco aturdida.)

Ella: Estoy incómoda, podrías encontrar una mesa y traerla. Llenar un poco más la habitación, aquí, al lado contrario del sol y de la gente que suda y ríe.

Él: *(Desconcertado, después de un leve silencio.)* Creo que sí, voy a ver.

(El chico sale de la habitación.)

Ella: *(Elevando el tono de voz.)* Gracias. Hablemos alrededor de una mesa.

(El chico vuelve a entrar en la habitación con una pequeña mesa plegable. Abre la mesa en medio de las dos sillas. Ella se apoya. Él acerca su silla a la mesa y se sienta.)

Ella: Estabas hablando de la escritura como mapa, como brújula.

Él: Sí.

Ella: ¿Crees que sin la escritura la vida es algo que no se produce?

Él: Creo, como tú, que alrededor de la persona que escribe siempre tiene que haber una separación de los demás. Siempre la búsqueda de esa soledad.

Ella: La invención de la soledad, como metáfora de la invención de la vida.

Él: Yo inventé esta habitación. Desde las paredes al silencio. Una habitación vacía que me aislara de la vida fundiéndome en ella. Una huida del verano, ahora.

Ella: Yo también inventé una habitación.

Él: Lo sé.

Ella: Mi habitación no es una cama. Es una ventana determinada, una mesa determinada, ritos de tinta negra, huellas de tinta negra inencontrables; es una silla determinada. Y determinados ritos a los que siempre vuelvo.

Él: Háblame del principio, de cuando eras niña.

Ella: La infancia es un país sin mapas. Una tierra por la que siempre andamos perdidos... Una vez que sales de ese país ya no hay manera de volver.

Él: La capital de ese país tiene nombre propio, como las capitales de todos los países.

Ella: ¿Cómo se llama?

Él: Miedo. Es una gran ciudad nacida a la orilla del río Descubrimiento.

Ella: Sí, creo que tienes razón... ¿Hay otras geografías importantes en el país sin mapas?

Él: Seguro que sí... pero al final sólo queda Miedo. Sólo consigo recordar ésa.

Ella: También Desarraigo, recuerda.

Él: No, esa geografía apareció después, ahora casi.

Ella: *(Con cierto dolor.)* De alguna manera, ésa es mi obsesión. No puedo con el hecho de no vivir en el sitio en el que nací.

Él: Te entiendo. A mí también me pasa.

Ella: *(Indignada.)* ¿A ti? ¡Tú vives en el sitio en el que naciste!

Él: Sí y no.

Ella: *(Interesada.)* No te entiendo.

Él: Es esta sensación de estar ausente, constante, fría... Esta especie de exilio interior producida por la sociedad, por la renuncia a ser. Por el cansancio de seguir siendo. Ese sentimiento de ser extranjero en todos los sitios... extranjero en la propia casa.

Ella: El desprecio...

Él: Sí, el cansancio al que lleva el desprecio, la incomprensión... la mirada extraña de la gente que ahora toma el sol y cree que es feliz... como si la felicidad pudiera existir ya. Su falta de aceptación de la realidad...

Ella: Sé lo que dices. Una vez un hombre me explicó esa misma sensación. Ese sufrimiento doble. Decía: «Estar desnaturalizado es estar castrado, no tener más fuerza. Cuando uno se conforma con la sociedad, cuando al final del día dice "acepto lo que son", ya no quedan fuerzas. A veces la ira es muy importante, en estos casos te salva la vida».

Él: Estoy de acuerdo. Tú misma lo dijiste antes, hablando de esta habitación: a veces en casa se está tan solo que incluso se está perdido. Ésa es la sensación.

Ella: Pero si mantienes la ira, puede ser incluso un sentimiento positivo. Negándose a la aceptación. *(Largo silencio.)* Es muy posible que esa sensación de pérdida sea algo que inventaste, que no existe... quizá sea el resto del mundo el que necesite encontrarse y eres tú el que haces el ejercicio monstruosamente doloroso de la búsqueda...

(Él queda en silencio, un poco descolocado. No sabe qué decir, cree que nada es apropiado.)

Ella: *(Aceptando el reto lanzado por el silencio de él.)* A pesar de todo nunca se corta con la infancia. Aunque te muevas nunca cortas con ella. Aunque no existan los mapas, aunque sepas que la vuelta es imposible. Siempre está.

Él: Quizá…

Ella: Yo tuve una doble suerte. Una suerte bicéfala por la que sufro: la pobreza y el alejamiento del lugar en el que acabé viviendo. Nunca pude volver al sitio en el que nací, por eso quizá sigue intocado en el recuerdo, es la tensión de la escritura. Seguramente la infancia y el amor —su imposibilidad—. Esa doble imposibilidad seguramente es el motor de la soledad buscada.

Él: Hablas de la infancia como del territorio mítico de la no existencia… ponle caras, olores, recuerdos.

Ella: No existen los recuerdos, la nostalgia es el sentimiento más mentiroso de todos. Más que el amor, incluso…

Él: Inventaste el recuerdo con la escritura. Creo que ésa es la verdadera tensión… no hay otra. El recuerdo es, simplemente, la invención del pasado. La escritura, la invención del recuerdo.

Ella: Es cierto. Se recuerda para evitar la muerte.

Él: Sé que tu infancia tiene caras, parajes míticos, sonidos…

Ella: Sólo sabes que todo tiene la misma forma: la mancha de tinta sobre el papel blanco.

Él: Sé que antes fueron otras cosas, el tiempo las convirtió en manchas de tinta. Antes eran un amante, de niña… un hermano pequeño, una madre, un piano, Brahms o las curvas de un río entre los árboles… Imágenes de la vida convertidas en tinta…

(Ella no dice nada. Las palabras convierten en dolor el recuerdo. Un dolor que la anula.)

Ella: El insoportable poder de la nostalgia. La mentira. El dolor… Tráeme algo de beber.

Él: ¿Agua fría?

Ella: No, trae mejor una botella de vino, por favor.

(Él se levanta y sale de la habitación. Ella queda pensando.)

Ella: *(Hablando sola.)* Bebamos, bebamos un vaso de vino.

(Él entra en la habitación con una botella y dos vasos. Posa un vaso en cada lado de la mesa y la botella en el medio. Se sienta.)

Él: Creía que ya no bebías.

(Ella hace como que no escucha sus palabras. Coge la botella de vino y se echa a reír. Primero una sonrisa dibujada en los labios, después una

sonora carcajada. Él pone cara de no entender nada. Como indignado.)

Ella: *(Intentando parar la risa.)* ¿Puedes hacerme un favor… un gran favor?

Él: *(Descolocado.)* Sí, dime…

Ella: Trae un sacacorchos. *(Vuelve a explotar de risa.)*

(Él, más tranquilo, dibuja una sonrisa en los labios, la mira y se levanta. Sale de la habitación. Ella se levanta y va hacia la luz de la ventana. Después vuelve a sentarse a la mesa. Él entra en la habitación y posa el sacacorchos en la mesa. Ella lo coge —ya no se ríe—, abre la botella y llena los dos vasos.)

Él: *(Volviendo al tono solemne.)* Creí que ya no bebías.

Ella: Ahora ya nada importa, ahora ya nada me puede hacer mal. Nada.

Él: Entonces por qué me pides vino ahora. No lo entiendo.

Ella: No sé por qué me lo preguntas, ¿qué quieres decir?

Él: Te hablé del pasado, un pasado lejano pero real. Te hablé de una vida que era la tuya: un hermano, un piano, Brahms… tú contestaste con el silencio… Después, ahora, pides vino.

(Ella coge el vaso y bebe. Entiende sus palabras como un reproche. Bebe.)

Él: Otra vez, el alcohol como defensa.

Ella: Ahora sólo es la costumbre. No es una necesidad… Hubo un tiempo en el que no me soportaba sin beber. Hubo días, meses, años que tenían el color, el sabor y el olor del vino. No podía ser de otra manera. La única solución eran grandes vasos de vino. El olor del vino mezclándose con el de la tinta. El silencio. No me soportaba fuera del dominio del alcohol. Era imposible ir a la cama y dormir sin su ayuda. Vino y analgésicos para llamar al sueño.

Él: Para alejar al miedo.

Ella: Sí, un miedo atroz. Infantil. Insoportable. Siempre.

Él: Llamar a la muerte para librarse de la muerte.

Ella: No, las cosas no son tan difíciles. Era sólo beber y disfrutar de la mágica ayuda del alcohol para no recordar quién era. Para no tener miedo. Para no sentir el exilio clavado en la carne, para quitar de la cabeza la obsesión de que un día la escritura me iba a abandonar… Es

conjurar la posibilidad de que la escritura desapareciera llevándose mi vida. Un pensamiento que me aturdía, que me anulaba.

Él: El vino podía con ella. Después de beber ya no estaba. Pero la vida dejó de ser vida por un tiempo y la muerte no llegó. Quedaste en la nada. El dolor de la nada...

Ella: Pensaba en morir. Decía: «Ya tengo edad para morir, por qué prolongar la vida». Lloraba mucho en aquel tiempo. No sé por qué, siempre supe que las lágrimas no solucionaban nada, pero lloraba. Lloraba.

Él: ¿Y el alcohol?

Ella: Por supuesto, sólo el alcohol y la escritura salvan. De eso estoy segura.

Él: ¿Todavía ahora?

Ella: Ahora más que nunca. ¿Tú no bebes?

Él: A veces.

Ella: ¿Sólo a veces?

Él: Sólo a veces.

Ella: ¿Por qué?

Él: ¿Por qué, qué?

Ella: ¿Por qué bebes?

Él: Por nada, bebo por beber, como rito social.

Ella: Eso no es beber. Eso es un juego adolescente. Es casi un sacrilegio. Beber es algo muy importante, tan importante como la escritura. Tan necesario como insultar. Como odiar. Creo que sólo hay tres cosas importantes: escribir, beber e insultar. No sabría decir cuál sería el orden, pero esos son los elementos.

Él: Hay veces que necesito beber, igual que hay veces que necesito escribir, como otras veces el insulto es lo único que se vuelve necesario.

Ella: Eso es importante, pero doloroso.

Él: Algunas veces salía de casa e iba a los bares y me sentaba solo a una mesa y empezaba a beber. Necesitaba esos días... Toda la noche en el mismo bar. Bebiendo y viendo a la gente a mi alrededor en grupos, riéndose, aturdiéndome con su voz. Con su felicidad falsa.

Ella: Ésa es la sensación.

Él: No es agradable.

Ella: Claro que no, no es lo mismo importante que agradable. Lo importante se convierte en imprescindible, en inevitable, sin que esto lo convierta en bueno.

Él: Alguna vez escribí en aquella mesa de aquel bar. Me sentía crucificado en la vida de los demás. Son esos momentos en los que la sensación de soledad no buscada puede con todo y sólo el alcohol los puede tapar. Tengo miedo a esos momentos.

Ella: Ya no están.

Él: Vuelven cada poco.

Ella: Esa sensación de soledad estando acompañado que también significa: o la muerte o el libro. Pero que sobre todo significa alcohol. Whisky, eso significa.

Él: Ésa no es la soledad buscada. La falsa identidad que nos da el alcohol, esa capacidad de abandono… esa muerte de la personalidad, el reencuentro con esa otra persona, el otro yo.

Ella. No, como todo lo importante, el alcohol no es una respuesta a nada, simplemente es otra pregunta. No es un encuentro, en cierta manera es la pérdida. Lo absoluto de la pérdida.

Él: Para olvidar las otras pérdidas, ésas de las que nace la escritura.

Ella: No te entiendo.

Él: Creo que en el fondo el alcohol es lo contrario a la escritura. O se escribe o se bebe. Son dos respuestas al mismo impulso de la soledad.

Ella: No conseguía entender mi propia letra, en aquel tiempo la escritura nacía muerta. No era nada y eso me hundía más en la pérdida. Con el abandono de la escritura llegó el dolor. Una cierta forma de muerte. Y después llegó aquella temporada en el infierno. Aquella oscuridad, la compasión. *(Se le llenan los ojos de lágrimas. Calla.)*

Él: Continúa.

Ella: … *(Largo silencio.)*

Él: Por favor.

Ella: La vida se convirtió en una oscura habitación al fondo de un pasillo. La vida era 2327. Sólo.

Él: El número de la habitación de aquel centro de desintoxicación.

Ella: Sí. Primero vino el coma. Casi la muerte, otra vez. Después sólo aquella habitación, 2327, donde la escritura se hacía imposible. Los temblores, las alucinaciones, el agotamiento... las drogas para dormir todo el día... son horribles las curas de desintoxicación. La sensación es como si te metieran dinamita en el cuerpo y nunca explotara. Ésa es la sensación.

Él: *(Con lágrimas en los ojos.)* Terrible.

Ella: *(Coge la botella de vino y vuelve a llenar los dos vasos. Hasta arriba.)* No quiero seguir hablando de esto. Ya no está. Ya no es nada. Sólo un recuerdo, una mentira, una invención. No quiero seguir hablando. *(Largo silencio. Él no habla.)*Ya está, no quiero. Se acabó. Basta.

(Ella apoya la cabeza sobre las manos encima de la mesa. Está como agotada. Levanta la vista hacia él.)

Ella: ¡Vete! ¡Vete fuera!

Él: Pero...

Ella: No te soporto ahora. Ya. ¡Fuera! ¡Vete! *(Tranquilizando. Casi amable.)* Déjame sola, por favor.

(Él queda completamente descolocado, por unos momentos no reacciona. Queda clavado en la silla mirándola. Después decide hacer caso a sus palabras y sale de la habitación. Después de unos minutos vuelve a entrar con una nueva botella de vino. Ella sigue durmiendo sobre sus manos, apoyada en la mesa. Él posa la botella y vuelve a sentarse a la mesa en la misma posición que estaba antes de salir.)

Él: *(Relajado. Como si no pasara nada.)* ¿Nunca pensaste en Dios, en aquellos días... en su existencia en tu vida?

Ella: *(Levanta la cabeza y sonríe. Está aturdida.)* Antes cuando me acostaba tapaba la cara. Tenía miedo de mí. No sé cómo, no sé por qué. Por eso empecé a beber alcohol antes de dormir. Para olvidarme de mí. Pasa rápido a la sangre y después uno duerme. La soledad alcohólica es angustiosa. El corazón, sí. De repente late muy deprisa. Eso fue antes de la habitación y el pasillo. Antes de que la vida fuera sólo la habitación 2327. Antes de que la escritura se hiciera imposible...

Él: *(Cortándola bruscamente.)* No quiero seguir hablando de eso. Quiero saber si nunca pensaste en Dios, en aquel tiempo.

Ella: Nunca pensé en Dios como algo real. Siempre, desde niña, noté su ausencia. La dureza de un mundo sin Dios. La mayor de las ausencias.

Él: Nunca intentaste hablar con él.

Ella: No lo recuerdo. Quizá alguna vez sí. Puede que de niña le pidiera la muerte de mi hermano mayor, que todo fuera de otra manera, que mi madre me quisiera más… quizá le pidiera estas cosas a Dios.

Él: ¿Y después?

Ella: Después la existencia de un Dios se me hizo inadmisible… La muerte de mi hermano pequeño, Alemania, los niños judíos. Todos los judíos… No era posible la existencia de Dios. Sufrimos las consecuencias de una vida sin orden divino. La vida de los hombres es el hueco dejado por la ausencia de Dios.

Él: Yo creo en Dios.

Ella: ¿Por qué?

Él: Seguramente por lo que estás diciendo, porque hay veces que su ausencia se nota tanto que la vida se convierte en insoportable…

Ella: Estás hablando de su ausencia…

Él: Sí, de esos momentos donde deja de notarse su presencia. Cuando llega esa soledad no deseada. Cuando se está cerca de enfermar de locura. Esos momentos de ausencia.

Ella: ¿Estás diciendo que también notas su presencia?

Él: Constantemente, casi.

Ella: ¿Cómo?

Él: En mí, en ti. En todos.

Ella: ¿En la escritura?

Él: Sin Dios la escritura es algo que no se produciría.

Ella: *(Violentamente.)* ¡Calla!

Él: Esa insoportable ausencia de la que hablas es su existencia.

Ella: ¿Dónde estaba Dios cuando murió mi hermano? ¿Dónde?

Él: En ti. En él. En su muerte. La ausencia del hermano es como la ausencia de Dios para ti. Crees que en ese momento murió la

posibilidad de su existencia.

Ella: Con él murió en mí.

Él: No.

Ella: Sí, sin duda. Sí.

Él: Él siguió en ti toda la vida. Ahora, incluso. Convirtiendo su presencia en ausencia constante. Provocando el dolor. Seguramente la escritura.

Ella: Échame un poco más de vino. *(Irónica.)* ¿Está Dios en el color del vino?

Él: ¿Jugamos al absurdo? ¿Es eso lo que quieres? *(Levantando el tono de voz.)* ¡Una gran altura intelectual!

Ella: *(Herida.)* Lo siento. No puedo hablar de Dios, no puedo pensar en él. Me duele... nunca pude.

Él: Sé que notaste su presencia.

Ella: ¿Dónde? Dime.

Él: En muchos sitios, en la vida, en la literatura, en el cine. Sé que notaste su presencia.

Ella: Puede, pero nunca quise pensar en ello... nunca pude... duele.

Él: Acuérdate de aquella habitación en la que solamente habitaba el dolor del mundo, la habitación 2327. Un día despertaste, ya no temblabas y viste por primera vez a tu madre muerta y a tu hermano mayor. Y ya eras un poco más libre... Otra vez la ausencia como presencia de Dios. Después volvió la escritura, acuérdate.

Ella: No quiero pensar en ello. No puedo.

Él: Acuérdate de *Ordet*. ¿Qué fue lo que dijiste a la salida del cine?

Ella: Me acuerdo que me llegó hasta el dolor, como nunca una película antes. Es verdad que tenía una extraña sensación cuando salí del cine, estaba segura de que aquella película había tocado uno de los límites de la Fe. Demostraba, en cierta manera, la aplastante e inalcanzable idea de Dios. Ese día pensé en ello. *(Silencio largo.)* En la habitación 2327 también. *(Silencio largo.)* Y también en el nacimiento de Aurelia Steiner... *(Silencio breve.)* ¿Cuándo notaste tú su presencia?

Él: De niño. Hubo un momento, recuerdo que fue un día por la noche, estaba en la cama, era muy pequeño y Dios se acercó a mí y me enseñó la imagen de la muerte. Fue una presencia muy cruel, me

mostró la muerte para que fuera consciente de su presencia. Estoy seguro que siempre lo hace así. Desde aquel momento es una presencia constante en mi vida, como la muerte. Siempre pienso en Dios y en la muerte al cerrar los ojos. Desde aquel día, siempre.

Ella: ¿Nunca te abandonó?

Él: Ya te dije que no. Muchas veces, en la adolescencia y la primera juventud, intenté matarle con mis palabras... Pero su presencia siempre fue más fuerte.

Ella: *(Parece que va a hablar. Calla.)*

Él: Quizá tu militancia comunista mató la idea de Dios. Aunque notabas su presencia, la negabas.

Ella: No creo que fuera eso.

Él: ¿Siempre fuiste comunista?

Ella: Comunista libertaria. Siempre. Incluso cuando todavía no lo sabía.

Él: Pero la escritura no tiene ideología...

Ella: No, eso nunca... la escritura es otra cosa, está por encima de eso, de todo.

Él: Nunca te consideraste una escritora comunista.

Ella: Nunca fui una escritora comunista. Tampoco una escritora francesa. Escritora, sólo. Eso sí. Sólo escritora.

Él: ¿La militancia en el Partido Comunista no cambió tu manera de escribir?

Ella: Nunca. Eso es lo que me hace pensar que soy una verdadera escritora. No se puede ser una escritora comunista. Alguien dijo una vez: «Experimentalmente, el hecho de ser comunista parece que mató al hecho de ser escritor». Estoy de acuerdo. A mí nunca me pasó. Los «escritores comunistas» se estancaron en la nada de la narración exhaustiva, en la falsedad del realismo social. Llegaron al vacío de la escritura, a la nada. Desde la literatura llegaron a lo contrario de la literatura. Repito la cita: el comunista mató al escritor. La mentira les delató.

Él: Pero tú sigues siendo comunista.

Ella: Sí. Soy comunista y escritora. No soy una escritora comunista, ¿entiendes?

Él: Creo que sí.

Ella: Comunista libertaria, siempre. Creo que el poder, sea el que sea, sea del pueblo o de una facción, siempre es un episodio despreciable de la historia del ser humano y del mundo.

Él: No estoy de acuerdo contigo, una vez más.

Ella: ¿Por qué? ¿Tú eres comunista?

Él: Creo que sí.

Ella: ¿Qué significa creo?

Él: Es un sentimiento extraño con la palabra.

Ella: No te entiendo.

Él: No puedo explicarlo. Nunca pude. Creo en una sociedad sin clases. Creo en la sociedad sin amos y esclavos. Una sociedad de hombres libres.

Ella: Eres comunista.

Él: Creo que sí... tengo un irracional deseo de venganza de clase.

Ella: ¿Crees en la transición a esa sociedad a través de la implantación de la dictadura del proletariado?

Él: Sí.

Ella: Creo que el poder de la miseria es tan despreciable como el del dinero.

Él: Sí, pero tengo una extraña fantasía al respecto. Una imagen poética.

Ella: Cuéntamela.

Él: Miles de personas ocupan la calle y van a las casas de los ricos. Miles. Cientos de policías protegen las casas de los poderosos. Disparan pero solamente caen individuos, la masa avanza y aplasta con su peso a la policía. Entran en las casas de los ricos y los asesinan. Odio social. Nada los puede parar. Nada.

Ella: Es horroroso, eso que dices.

Él: La masa lleva banderas rojas.

Ella: Subrayando el horror con símbolos.

Él: Los símbolos siempre son necesarios.

Ella: Si pudieras escuchar la vulgaridad de tus últimas palabras callarías, te condenarías al silencio.

Él: *(Sorprendido.)* No te entiendo.

Ella: Esa imagen infantil del horror... esa necesidad de símbolos... Sólo hay vulgaridad en tus palabras.

Él: No entiendes nada.

Ella: Esa imagen de la muerte que salió de tu boca no la aguanto. No puedo soportarla, devuelve imágenes a mi cabeza... no puedo.

Él: ¿Qué imágenes?

Ella: *(Largo silencio.)* Veo alemanes, con sus símbolos y sus banderas, veo la muerte, el mayor horror del mundo...

Él: El holocausto.

Ella: Sí, la vulgaridad de tus palabras me trae la imagen de Alemania. La misma simplicidad, el mismo odio... Muerte, silencio.

Él: Los nazis...

Ella: Sí, los alemanes. No digo nazis, digo alemanes. Todos son iguales. Nunca pude visitar Alemania, nunca. Sólo pensar en esa posibilidad me hacía temblar... No los nazis, los alemanes... todos.

Él: La diáspora judía...

Ella: Sí, el dolor de la historia. Soy judía. Todos, de alguna manera, somos judíos desde aquello.

Él: ¿Qué entiendes por «ser judíos»?

Ella: *(Silencio largo.)* A causa de su errar por el mundo, esa condición de ser errante por el mundo, sin sitio propio. La diáspora no es solamente la marcha de los judíos, es también la presencia de los judíos en su marcha. Los judíos son personas que se van, y al marchar llevan consigo a su país natal, y para ellos éste es el presente, más violento que si no lo dejaran nunca: ser judío es la errancia sinuosa...

Él: Yo también soy, en cierta manera, judío. *(Sorprendida, ella le mira fijamente.)* Ese exilio interior del que ya te hablé, el origen de la soledad posiblemente... ese vivir enajenado, en una patria que sólo vive en mí.

Ella: Me cuesta, pero creo que te entiendo.

Él: Es el mismo sentimiento, tu condición apátrida y mi condición de patriota de un país que sólo existe en mí.

Ella: Quizá. Creo que te entiendo.

Él: Es la misma errancia sinuosa. *(Acaba la frase y la firma con un trago de vino.)*

Ella: Después nací a todos los judíos. Se llamaban Aurelia Steiner.

Él: Lo sé. Cuéntame su nacimiento.

Ella: Aurelia Steiner es inventada, puro *amour fou*, primero fue una nota inexplicable en una agenda perdida: «25 de agosto de 1979. El mar está gris, negro en el horizonte. Veleros inmóviles, sellados al mar de hierro. Las siluetas de los paseantes de la playa son del mismo color negro del horizonte. Después, viento. Por la tarde, todo se deshace, se vuelve azul, vuelve el movimiento». Creo que esa nota es el nacimiento de Aurelia Steiner.

Él: Dijiste: «Aurelia Steiner es el dolor de todos los judíos».

Ella: También dije: «Todas somos Aurelia Steiner, todas somos ariscas, todas somos hijas del dolor».

Él: Aurelia Steiner todos los judíos, todas las mujeres…

Ella: El dolor, una vez más.

Él: La ausencia de Dios… el poder de la escritura… la soledad.

Ella: La nada y el todo, una vez más. Todo es lo mismo… siempre vueltas en círculo. Aurelia Steiner es el todo. Eres tú, soy yo. Todos, seguramente.

Él: Es inventada pero parece que no te pertenece, parece que escuchaste la historia de su vida, encontraste sus diarios y utilizas su vida… ésa es la sensación.

Ella: Una vez, cuando se estrenó la segunda película de Aurelia, me llegó la carta de un desconocido que decía lo mismo. Al final ponía: «Estoy completamente solo delante de Aurelia Steiner, me hace temblar». Fue emocionante.

Él: Al final, cuatro Aurelias. Cuatro generaciones Steiner.

Ella: Sí, pudieron ser más.

Él: Ahora cuéntame la historia de la familia Steiner.

Ella: Tienes pensado seguir hablando de Alemania.

Él: ¿De los nazis?

Ella: Sí, de Alemania.

Él: ¿Por qué?

Ella: No podría hablar de algunas cosas. Estoy cansada ya.

Él: ¿De qué?

Ella: Prefiero no seguir hablando… no quiero hablar de mi marido

en un campo de concentración cuando el amor murió... no quiero hablar de la Oficina Central de Información y Acción... de mensajes de los familiares a los cautivos en los campos... de la resistencia... de la ocupación... del horror... no podría ahora.

Él: Está bien, sigamos hablando de Aurelia Steiner, ¿puedes?

Ella: Sí.

Él: Cuéntame la historia de la familia Steiner.

Ella: La primera generación, la de los abuelos, murió en la cámara de gas en Auschwitz. Eran los abuelos de Aurelia Steiner. Cuando esa generación fue exterminada ya tenían hijos. Desde el comienzo de la guerra, e incluso los años que la precedieron, muchos de ellos fueron enviados y confinados a unos parientes que vivían lejos de Europa. Las tías y los tíos de los padres de Aurelia Steiner. La última Aurelia nació en el extranjero, en Melburne y en Vancouver. No creo que volviera más a Europa. Aurelia Steiner, como todos los judíos de Israel y de Europa, a través de sus padres y abuelos es, entonces, superviviente de los campos de concentración, un olvido, un accidente en la generación de la muerte. Aurelia Steiner vive en los campos de concentración, es ahí donde se encuentra. Desde allí cuenta su historia, la historia de los judíos de todos los tiempos.

(Después de hablar cierra los ojos. Él no dice nada. Queda mirándola en silencio. Al poco tiempo, por la puerta de la habitación se empiezan a escuchar ruidos, pasos. Pies descalzos sobre la madera. Ella abre los ojos y mira hacia la puerta. Él se da la vuelta y mira también hacia la puerta. Por la puerta entra una niña. Lleva un vestido por las rodillas y la chaqueta larga encima. En la chaqueta lleva una estrella de seis puntas amarilla. Los dos queden perplejos. La niña habla.)

Niña: Mi madre se llamaba Aurelia. Aurelia Steiner, como yo.

(Él y Ella miran a la niña que, después de presentarse, sigue andando hasta la esquina contraria de la habitación, se acerca a la ventana. Allí se sienta en el suelo.)

Ella: Es Aurelia, la de París...

Él: Una Aurelia niña, todas las Aurelias...

Ella: Sí, todas son la misma. Al mismo tiempo. A todas las edades.

Él: ¿La niña judía que nació de la anotación del color del mar?

Ella: Sí, no hay diferencia entre los ojos de Aurelia Steiner y la mar, entre el alcance de su mirada y la noche de los tiempos.

Él: Ella, el dolor.

Ella: La inteligencia que lleva a la locura. Aurelia es un ser que va hacia ella. No va a parar.

Él: La locura del mundo.

Ella: La de la inteligencia.

(La niña mira hacia la ventana desde el suelo. Sentada en el suelo. Los dos miran para ella. La niña Aurelia permanece en silencio. Mira por la ventana.)

Él: La historia de Aurelia París empezaba con una ventana y el mar y las flores...

Ella: Sí, decía: «Hoy detrás de los cristales está el bosque y el viento ya llegó. Las rosas estaban allí en aquel otro país del norte. Aurelia no las conoce. Nunca había visto las rosas, ahora muertas, ni los prados, ni el mar».

Él: Sí.

(La niña se levanta del suelo. Vuelve a cruzar la habitación. Ahora va hacia ellos. Ellos la miran. Ella no mira a ningún sitio. Despacio sale de la habitación.)

Ella: Siempre, la escritura. Antes y ahora. Allí y aquí. Siempre la escritura como dolor del mundo.

(Ella queda en silencio. Él también. Los dos quedan pensando en Aurelia. Los dos miran, nada disimuladamente, a la puerta. Ella coge la botella de vino.)

Ella: Está vacía. Todas están vacías. ¿Puedes ir a por más vino? Tengo sed.

(Él no contesta, se levanta y sale por la puerta. Sus movimientos son lentos, cansados pero no desganados.)

Ella: *(Pensando en alto.)* Aurelia Steiner. Otra Aurelia Steiner, la hija del dolor...

(Después vuelve a quedar en silencio. Se levanta, camina hacia la ventana y se sienta en el suelo, en el mismo sitio donde estaba sentada la niña Aurelia Steiner. Mira por la ventana. El sol ya no tiene tanta fuerza. La gente camina por la calle. Ella no mira a nadie. Sólo mira. Él entra con

varias botellas de vino en una bolsa de plástico. Ella deja de mirar por la ventana y mira hacia él.)

Ella: Ven aquí. Siéntate en el suelo, estoy cansada de la mesa. Aquí estaremos mejor. Ven.

(Él le hace caso. Coge los vasos y el abridor de la mesa y se acerca a la ventana. Deja los vasos en el suelo y se sienta. Cada uno está a un lado de la ventana. Desde donde está él no se ven las caras. Él abre la botella y llena los dos vasos. Ella bebe.)

Ella: *(Separando el vaso de los labios.)* Todavía no entiendo muy bien lo que hago aquí. ¿Por qué me llamaste?

Él: No sé. Una vez dije que el único remedio contra el sentimiento de soledad era algo que encontraba en tus libros... quizá sea por eso...

Ella: ¿El único remedio?

Él: Uno de los mejores por lo menos.

Ella: La soledad del libro combatiendo la soledad personal.

Él: Hay veces que es tan difícil mantener el entusiasmo...

Ella: ¿Quieres hablar de ello?

Él: Sí.... Ahora no. Ahora quiero que hables tú.

Ella: ¿De qué?

Él: De la soledad, otra vez. De la muerte del entusiasmo.

Ella: ¿Después hablarás tú?

Él: Sí.

Ella: *(Riéndose.)* No entiendo esa manía tuya de querer escuchar antes de hablar.

Él: No suelo hacerlo. Háblame de la soledad, de la muerte del entusiasmo.

Ella: Nunca se está solo. Nunca se está solo físicamente. En ningún sitio, siempre se está en alguna parte. Se oyen ruidos en la cocina, los de la televisión, o de la radio, en los apartamentos de los vecinos, y en todo el inmueble. Sobre todo cuando nunca se pidió el silencio como siempre hice yo. Mira, escucha.

(Los dos permanecen en silencio. No hacen nada. Se escucha pequeños ruidos que hasta ese momento eran imperceptibles. Sólo están cuando fijan su atención en ellos. Risas, ladridos, pequeños golpes en las paredes. Ruidos.)

Él: Me gustaría que me contaras la historia que contaste por primera vez a aquel director de cine, cuando hizo la película sobre tu vida.

Ella: ¿Qué historia?

Él: Una de las más inquietantes del mundo. La despensa, la mosca, tu escritura...

Ella: Ya la conoces.

Él: Sí, pero necesito que me la cuentes.

(Ella no dice nada. Queda en silencio.)

Él: Por favor.

Ella: Estaba esperando a un amigo en la despensa, la casa pequeña dentro de la casa. Con frecuencia quedo allí, sola, en lugares tranquilos y vacíos. Y fue en aquel silencio, aquel día cuando de repente, en la pared, muy cerca de mí, vi y escuché los últimos minutos de vida de una mosca común. *(Pausa larga.)* Me senté en el suelo para no asustarla. Quedé quieta. *(Pausa larga.)* Estaba sola con ella en toda la extensión de la casa. Nunca hasta este momento había pensado en las moscas, a no ser para maldecirlas, seguro. Como todos fui educada en el horror hacia esa calamidad universal, que producía la peste y el cólera. *(Pausa larga.)* Me acerqué para verla morir. *(Pausa.)* La mosca quería escapar del muro en el que corría peligro de quedar prisionera de la arena y del cemento que se depositaba en esa pared por culpa de la humedad del jardín. Fue largo. Se debatía con la muerte. Duró entre diez y quince minutos y después terminó. La vida acabó. Quedé para seguir mirando. La mosca quedó contra la pared como la había visto, como pegada a ella. *(Pausa.)* Me equivocaba: la mosca seguía viva. *(Pausa.)* Seguí allí mirándola, con la esperanza de que volviera a esperar, a vivir. *(Pausa.)* Mi presencia hacía más atroz esa muerte. Lo sabía y me quedé. Para ver. Ver cómo esa muerte invadiría progresivamente a la mosca. Y también para intentar ver de dónde sale esa muerte. Del exterior o del espesor de la pared, o del suelo. De qué noche llegaba, de la tierra o del cielo, de los bosques cercanos, o de una nada todavía indomable, quizá muy próxima, quizá de mí, que intentaba seguir los recorridos de la mosca a punto de pasar a la eternidad. *(Pausa.)*Ya no sé el final. Seguro que la mosca, al final de sus esfuerzos, cayó. Las patas se despegaron de la pared. Y

cayó de la pared. No sé nada más, sólo que marché de allí. Dije: «Estás volviéndote loca». Y marché de allí. *(Pausa larga.)* Cuando mi amigo llegó a casa le enseñé el sitio, le comenté que una mosca había muerto allí. Me acuerdo que le dije la hora justa en la que la muerte había sucedido. Él se echó a reír, mucho. Tuvo un ataque de risa. Tenía razón. Intenté cerrar el asunto esbozando una pequeña sonrisa. Pero no: él seguía riendo. Pensando en ello, contándotelo ahora tal y como lo siento, lo que pasó entre aquella mosca y yo no da la risa.

Él: La muerte nunca da la risa.

Ella: Exactamente. La muerte de una mosca es la muerte. Es la muerte en marcha hacia un determinado final del mundo, que alarga el momento del último sueño. Vemos morir a un perro, vemos morir a un caballo, y decimos algo, por ejemplo: pobre animal... Pero ante el hecho de que muera una mosca, no decimos nada, no damos constancia, nada.

Él: Cuando contaste esta historia por primera vez querías hacer eso, precisamente, dejar constancia de la muerte de la mosca. De la muerte.

Ella: Sí, ahora está escrito.

Él: Una muerte es siempre la muerte.

Ella: Hubo una asociación extraña de ideas en mi cabeza. La muerte de la mosca me trajo la muerte de los judíos a la cabeza... la de todos los judíos. Odié Alemania como en los primeros días de la guerra, con todo mi cuerpo, con todas mis fuerzas. Igual que en la guerra, a cada alemán por la calle, pensaba en su muerte a mí debida, por mí pensada, perfeccionada, en esa dicha colosal de un cuerpo alemán muerto de una muerte por mí producida.

Él: Esto también es horrible.

Ella: Lo siento, no sé si es un sentimiento horrible desear la muerte de alguien en tus propias manos, pero es un hecho en sí mismo, total, de un sentimiento enorme: un sentido inaccesible y de una amplitud sin límites.

Él: Yo vi morir un país...

Ella: *(Cortándole.)* ¿Un país?

Él: Vi cómo mi país moría y yo quedaba huérfano de patria.

Ella: ¿El sentimiento de exilio permanente del que me hablaste?

Él: Sí, ese que me une a tu idea de judío.

Ella: ¿Es doloroso?

Él: Insoportable.

Ella: ¿Tanto?

Él: Como el genocidio judío, como la muerte de tu hermano pequeño...

Ella: *(Dolida.)* ¡Calla!

Él: Es esa misma sensación. Quizá sea difícil de entender. Desde luego es difícil. Muy difícil, de explicar. Llega al bloqueo de la escritura. Me gustaría hacer un retrato de mi país, todavía con vida.

Ella: Inténtalo. Un texto sincero, doloroso...

Él: No puedo. Con la muerte de mi país, pasa lo mismo que con la muerte de las moscas.

Ella: ¿Qué quieres decir?

Él: Tú misma lo dijiste, cuando muere un perro o un caballo tenemos palabras de dolor: «Pobre animal». La muerte de mi país produjo en la gente el mismo efecto que la muerte de la mosca. La gente se reía de su sufrimiento. Entender lo que pasó entre mi país y yo tampoco es cosa de risa.

Ella: No, es horroroso.

Él: ¿Entiendes algo de lo que te estoy contando?

Ella: Creo que sí, aunque yo nunca tuve país, no puedo entender del todo tu sentimiento. Puedo llegar a sentir que tiene que ser horroroso, porque la sensación de exilio que te provoca tiene que ser parecida a la que yo sufrí toda la vida. Una vida lejos del sitio de nacimiento. Nunca más vuelto a ver.

Él: Sí, ése es el sentimiento.

Ella: Lo peor son las risas de los demás, su falta de sensibilidad frente a la muerte, ¿verdad?

Él: Quizá no.

Ella: Ahora no te entiendo.

Él: Quizá el país, la patria de la que hablo, sólo existió en mi cabeza. Sólo murió en mí; la gente, los demás, todos los demás, siguen viviendo felices en la misma tierra que yo, pero en diferente patria.

Ella: Entonces el problema eres tú. Tú eres el asesino de tu patria.

Él: Puede y eso trae el dolor.

Ella: Si duele y el dolor es grande, es que la patria no murió en ti, seguramente todavía vive.

Él: Entonces nace esa sensación de confusión que me lleva al dolor.

Ella: ¿Hay sitios donde vive todavía esa patria?

Él: Creo que sí.

Ella: ¿Dónde?

Él: En mi escritura. También, una patria parecida en la escritura de otros.

Ella: Entonces todavía vive.

Él: Quizá sí, como souvenir en algunos libros, discos, películas...

Ella: Una patria del arte.

Él: Sí, quizá un país que es imposible encontrar fuera de ahí.

Ella: Pero un país vivo en cualquier caso.

Él: Puede.

Ella: Creo que confundes lengua con patria.

Él: Y escritura con vida.

Ella: *(Casi murmurando.)* Te das cuenta de que estamos hablando en círculo.

Él: Sí, creí que iba a ser de otra manera.

Ella: ¿El qué?

Él: No sé. Todo.

Ella: ¿Decepcionado?

Él: No lo sé.

Ella: Todo es en círculo. Siempre. La vida de los hombres, el círculo de los silencios.

Él: Ni siquiera te hablé de la piedra.

Ella: ¿De la conversión a piedra?

Él: Sí.

Ella: Es una explicación personal para un trozo de tu vida.

Él: Preferí escucharte. Llevar la conversación por otros sitios.

Ella: No creo.

Él: ¿Por qué?

Ella: Creo que todo lo que hablamos hacía referencia a la piedra.

Él: No entiendo lo que me estás diciendo.

Ella: Esta conversación sería imposible antes de esa experiencia. Es otro producto de aquella conversión.

Él: El último viaje del péndulo que, apoderándose de mi voluntad, me llevaba de un sitio a otro.

Ella: No. El último movimiento del péndulo no. Quedan más. Muchos más.

Él: Me asustas.

Ella: Ya estás preparado. Ya sabes que la vida sólo es una colección de infelicidades necesarias. Una continua cadena de traiciones.

Él: No. No estoy preparado para eso.

Ella: Ahora ya puedes mirar atrás. Ya hiciste el primer recuento de traiciones. De todas ellas naciste tú.

Él: Antes existieron otros Yo.

Ella: De eso estoy hablando. Ahora, después, habrá otros. Estate seguro.

Él: La confusión será mayor entonces.

Ella: Sin duda.

Él: Nunca podré ser feliz.

Ella: Ya eres feliz. Vives la infelicidad plenamente y eso te lleva a una felicidad especial.

Él: Hablo de la felicidad burguesa. De la felicidad de la levedad.

Ella: Ya es imposible.

Él: ¿Carretera cortada?

Ella: No creo que quisieras pasar por la vida de puntillas.

Él: Hay veces que es lo único que deseo.

Ella: No es cierto.

Él: No conseguí el objetivo marcado.

Ella: ¿En la vida?

Él: En esta conversación.

Ella: No te castigues.

Él: No lo hago. Simplemente constato el fracaso. No le tengo miedo a esa palabra.

Ella: A la gente le aterra.

Él: La vida también es una colección de fracasos...

Ella: También hay éxitos.

Él: Escondidos entre los fracasos. En cierta manera darte cuenta de los fracasos supone el mayor de los éxitos.

Ella: Tampoco sirve de nada revolcarse en ellos.

Él: Ya, pero aceptarlos me parece imprescindible. Son el combustible del acierto.

Ella: ¿Esta conversación es un fracaso?

Él: Sí. En cierta manera lo es.

Ella: ¿Por el círculo creado por nuestras palabras?

Él: No, porque muy pocas veces conseguimos alzar las palabras por encima de la vida.

Ella: No siempre es posible. No siempre es deseable siquiera.

Él: Yo seguiré intentándolo.

Ella: ¿Y yo?

Él: Tú ya estás fuera.

Ella: Ya no tengo sitio.

Él: Ya tienes un sitio permanente, pero no vas a avanzar más.

Ella: Ya entiendo mi presencia aquí... era un exorcismo.

Él: Algo así. Ya te dije que había momentos en los que parecía que yo era tú y entonces yo era nadie.

Ella: ¿Te molesta?

Él: Ahora ya sí. Se me hace imposible de soportar.

Ella: ¿Funcionó el exorcismo?

Él: Creo que sí. Volví sobre cada una de tus palabras distanciándome así de ti.

Ella: Te entiendo. Ahora a buscar a otros sitios.

Él: Sí.

Ella: ¿Es lo que quieres?

Él: Es lo que necesito. Sólo un robo más. Una puesta en escena.

Ella: Un nuevo proyecto.

Él: Sí, el último con tu sombra dibujada en él.

Ella: Sabes que siempre voy a estar en todo lo que hagas.

Él: Sí, dentro de mí. Lejos.

Ella: ¿Ahora?

Él: Ya te estoy diciendo lo que va a pasar ahora.

Ella: ¿Qué?

Él: Ahora tengo que asesinarte.

Ella: *(Tranquila.)* ¿Vas a ser capaz?

Él: *(Temblando.)* Es indispensable.

Ella: Si crees que tiene que ser así, adelante.

Él: Tengo que hacerlo.

Ella: Y después de mi muerte en ti, ¿qué?

Él: Después, el silencio.

Él sale de la habitación. Ella queda sentada. De fuera llegan ruidos. Ella está tranquila. Bebe el poco vino que le queda en la copa y espera. Él vuelve a entrar en la habitación. Trae algo en la mano que no vemos. Baja lento el telón.

Sube la música: un vals de Johannes Brahms.

Edición en formato digital: enero de 2011

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN: 978-84-96594-85-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

[image]